

STEINUNN
SIGURÐARDÓTTIR

Heiða

UNA PASTORA EN EL
FIN DEL MUNDO



Capitán Swing®



STEINUNN
SIGURÐARDÓTTIR

Heiða

UNA PASTORA EN EL
FIN DEL MUNDO

Traducción de
ENRIQUE BERNÁRDEZ

Capitán Swing 

Introducción

En la primavera de 2015 vino a verme un amigo mientras estaba trabajando en una novela en mi casa de verano en el sureste de Islandia y me dijo con contundencia: «¡Tienes que conocer a Heiða!»». Mi amigo me explicó que Heiða era una heroína que combatía para defender las tierras de su granja y evitar que las comprara una empresa energética privada. Y que era una persona muy reservada pero que, para poder continuar su lucha, se había visto obligada a entrar en la escena pública y la política local, e incluso a fundar un partido ecologista.

Profundamente intrigada, me fui a ver a Heiða a su granja, que estaba a menos de una hora en coche de mi casa de verano.

Ya desde lejos, Heiða parecía una visión: sentada en el asiento de su tractor, con sus 1,81 metros de estatura, delgada, de largo cabello rubio. Una combinación de valquiria y esbelta elfina. Heiða me saludó con la cortés reserva que reconocí de los veranos de mi infancia pasados en la granja de mis tíos, en esa misma comarca. Después nos sentamos a la mesa de su cocina, y charlamos y charlamos.

Quedé tan fascinada por lo que me contó que en menos de diez minutos tomé la decisión de que este sería mi nuevo libro. Aunque la decisión era firme, no le dije nada a Heiða hasta que la llamé por teléfono una semana después para contárselo. Me chocó un poco la rapidez de su respuesta positiva, porque había podido comprobar que era una persona reservada y sabía perfectamente que hablar de sí misma era algo muy opuesto a su naturaleza. Me explicó que su deseo de seguir adelante se debía a la necesidad de dar a conocer su solitaria lucha.

Eso era lo que me motivaba también a mí. En la semana transcurrida entre nuestra charla en la cocina de Heiða y nuestra conversación telefónica, pensé mucho en cómo construir el libro. A fin de cuentas, un novelista necesita algo más que un tema fascinante para convertirse en autor de no ficción de la noche a la mañana.

No habría tenido valor para hacerlo de no ser por las maravillosas historias orales de Svetlana Alexievich. La gente tenía que oír también la voz de esta mujer. Uno de los retos más difíciles era conservar el estilo de Heiða (un estilo que mezclaba lo moderno y lo antiguo) y hacer que quedara bien en una página impresa. Por suerte, yo había empezado mi carrera de escritora trabajando de periodista para un diario de Reikiavik, y la experiencia de incontables entrevistas para prensa escrita, radio y televisión (desde que cumplí los diecisiete) me serviría de base firme. La investigación y la escritura se desarrollaron a través de conversaciones entre nosotras dos, pero, al final, decidí que tenía que hacer invisible a la autora, esto es, a mí misma, a fin de que el lector tuviera la sensación de que estaba escuchando directamente a Heiða. Al principio me resultó

complicado encontrar la estructura más adecuada para el libro, pero en cuanto tuve la idea de usar las estaciones como capítulos, todo encajó.

No solo me vi obligada a dejar aparcada la novela en la que estaba trabajando y a hacerme invisible en mi nuevo libro. También tuve que sacrificar mi rutina. Tengo más de alondra que de búho, pero, con mucha frecuencia, la única hora en que ella podía hablar era al final de la tarde. La carga de trabajo de Heiða era tal que no me quedaba más que adaptarme o abandonar el proyecto, y por este libro valía la pena pasarse un año trasnochando.

Heiða y yo estábamos muy nerviosas por cómo sería recibido el libro. Sentíamos que era una responsabilidad enorme dar vida a un personaje real, sobre todo cuando siguen existiendo muchos rencores locales a causa de la central hidroeléctrica de Búland. Si el libro no hubiera funcionado, habría sido una humillación para ella y un maravilloso triunfo para sus enemigos.

Pero funcionó. Heiða se hizo famosa de la noche a la mañana, y en cuanto a mí, lectores y críticos quedaron atónitos por igual ante el camaleónico salto que suponía, para una escritora de ficción, escribir una historia real como esta. Nuestro libro llegó a convertirse en el tercero más vendido en Islandia en 2016 y ganó dos premios. Lo que más me llamó la atención fue que el libro interpelara a toda clase de personas. Mujeres jóvenes (ya fueran estudiantes universitarias o granjeras) vieron en Heiða una fuente de inspiración para tomar su destino en sus propias manos. Los hombres la veían como una hija que les llenaba de orgullo. Los granjeros disfrutaban viendo reflejadas sus vidas. La gente de la ciudad estaba encantada de saber cómo era la vida en una granja apartada. Ahora, confío en que sirva para mostrar a la gente de todo el mundo cómo es el temperamento islandés y cuál es nuestra forma de vida...

La vida de Heiða no volverá a ser la misma. En Islandia, ya no está activa solamente en política local. Ya ha hecho su primer discurso en el Parlamento, como representante sustituta del Partido Verde por la circunscripción meridional, a la que pertenece. Sin embargo, insiste en que la principal ventaja del libro, para ella, ha sido transmitir valor a otras personas en su misma situación para levantarse y protestar.

Si bien es innegable que su temperamento es casi tan volcánico como nuestro país de lava, durante la escritura del libro nos hicimos íntimas amigas, y seguimos siéndolo. Y mi interés por Heiða, su trabajo, su vida y sus días se mantiene tan fuerte ahora como el día en que tomé la decisión de escribir este libro en la mesa de la cocina de su granja, Ljótarmaðir.

STEINUNN SIGURDARDÓTTIR
febrero de 2019

Ljótarmaðir ha estado en uso ininterrumpidamente desde el siglo XII, a juzgar por las capas de ceniza encontradas en las excavaciones. En Islandia solo hay otra granja con el mismo nombre, Ljótarmaðir, en Landey, al noroeste del país.

Existen varias teorías sobre el nombre de la granja. Una es que se deriva de Ljótur, uno de los primitivos pobladores, que se supone enterrado en un montículo del lugar. Otra es que la granja es conocida por el nombre de mujer Ljótunn.

Pero la teoría más bonita es a la que prefiero atenerme... La escuché hace relativamente poco, por casualidad, en un museo regional del norte. Había un empleado que relacionaba el nombre de la granja, Ljótarstaðir, con un viejo modismo ya en desuso que yo desconocía y que hablaba de la luz. Es así: *birtunni ljótar yfir* (la luz se abruza). Que es lo mismo que decir que la luz se derrama sobre los campos.

Es absolutamente exacto, pues los terrenos forman un círculo abierto en torno a Ljótarstaðir y el sol sale temprano aquí. En Snæbýli, la otra granja del valle, el sol tarda más en llegar, pues está más al norte, bajo la ladera de la montaña.

De modo que Ljótarstaðir significa la granja donde brota la luz. Esa es mi granja.

* * *

Al volver a casa, me encanta pasar por la loma de Fitarhol. Allí me detengo a veces para contemplar desde lo alto Ljótarstaðir y mis tejados de azul real, más allá del valle al que llaman Krókur, que se ve todo entero, así como las montañas y el río Tungufljót. Hay vistas al glaciar Mýrdalsjökull, con el anillo de montañas al oeste y el norte de Ljótarstaðir. Los puntos más altos son Kvalningshnúka y Fjalldalsbrún. Más allá se ven dos pastizales de montaña, en Skaftártunga y Áltaver.

Los edificios de la granja de Ljótarstaðir se alzan justo al pie de una colina, a casi doscientos metros de altura, y la pendiente se eleva rápidamente a partir de allí. Mi propiedad, que es enorme para la media nacional, es básicamente un páramo situado justo en el comienzo del altiplano interior del país. Aquí nieva muchísimo, como atestiguan los topónimos: *Snjóagil* (Barranco de las nieves), en Ljótarstaðir, y *Snjódalagljúfur* (Cañón de los valles nevados), en la granja Snæbýli, que a su vez significa «Alquería de las nieves»..., y en primavera, la vegetación tarda en brotar. De modo que no se puede decir, precisamente, que vivir en estas tierras tan difíciles para la agricultura sea demasiado apetecible, sobre todo si se trabaja solo. En un blog leí que mi granja estaba en «los confines del mundo habitable». Claro que eso se había dicho ya, y solía añadirse que allí los únicos que podían vivir y prosperar eran los zorros y los cuervos.

Por eso es realmente curioso, y en realidad hasta irónico, que yo haya tenido que pelear desde el principio por mi derecho a vivir aquí. La última de las batallas, y la más feroz de todas, fue con la empresa energética Suðurorka, debido al proyecto de la central hidroeléctrica de Búland, que arrecia desde 2010 y fue el causante de que me viera obligada a entrar en política. Para defender la comarca y defender mis tierras..., y más que eso. Las construcciones previstas y su impacto sobre el territorio afectaban a toda Skaftártunga, llegaban hasta el abrigo de montaña de Hólaskjól, al norte, y, al sur, hasta la carretera de circunvalación del país, con un ramal por Ljótarstaðir, un dique de sesenta metros de altura en mi barranco. La misma altura que la torre de

la iglesia Hallgrímskirkja de Reikiavik. Allí pretendían construir un embalse de diez kilómetros cuadrados, a aproximadamente cuatro kilómetros en línea recta de la puerta del lavadero de la granja. En mis mejores tierras de pasto..., las primeras que brotan en primavera.

No resulta plato de gusto para una persona sola con 500 ovejas malgastar su escaso tiempo libre ejerciendo responsabilidades en la política local. Porque la ganadería te absorbe todo el tiempo, y más aún.

Esta lucha me ha demandado más de lo humanamente aceptable.

Heiða

UNA PASTORA EN EL
FIN DEL MUNDO

Verano



*Es por mi culpa si yo estoy soltera.
Mas ¿toda mujer casar debiera?
Mi mamá trabaja en casa,
y allí todo el tiempo pasa.
Yo apenas estoy dentro, pues soy granjera.*

TRACTOR

El verano es una estación fantástica, las plantas en pleno esplendor, luz todo el día. Pero no tengo tiempo para ir a recoger el trébol la noche de San Juan, pues de noche duermo y estaría demasiado cansada como para poder hacerlo. En realidad, en verano paso mucho tiempo dentro de casa, pues el tractor es como mi casa.

He crecido en un tractor. En un Massey Ferguson sin frenos. Naturalmente, no disponía de cabina cubierta, de modo que tenía que estar al fresco... La luz del sol se me filtraba directamente en las venas y podía presumir de un bronceado permanente. Si el tractor tiene cabina cerrada, no se pueden disfrutar esas maravillas.

Me encanta estar en el tractor. Sirve para mucho más que segar y rastrillar... Por ejemplo, me divierte componer poemas sentada al volante.

Mis hermanas y yo sabemos componer toda clase de versos. A mi hermana Arndís, que murió a los diecisiete años, también se le daba fenomenal componer poemas. Ásta, Fanney y yo hemos asistido a encuentros de rimadores, y nos lo pasamos muy bien intercambiando versos.

Mis padres pusieron todo su empeño en enseñarnos poemas y baladas. Los ritmos se te quedan clavados en la conciencia.

El instinto aguija al corcel,
retumban los cascos en la tierra.
Se descuelga el sudor como cairel,
la crin con fuerza al cuello se aferra.
Hinchados los belfos en atroz bufido,
sobre la piel el fuerte tendón henchido.
No es manso desfile, porque aterra
del corcel el galopar enardecido.

(*Corceles*, por Einar Benediktsson)

¿Es posible imaginar un ritmo más potente? Es precioso ese comienzo lento que se va acelerando.

Bjarni de Vogur era bisabuelo nuestro por parte materna. De ahí nos viene la vena poética. También en la rama paterna saben hacer poemas, y mi padre en particular era muy ingenioso en las réplicas, de lo más gracioso. Mi madre es una islandesa de los pies a la cabeza, y un verdadero ratón de biblioteca. En tiempos, también ella componía versos, pero dice que lo dejó cuando mis hermanas y yo abrimos las alas.

Desde el principio, yo tenía maña para ordenar palabras y cierto talento para componer poemas al estilo tradicional. Empecé de niña, y enseguida comencé a darme cuenta de si lo que había compuesto estaba bien o mal hecho. O tienes ese don o no lo tienes.

Pero hacía más cosas, además de componer poesía en el tractor. Una loca del baile como yo baila hasta ahí metida. Aunque, para eso, el tractor debería ser más grande, en realidad. Mi vecino tiene uno enorme y me lo prestó una vez... Fue un auténtico lujo ponerme a bailar ahí dentro.

En el tractor tengo que hacer jornada doble, cuando puedo... Montones de llamadas telefónicas y correos electrónicos, todo ello mientras estoy rastrillando, henificando o segando, aunque solo en las tierras cerca de la granja, no por prados más alejados. La política local supone un constante trajín telefónico, y también la campaña contra la central hidroeléctrica de Búland. El lío del teléfono no ha mejorado, sino todo lo contrario, desde que me pidieron que fuera en un puesto importante en la lista de Izquierda-Verdes de la circunscripción meridional para las elecciones al Parlamento de octubre de 2016.

He conseguido acostumbrarme a chatear en el tractor. Cuando circulo voy comiendo fruta, luego tiro por la ventanilla las pieles de plátano, las pepitas de naranja y los corazones de manzana, naturalmente, como decoración natural para el heno.

Voy en un Valtra A 95 del año 2007. Mi Gris es el tractor de referencia, según dice el fabricante, y es uno de los muchos que se ven por los campos de todo el país. Es el tractor principal y lo usamos para todo excepto para henificar, para lo cual utilizo mi otro tractor, el Massey Ferguson 165 de 1974. Lleva el nombre de Grímur y es el único que queda de los viejos tractores de cuando era pequeña. Los otros los vendieron..., el último para poder hacerle un buen lavado de cara a Grímur, que estaba ya muy maltrecho.

Le tengo cariño al viejo Gris. Casi siempre está pulcro, lustroso y en perfecto estado de funcionamiento, pero, claro, es un tractor ya viejo, tiene nueve años y lleva encima mucho tute. Lo fundamental es que esté limpio, porque es mi lugar de trabajo durante horas y hasta días enteros. Es uno de esos tractores para pobres, barato y sencillo, duro y carente de cualquier lujo, pero siempre fiable, listo para trabajar, y apenas necesita mantenimiento. Este funciona y trabaja, y ya vale, pero yo me he empeñado en conseguir un tractor más cómodo y más completo. Por ejemplo, un Valtra nuevo y más grande. O simplemente una máquina aún más fiable y sin pegas, con inversor hidráulico. Transmisión variable continua sería el no va más, además de eje delantero amortiguado y asiento neumático. Sería fantástico para una mujer al límite de la mediana edad. Un aparato de sonido con conexión USB y un espacio aún más amplio para mi querido Fífill sería un plus estupendo.

Según el contador de horas de trabajo de Gris, en los últimos nueve años ha trabajado un promedio de 517 horas anuales. Eso equivale a 21 días completos, o a 42 jornadas laborales de doce horas. Naturalmente, varía mucho según la época del año; durante el verano te pasas casi todo el tiempo en el tractor.

Existe mucha diferencia de unas regiones de Islandia a otras en lo tocante al uso o no de maquinaria por parte de las mujeres, pero aquí, en Skaftártunga, es habitual desde siempre que las chicas conduzcan tractores. En mi comarca no existe distinción alguna entre las labores que suelen

denominarse masculinas y femeninas. Nunca oí hablar así hasta que estuve en Hvannaeyri, y entonces pensé que se trataba de una broma. Pero yo fui la única que se rio.

Los asientos del tractor suponen una auténtica agresión para el cuerpo. Una se puede pasar ahí sentada de doce a veinticuatro horas, aunque cuando empieza a fastidiar de verdad es cuando la jornada de trabajo se alarga mucho más de las doce horas. Es tan estresante segar y recoger el heno que no puedes salir del tractor más de lo imprescindible, justo lo necesario para repostar y para comer. Mi madre viene al prado en el todoterreno a traerme comida. Para las labores del heno trabajo asociada con Palli, mi vecino de Hvammur. Él también está solo en la cosecha del heno, igual que yo. Cuando cosechamos en sus tierras, si su mujer está trabajando, sus padres son los que se encargan de darnos de comer y de traernos y llevarnos.

Pasarse tanto tiempo sentada en un incómodo tractor no es nada sano para la espalda, desde luego. Una buena contramedida es colgarse de la pala cargadora del tractor, como si fueras ropa tendida en una cuerda.

Al sol puede hacer un calor insoportable en el tractor. No tiene aire acondicionado como los tractores de más categoría. Además, no puedo tener las ventanillas abiertas porque es muy ruidoso, sobre todo cuando arrastra maquinaria pesada y va muy revolucionado. Los tractores más caros tienen mamparas mejores para aislar el motor, y el motor de los tractores de pobre, como el mío, hacen un auténtico estruendo. Pero a mí me gusta este motor, aunque sea tan ruidoso. Es fiable y potente..., estupendo siempre que se ponga en marcha y cumpla su cometido.

Fífill, mi pastor alemán, que está conmigo desde hace casi un año, me acompaña en el tractor desde que era pequeñito. Ahora ya es tan grande que ocupa prácticamente todo el suelo. Pero ya hace tiempo que aprendió a tumbarse de modo que todo encaje bien. Lo cierto es que el otro día las cosas se torcieron un poco, porque estaba tan cansado que se dio la vuelta y acabó encima de mi pie, sobre el acelerador. Pesa tanto que tuve que hacer grandes esfuerzos, propios de la halterofilia, para mover el pie. Pero tampoco es que suponga un peligro: el tractor se mueve despacio, el tiempo de reacción es largo y yo acumulo ya décadas de experiencia conduciéndolo.

De vez en cuando saco al perro del tractor, y entonces corretea y lo mira todo. Él mismo salta de la cabina y, como es natural, vuelve a subir cuando le da la gana, pero prefiero facilitarle las cosas. De modo que coloca las patas delanteras en la escalerilla, le empujo desde abajo y entra. Tiene espacio suficiente para darse la vuelta. Yo subo al tractor y él se mete debajo de mis piernas, frente a la puerta, y se tumba con la cola sobre el acelerador.

Todavía le queda por crecer y engordar hasta llegar a los 40 kilos. Come dos veces al día, se traga un kilo de asaduras diarias, un cincuenta por ciento más que mi viejo perro. Pero tendrá que comer menos cuando acabe de crecer. Por lo que me dijo mi amiga Adda de Herjólfstaðir, esta raza no deja de crecer hasta los dos años de edad.

Hay un largo proceso de selección genética detrás de este precioso perro, está seleccionado para carecer de cualquier tara. La mujer que me lo vendió, la encargada del criadero de Gunnarsholt, lleva veinte años criando esta raza.

Mi Fífill es un animal realmente único, alegre y divertido, y hace muchísima compañía. Ya se ha recuperado de la pérdida de apetito de la primavera pasada y de la consiguiente pérdida de peso.

Naturalmente, paso muchísimo tiempo fuera durante la paridera de las ovejas, y él se toma muy a mal no poder participar, de modo que no dormía suficiente, se movía más de lo debido y perdió peso. Ahora ha recuperado lo perdido y vuelve a estar precioso.

Fífill no me molesta cuando bailo, porque soy capaz de bailar en el tractor hasta con perros. Y no le afecta mucho que cante a voz en grito... Me encanta cantar, y en el tractor se canta de miedo.

Cuando era pequeña cantábamos mucho. Cantábamos y cantábamos y cantábamos, en casa y en el coche. Mi padre tenía una voz de tenor increíble. Alcanzaba agudos muy altos y graves bajísimos. Si se hubiera dedicado al canto podría haber llegado lejos. Además, era muy hábil componiendo baladas y en las reuniones le invitaban a recitar. También mamá es una soprano fantástica. Siempre cantó en coros de iglesia, y en uno sigue. Ni mis hermanas ni yo tenemos una voz tan bonita como la suya.

Escucho mucha música, toda clase de música, hasta coros de hombres y lo que haga falta. De todo, desde AmabAdamA hasta Páll Óskar, pero también grupos de *rock* duro como Guns n' Roses, Metallica y AC/DC, que son el no va más.

Mamá se sabe de memoria montones de letras de canciones de revista y de otros muchos géneros. Yo misma, y mis hermanas y muchos de mis sobrinos también, sufrimos del síndrome del *juke box*, como lo llama mi tía Birna. En cuanto oigo un nombre me pongo a canturrear alguna melodía que tenga que ver con él. Golpes rítmicos, como los de los martillazos o los de los cascos de caballo, pueden desencadenar alguna canción. Los salmos de Navidad me fascinan. ¡Por algún motivo, me vienen a la mente durante las parideras!

Tengo la cabeza llena de letras de canciones, de musicales y de baladas. En cambio, no recuerdo el número del filtro del aceite del tractor.

HEIDA EN UN DEBATE

Todo lugar al que voy me parece hermoso, y no dudo en ponerlo de manifiesto bien claro. Todos los lugares tienen su encanto, y mi montañoso paisaje me es profundamente querido. Cuando era pequeña, en cambio, los campesinos no se mostraban conmovidos por las gotas de rocío sobre las hojas de hierba ni por los paredones de roca, o quizá solo se esforzaban por no dejar traslucir su emoción. En los viejos tiempos, cuando llegaban huéspedes a casa y, tras quedarse boquiabiertos con las montañas y el azul del río, se lanzaban a hablar de lo bello que era todo, mi viejo papá se sentía incómodo, cambiaba de tema y les hacía centrarse en el café para que dejaran de decir tonterías.

ÁSGEIR Y LAS CHICAS

Nuestros padres y el grupo de hermanas íbamos siempre juntos a hacer toda clase de labores. A mi padre se le daba fenomenal distribuir tareas, y siempre hacía que lo acompañáramos. Era fantástico. Por ejemplo, nos llevaba en un trineo de plástico hasta el corralillo de las ovejas cuando éramos pequeñas, hasta que empezamos a poder ir renqueantes pero solas hasta allá arriba. Nos llamaban «Ásgeir y las chicas», y no solo realizábamos las labores de cerca de casa, también participábamos en las labores comunitarias de la comarca.

Mis hermanas mayores eran unas currantes de campeonato. Papá se llevaba a Ásta a las brañas a recoger ovejas cuando era aún adolescente. Ella y Habba de Snæbýli fueron las primeras mujeres de Skaftártunga que subieron a las brañas, en 1977. Ahora siempre encuentras mujeres haciendo cola para subir, pero nosotras y mi amiga Ella de Úthlíð somos las que hemos llegado más lejos... Nosotras fuimos las primeras, hace un cuarto de siglo, y ahora va todo el mundo... Entonces íbamos a caballo, ahora es habitual usar el *quad*.

Más tarde comprendí que aquí, en Skaftártunga, más que en cualquier otro sitio, las mujeres solían ocuparse de todas las labores a la par que los hombres. Oddný Steina, hermana de Ella de Úthlíð, y yo creímos que se trataba de una broma cuando oímos hablar por primera vez de labores masculinas, en la época en que estábamos estudiando en el Instituto Agrícola de Hvannaeyri. Pero solo nos hizo gracia a nosotras dos. Y así siguieron las cosas durante todo el invierno. Allí había unas chicas de campo, vivarachas y avispadas, que nunca habían conducido un tractor, nunca habían cambiado un filtro de aceite, nunca habían estercolado con pala. Y volvimos a oír lo mismo. ¡Labor masculina! ¡Labor femenina! Oddný Steina y yo estábamos pasmadas. Ella creció como yo, aunque la situación de nuestras granjas no era la misma, pues ella tenía dos hermanos, mientras que en mi casa éramos solo chicas, aunque en verano solían venir uno o dos chicos. Oddný Steina y yo habíamos clavado herraduras, habíamos cambiado neumáticos, incluso de tractor, claro, y lo habíamos hecho todo igual que los hombres. Nadie se ponía a hacer fotos, a nadie le parecía nada fuera de lo normal.

Si soy capaz de hacer todo lo que hago, es porque nunca desconfiaron de mí, nunca me prohibieron hacer nada por ser mujer, y ya desde mis inicios en la granja, la gente de la comarca me pedía que les ayudara a cementar o a lo que fuera. Y echo una mano en las labores comunitarias con mis propios aperos y herramientas.

Todas las labores me gustan, cuando van bien. Sobre todo, los trabajos de construcción. Me encantan los más exigentes. Cuando hay construcciones grandes, complicadas. Pero soy una auténtica calamidad en la cocina. Claro que sé hornear y, cuando lo hago, lo hago a lo grande.

Cuando era pequeña, me decían que podría llevar una granja en cuanto me casara. Pero nunca lo entendí, y me preguntaba a mí misma: ¿por qué hay que tener marido para llevar una granja? Obviamente, después de tantos años, aún no lo tengo.

Además, no me gusta la expresión «mujer de granjero», y jamás la uso porque implica que la mujer no es granjera, sino solo esposa de un granjero. Para que quede claro yo me presento como «Heiða, granjera», igual que otras mujeres que llevan granjas.

Yo y Ella de Úthlíð, que es de una granja de Skaftártunga, a poca distancia de Ljótarsaðir, compartimos principalmente no estar casadas ni tener hijos y llevar una granja. Somos amigas de infancia y decidimos ocuparnos de la granja más o menos al mismo tiempo, a los veintitrés años. No tener hijos fue, en mi caso, una decisión consciente. No sé si también es el caso de ella o si su idea es formar un día una familia. Nunca he hablado de eso con Ella, que yo recuerde. Siempre hemos tenido otras cosas de las que hablar.

EL PATITO FEO

De pequeña era bastante chiquitaja y enclenque. Además, estaba flaca de la muerte. Y tenía algo en los brazos, una cosa que se llama hueso navicular y que aparece a veces en los niños. Me infiltraron y me entablillaron. Casi no tenía movilidad en el brazo, un auténtico fastidio. No dejó de molestarme en un montón de años.

Pero me ponían a trabajar aunque me doliera el brazo, y hacía las cosas bien. Sin embargo, yo misma me veía como una idiota. Era una calamidad y los deportes se me daban fatal. Una flojucha. Mi crecimiento físico iba con retraso. Y era el bicho más feo del mundo. Con gafas.

Asistí a un internado en Kirkjubæjarklaustur. En esa época no era habitual llevar a los chicos en autobuses escolares, como ahora, sino que pasábamos cinco días a la semana internos en el pueblo. Para mí fueron unos inviernos difíciles. Por dos cosas: había oído hablar mal de los maestros y, además, mis expectativas eran que tanto ellos como el colegio serían aburridísimos. No aguantar la escuela era costumbre local.

Naturalmente, a veces era divertido, pero yo tenía una morriña espantosa y me ponía mala con frecuencia. Además, a mis ocho años, tenía que cuidarme yo misma, ducharme y lavarme el pelo sola. Y llevaba el pelo largo, lo que era una complicación.

En los años de internado era muy llorona, pero lo cierto es que yo no era la única. Había balbuceos y alboroto, niñas llorando a coro a la hora de irse a dormir por las noches.

En el internado aprendíamos a nadar, lo que estaba muy bien. Pero yo tenía miedo al agua y no me gustaba nadar; y sigue sin gustarme.

En el colegio tenía buenas amigas, aparte de Ella de Úthlíð. Por ejemplo, Dísá, Þórdís de Hraungerð,^[1] en Áltaver, que ahora es catedrática de Matemáticas en Noruega. Dísá y yo íbamos un curso adelantadas, de modo que pasamos en la escuela un año menos que los demás, pero, de todos modos, tuvimos que aguantar demasiados inviernos en el internado.

A los chicos de Hraungerð los llevaban al colegio en coche, y a mí me dejaron ir con ellos dos inviernos y alojarme en Ásar, en casa de mi hermana Ásta y su marido Dóri. Eso era mucho más llevadero.

Me leí de cabo a rabo toda la biblioteca del colegio. Ahora no me queda mucho tiempo libre para leer, pero me encanta la literatura y leo bastante deprisa. Mi favorito es Halldór Laxness, su pensamiento, su estilo y, no en último término, la temática de sus obras. Sabe decir con una sola frase lo que otros tienen que ir exprimiendo dificultosamente en media página.

Devoraba los libros y ansiaba vivir y ser todo lo que había en ellos. La pastora que pasa todo el verano con sus ovejas y su flauta en los pastizales y conoce las aves y las cascadas. La chica más

bella del baile en los años gloriosos del arenque. El marinero que, congelado hasta los huesos, se agarra a las jarcias en medio de una galerna espeluznante clamando sus inmortales palabras de despedida antes de desfallecer y desaparecer para siempre. Tom Swift, que sabía inventar y fabricar todo lo que sus amigos y él pudieran necesitar en sus aventuras. El muchacho que montaba el caballo Gustur. La muchacha de *Pan blanco con mermelada*, de Kristín Steinsdóttir. La yóquey inglesa que resultó gravemente herida al salvar a su querido padre y no pudo seguir en el oficio, pero encontró la alegría entrenando y ocupándose de los caballos que le compró su marido.

Mis libros preferidos eran los que te llevaban a otro mundo. Como los de Narnia. O libros divertidísimos, como la colección de Elías.

Podía resultar complicado sacarme del internado y devolverme de nuevo los fines de semana. Por entonces, las formas de quitar nieve eran distintas a las de hoy y, a veces, durante los inviernos, buena parte de la carretera quedaba intransitable. En cambio, normalmente se podía llegar hasta Snæbýli, porque allí, fueran cuales fueran las condiciones, había que recoger leche y los granjeros abrían camino con el tractor.

A veces, el conductor del bus escolar me llevaba a casa en una motonieve, otras veces me llevaba Valur, el padre de Ella de Úthlíð, o Dóri, el cuñado. En alguna ocasión me vi obligada a caminar el último trecho, desde el puente, donde se dividen las carreteras, hacia el sur para ir a Snæbýli y hacia el norte para ir a Ljótarsaðir. Estas dos granjas del páramo son las únicas del valle, al borde del altiplano. Ljótarsaðir, como ya he dicho, es la última granja al otro lado del río..., la última granja de Skaftártunga, al oeste del río Tungufljót. La carretera termina en Ljótarsaðir.

Yo era una niña lo bastante solitaria como para crearme una amiga imaginaria, y la tuve conmigo hasta bien entrada la adolescencia. Se llamaba María y era un personaje de lo más revoltoso. A veces, yo soltaba un grito si alguien la pisaba. A menudo, mi hermana Fanney se enfadaba con ella. Pero no es probable que Fanney le tuviera manía, ¡porque bautizó María a su propia hija!

En casa se hacía mucho hincapié en que no debíamos ir a ningún sitio a menos que fuera necesario, que había que ahorrar. No teníamos motonieve ni un vehículo que pudiera facilitarnos los movimientos cuando se acumulaba mucha nieve.

Tenía muchas ganas de aprender a tocar el acordeón, pero mi deseo no encontró ningún eco. Tampoco me regalaron los juguetes que más me apetecían, como un trineo Stiga. Cuando Fanney empezó a trabajar, me regalaba bajo cuerda toda clase de trastos divertidos, como un coche de control remoto y una muñeca del catálogo de Quelle.

Más tarde, me esforcé en que María, la hija de Fanney, tuviera lo que a mí no me regalaron... Por ejemplo, le regalé un trineo Stiga. Y desde que fue capaz de trepar al asiento la dejaba jugar en mi *quad* todo lo que le apetecía. Al principio le imponía unas normas muy serias: solo una vueltecita por la explanada de delante de casa. Ella y mi sobrino Sæmundur no se cansaban nunca de montar en el *quad*, y gasté en ellos una cantidad enorme de gasolina. Cuando llegé a casa la primera motonieve, también nosotros lo pasamos a lo grande, dábamos vueltas y más vueltas y casi ni entrábamos en casa.

Yo tenía dieciséis años el último verano que pasó en la granja mi amiga Linda; estuvo viniendo

durante diez años, más que ninguno de los otros. Había entrado en la selección juvenil de esquí y tenía que entrenar muchísimo. De modo que entrenábamos juntas: corríamos y hacíamos ejercicios duros. Linda era un camión, increíblemente fuerte, mientras que yo era bastante debilucha. Pero las cosas cambiaron a partir de ese verano, y fui fortaleciéndome.

A los dieciséis me pusieron lentillas en vez de gafas. Me vino bien para la autoestima, aunque seguía viéndome como una chica fea y no tenía mucha confianza en mí misma. Eso ha ido cambiando poco a poco y ahora ya he aprendido a confiar en mí misma, como creo que lo expresan en los libros de autoayuda. Pero durante mucho tiempo he sido bastante insegura en las relaciones con otras personas, aunque a lo mejor no se me notaba. Por ejemplo, era tan tímida que me resultaba casi imposible participar en una reunión. Pero cuando iba a hacer recuentos de fetos de ovejas, me relacionaba con muchísimas personas, trabajaba y me alojaba y comía en granjas de todo el país. Para mí, esa fue una estupenda escuela.

Pasé dos años en el colegio de Skógar. En esa época era una chiquita tan desgarbada que no encontraba ropa que me sentara bien... Me veía como un espantapájaros horrible. Además, seguía en esa etapa en la que me culpaba a mí misma por todo lo que salía mal.

Después de estudiar en mi pequeña escuela de Skógar sentí pánico ante la idea de ir a Selfoss, un instituto lleno de gente en una ciudad grande. Así que me puse a trabajar domando caballos en la granja de Jónas, en Norður-Hvammur, del valle Mýrdalur, y trabajé también un poco en el matadero de Kirkjubæjarklaustur.

Norður-Hvammur es una granja que se encuentra en una vía muy transitada, había montones de personas de fuera, tenían chicas suecas trabajando y a veces venían extranjeros, de modo que no podía ser más distinta de mi Ljótastaðir, donde podía pasar medio invierno sin que apareciese nadie, todo enterrado en la nieve.

Según recuerdo, la primera vez que estuve en Norður-Hvammur estaba tan metida en mi concha que apenas conseguían sacarme una palabra. Y por culpa de mi estatura, iba siempre encogida. Desafortunadamente, no me dejaban en paz por lo de mi estatura y lo pasé fatal.

Enseguida me hice amiga de Drífa, la chica de la granja, y aún seguimos siendo amigas. Es graciosísima, tan divertida que se diría que tiene madera de monologuista. Decía que si continuaba encogiéndome tanto acabarían por crecerme hacia dentro los pechos y la chepa. Yo respondía que sería estupendo... tener cuatro cuencas de los ojos. Nos provocábamos la una a la otra y reíamos y reíamos. Nos lo pasábamos de miedo alborotando en la vieja y diminuta granja de madera.

Aunque lo cierto es que alborotar no era lo mío, o eso me aseguraron más tarde los de Norður-Hvammur, que decían que no me hacía notar... Al parecer, la gente se llevaba unos sustos horribles cuando yo aparecía de pronto en el segundo piso después de subir la escalera sin hacer ni un ruido, y eso que el viejo edificio de madera crujía por todas partes.

Droplaug, la madre de Drífa, era encantadora a más no poder, nada parecido a una campesina islandesa corriente. Era una vieja *hippy* que había vivido en Copenhague y que se lo pasaba de miedo haciendo travesuras con Drífa y conmigo. Jugaba a maquillarnos como la maquillaban a ella de jovencita, con maquillaje de los sesenta, lápiz de ojos y pintalabios blanco. Después nos

peinaba el pelo hacia atrás y lo cardaba, y nos probábamos los trapitos correspondientes. Droplaug tuvo la impresión de que con esas cosas yo cambiaba espectacularmente y me dijo que llamara a la tía Kolla, o sea, a Kolbrún Aðalsteinsdóttir, que dirigía la academia de moda Élite. Obedecí... y enseguida se lanzaron a hacerme fotos.

Vinieron unos fotógrafos italianos y me fotografiaron en lo alto de un glaciar. Yo estaba cagada de miedo ante aquellas personas desconocidas. Había otra modelo, una chica islandesa, pelirroja, con un pelo rizado preciosísimo y ojos verdes brillantes. Y yo tan inocente, con ojos azules y piel pálida. Los fotógrafos se volvían locos con el ángel y la bruja.

Me alojé en casa de Kolla y tomé clases en su escuela de modelos a partir de primeros de año, así como clases para fortalecer mi personalidad. Además, trabajé en Keflavik, en la pesquería de capelín. Durante unos días también hice una suplencia en la recogida de basuras de la comarca de Suðurnes.

Fui a Nueva York a un concurso de modelos y acabé en segundo lugar en la sección fotográfica. Habría podido probar suerte perfectamente en Nueva York y Milán, donde Kolla tenía contactos. Quizá habría salido bien o quizá no. Algunos agentes importantes se pusieron en contacto conmigo. Pero yo iba camino de las parideras de mi granja y no les contesté. Después de aquello solo trabajé de modelo en Islandia. Pero no tenía ninguna intención de seguir esa carrera. Había descubierto que no me interesaba ser modelo.

De todos modos, me lo pasé bien y no lamento aquella etapa. Muy pronto sentí rechazo por haberme transformado en un objeto. Todo era superficial e inútil. Me parecía una idea estúpida ganarme la vida simplemente siendo guapa. Y no resultaba nada divertido comer verdura a todas horas y congelarme posando en lo alto de un glaciar.

No me gusta ni pizca que me digan lo guapa que soy. Estoy harta. Solo pienso... ¡ay, ya empiezan otra vez! Mi aspecto físico no es mérito mío, es pura genética. Mejor harías alabando algo que yo misma haya construido..., ¡porque entonces me derretiré como el chocolate al sol!

De pequeña, nunca me dijeron que era bonita. No me alababan por mi aspecto, a mis hermanas y a mí nos enseñaron a no andarnos con frivolidades. Pero ahora resulta que lo único que se les dice a las chicas es que son muy bonitas... ¿No es una exageración? Solo hay que ver los millones de piropos que se pueden leer en Facebook. En cuanto aparece una chica con falda empieza la cantinela: «lindalindalinda...».

Así que cuando era pequeña no había sitio para la coquetería. Nos cortaban el pelo en casa, solía hacerlo la vecina. Siempre usaba ropa de mis hermanas. Pero quise llevar el pelo largo y eso sí me lo permitieron.

Es una tontería pensar que tengo que entender de cosméticos por haber sido modelo. Todos esos potingues me suenan a chino. Los cosméticos que tengo se pasan de fecha y no me sirven de nada. Como mucho, puedo ponerme rímel. Si me preguntaran qué cosméticos llevo habitualmente en el bolso, la respuesta sería barra de cacao para los labios.

Eso sí, en el oficio aprendí a caminar con tacones..., y bastante bien, al parecer, porque el otro día volví a ponérmelos —no los había usado desde los diecinueve— y pensé que me caería de culo, pero qué va, seguía dando zancadas sobre aquellas plataformas como si nada.

Para mí fue una sorpresa enorme verme de pronto en el sector de la moda. Pero para entonces ya había desarrollado el arte de apañármelas para salir de cualquier fregado. La experiencia fue muy emocionante y no cabe duda de que representó un paso adelante en mi vida. Kolla afirma con todo convencimiento que habría podido llegar a ser una modelo muy cotizada, pero para ella lo principal era fortalecerme como persona y quitarme toda la timidez posible.

Por mi parte, nunca pensé que podría ganarme la vida como modelo. Para eso hace falta un tipo de confianza en una misma de la que yo carezco. Presentarse en una agencia de modelos junto a un montón de chicas *top*, con *books* fantásticos, y creer que puedes hacer exactamente lo que se te pide en cada momento... Si hubiera tenido que competir subiendo una pendiente a la carrera para atrapar una oveja, no habría vacilado. O clavando tablones. Pero no me apetece lo más mínimo entrar en una agencia de modelos y gritar: «¡Aquí estoy, soy la más guapa!».

No me gustaban nada las fotos. Me acobardaba en cuanto me decían, por ejemplo: «¡Baila! ¡Sé natural!».

Pero si me explicaban exactamente lo que tenía que hacer, entonces no había ningún problema.

Nunca he lamentado no haber llegado más lejos, pues no quería cambiar de oficio. Prefiero tener a mis espaldas la carrera que tengo, en vez de unos cuantos años como modelo. Pero es un tema en el que pienso muy poco... Hay otras personas más interesadas que yo en esa parte de mi pasado. Y aquí, en casa, siempre me sentía avergonzada con tanto revuelo por haber trabajado de modelo, en vez de cavando zanjas o haciendo cualquier otra cosa decente.

Pero es indudable que aquella experiencia, y también sus antecedentes, con la estancia en Norður-Hvammur, representaron una transformación total para mí, al menos eso es lo que parecía desde fuera, según me han contado... Que nació una persona nueva, eso es lo que dicen. Y gracias a lo sucedido en ese periodo de tiempo me fui al instituto de secundaria integrado Fjölbraut, en Selfoss. A principios de otoño me presenté al examen de acceso a la universidad y me matriculé en el Instituto Agrícola de Hvannaeyri.

Los dos años que pasé en Hvannaeyri fueron una época maravillosa. Las clases eran entretenidas, y, claro, había chicos y chicas con los mismos intereses que yo. Eso es fundamental. Y además había mucha juerga.

Solía volver a casa los fines de semana para dedicarme a toda clase de labores. Estercolar, reunir las ovejas...

En el mundo de la moda me di cuenta de que era muy conveniente ser como un palo de escoba. Había crecido tan deprisa que intentaba hacerme más pequeña por todos los medios, como suelen hacer los chavales. Era difícil encontrar ropa adecuada, porque era alta y delgada, las mangas y las perneras del pantalón siempre me quedaban demasiado cortas. Aquello no reforzaba mi confianza en mí misma. Las cosas llegaron a tal extremo que empecé a irritarme porque no se fabricara ropa para personas como yo. Usaba casi siempre unos preciosos jerséis de lana, típicamente islandeses, que me tejía mi madre, y sigue haciéndolo. Me limité a esperar a que se pusieran de moda, y acabaron poniéndose de moda.

Lo que más me fastidiaba era que la gente no paraba de decir: «¡Qué alta eres!».

Es increíble cómo algunas personas se dirigen a ti. Qué comentarios te arrojan de sopetón:

«¡Coño, qué flaca estás! ¿Es que no te dan de comer?».

Ahora ya me da exactamente igual.

Hace unos años fui a Akureyri, a una fiesta de confirmación. Y nos pusimos a bailar en una nave de maquinaria. Había gente de toda clase. Se me acercó un tipo como de cincuenta años y se me quedó mirando boquiabierto; yo llevaba un vestido ceñido y botas. Me examinó de arriba abajo:

«¡Pero vaya, qué alta eres! Mira que eres alta. No lo digo en mal sentido. ¡Pero vaya que eres alta!».

Y siguió así hasta que le dije: «¡Pues espera a que me estire!».

[1] Las referencias a las personas suelen hacerse añadiendo el nombre de la granja en la que viven; aquí, Hraungerð. Es habitual añadir también la comarca en la que se encuentra la granja, que aquí es Álfaver. (Todas las notas son del traductor).

MIS INICIOS COMO GRANJERA

Siempre he sido granjera de vocación, porque siempre pensé en llevar una granja. Empecé haciéndome cargo de Ljótarstaðir en 2001, después de acabar el Instituto Agrícola de Hvannaeyri, que ahora se llama Universidad Agrícola. Por entonces tenía 23 años. El comienzo fue sencillo, porque mis padres siempre habían tenido todos sus bienes separados, todo, desde las fotos enmarcadas hasta la maquinaria y los edificios. Me limité a comprar el lanar y los derechos de cupo productivo. Ya tenía parte de las ovejas, así que llegué a ser dueña de aproximadamente la mitad del ganado.

Compré también a mi padre maquinaria y aperos, y firmé una especie de contrato de uso del tractor, que en esos momentos era la maquinaria principal, un Case reciente. Además, puede decirse que poseía la propiedad conjuntamente con mi madre. Ella seguía siendo la dueña de los edificios y las tierras, pero yo podía introducir los cambios que quisiera, y era la única que tomaba todas las decisiones y cargaba con la responsabilidad de todo lo tocante a las tierras y la actividad agropecuaria.

En esa época pasaba fuera mucho tiempo y mis padres se encargaban de los trabajos cotidianos, como el cuidado de los animales. Yo trabajaba noche y día. Los primeros años estuve dando clases en Kirkjubæjarklaustur y rehabilitando los edificios de la granja, lo que podía significar pasarse hasta la noche haciendo tareas de construcción. Ese primer otoño había aún, en Kirkjubæjarklaustur, un matadero de la Compañía de Mataderos de Islandia, y trabajé allí, además de dar clases y hacer todo lo demás. En el matadero me dedicaba a eviscerar, que es una actividad complicada, pero sobre todo trabajé en la sección de congelado; entrábamos a las cinco de la madrugada. Un trabajo estupendo... a 35 bajo cero. No era habitual en aquel entonces que las mujeres trabajaran en el congelado, de modo que tuve que insistir para que me permitieran hacerlo. Pero, como siempre, no hubo ningún problema.

Cuando comencé a rehabilitar Ljótarstaðir, muchas cosas estaban en una situación ruinoso y buena parte de las prácticas agrícolas y ganaderas habían quedado anticuadas. Al menos, la atmósfera de la granja no era como yo quería. Era muy puntillosa con este asunto y estaba decidida a mejorar las cosas a toda costa, y esa ha sido mi principal tarea durante quince años. Me irritaba que hablaran mal de Ljótarstaðir.

Todas las obras las hacía yo, aunque con diversas ayudas. Mi amigo Siggeir es carpintero, me ayudó muchísimo y además me enseñó muchas cosas. Por ejemplo, yo nunca había usado una sierra circular.

Reconstruí el ovil por completo en el verano de 2002, y además transformé el pajar de la cuadra en otro ovil. Esas grandes obras mejoraron mucho las instalaciones de cría del ganado y significaron un gran avance para el funcionamiento de la granja. Papá se mostró contrario a los cambios al principio, pero acabó por alabarlos a escondidas ante otras personas, según llegué a saber.

Mi padre y yo estábamos en desacuerdo en casi todo lo relativo a la granja. De modo que discutíamos mucho desde que me hice adulta y empecé a osar defender mis opiniones. Soy pacífica por naturaleza, no me gustan las disputas, de modo que tanta discusión me dolía. Además, mi padre era conocido por su afición a hacer callar a la gente a base de comentarios mordaces. En las pocas ocasiones en que yo me atrevía a hablar, no solíamos decirnos cosas bonitas... Cuando me enfado, tengo tendencia a bloquearme. Y entonces intentaba gritar más que mi padre, lo que era difícil porque el buen hombre tenía una voz muy potente.

En algún momento del proceso, antes de que me hiciera cargo de la granja, todo saltó por los aires, así que hice las maletas... y me largué. Hace unos días, Jónas y Droplaug, de Norður-Hvammur, me recordaron lo furiosa que estaba cuando les conté lo que había pasado. Según dijeron, acabé con estas palabras: «De modo que le canté las cuarenta a ese tío».

Estuve fuera seis meses. ¡Y entonces tuve la sensación de que mi padre se había salido con la suya demasiado fácilmente! Mi intención era vivir en Ljótastaðir. Así que volví a casa. No fui demasiado bien recibida..., pero todo se arregló.

Físicamente, me parezco mucho a mi padre. Imagínate las pocas ocasiones en que yo me atrevía a decir algo: dos personas totalmente idénticas tirándose los trastos a la cabeza. Los dos, altos y delgados. La misma nariz. Los mismos ojos azules. Maneras y movimientos parecidos, y hasta la misma forma de hablar y de replicar.

Di cuenta de este asunto en una reunión de rimadores. Por entonces se hablaba mucho de que el rey de Dinamarca tenía en Islandia varios hijos secretos. Naturalmente, todas las chicas quieren ser princesas y yo albergaba ciertas esperanzas..., porque mamá estaba tan buena que no se podía desechar la idea. Pero cuando me miré en el espejo comprobé que no tenía ni la menor posibilidad:

Hay princesas secretas en mi tierra
porque el rey se entretenía sin parar;
mas si alguien cree que soy su hija, yerra,
pues a mi padre no podría semejarme más.

Papá no quería que me hiciese cargo de la granja de Ljótastaðir. Es más, intentó que mi hermana Fanne me quitara la idea de la cabeza. Naturalmente, las intenciones de mi padre eran buenas, quería que yo viviera mejor de lo que una granja me permitiría. Estaba preocupado por la sujeción y el aislamiento que implicaría. Temía que acabara sintiéndome encerrada, igual que él..., que acabara agobiadísima. Pero los tiempos habían cambiado y el mundo también.

Mucho tiempo después, me enteré de que la postura de mi padre no fue el único obstáculo, sino que otra persona, relacionada conmigo por lazos de parentesco, intentó también impedir por todos

los medios que las tierras pasaran a ser de mi propiedad. Mi gente es tan discreta que no me dijeron nada hasta mucho más tarde. Me puse roja de furia. Pero ya no se podía hacer mucho más que calmarse... Aquello pertenecía al pasado y no valía la pena remover las cosas.

Es imprescindible añadir a lo que estoy contando que soy totalmente contraria a empujar a los jóvenes a dedicarse a la agricultura, a que se hagan cargo de las tierras como una especie de obligación. La vida es demasiado breve para hacer algo que no sea lo que te satisface más enteramente. Para mí no se trataba de una carga impuesta y nadie me presionó. Más bien al contrario, tuve que superar más obstáculos de los que imaginaba..., y más numerosos y peores de lo que podía sospechar cuando Suðurorka empezó a codiciar mis tierras.

Pero mi madre y mis hermanas apoyaron siempre mi plan de ocuparme de la granja. Le compré las tierras a mi madre a un precio muy ventajoso, y debo añadir que todas mis hermanas aportaron sus parcelas. Las ofrecieron encantadas, deseosas de que siguiera habiendo una granja en estas tierras. Aunque no estaban por la labor de encargarse personalmente de Ljótarmaðir, me ayudaron de todas las formas posibles. Estas tierras no son más que un pegujal en medio de un páramo tan poco adecuado para una granja que, probablemente, un posible comprador las habría utilizado para cualquier cosa menos la agricultura y la ganadería.

Ljótarmaðir es más que una empresa y un hogar, es también un lugar en el que se reconocen muchas personas. Tampoco mis hermanas veían estas tierras como una máquina de sacar dinero, de modo que tenían ideas parecidas a las mías. Mamá y ellas son conservacionistas convencidas y han apoyado la lucha contra los proyectos de construcción de centrales eléctricas en la comarca y en nuestras propias tierras desde el principio. Ya he dicho que no quiero dinero, no quiero vender las tierras en las que vivo para poder llevar una vida más cómoda.

Mi padre enfermó de cáncer en 2004 y tuvo que someterse a quimioterapia. Siempre había estado tan sano y sabía tan poco de las bajas médicas que continuó trabajando como si no pasara nada. Tenía problemas en las caderas y la espalda, como tantos otros campesinos de su edad, porque se había pasado años acarreado toda clase de cosas, balas de heno o lo que fuera. Pero, aparte de eso, era la salud personificada. Sin embargo, en otoño de 2006 la enfermedad le alcanzó de pronto.

Ese año, en primavera, yo había comprado las tierras con ovejas, cuotas y todo lo demás, y firmé el contrato de compraventa el día de mi cumpleaños, en abril. Los balances contables mejoraron enseguida al quedar todo bajo un único control, y no entre dos, como pasaba cuando lo llevábamos mi madre y yo.

Una de las grandes obras de las que tuve que encargarme fue la rehabilitación de la vivienda. La empecé en 2007 y terminé la obra en cinco años, con el lavadero. La diferencia fue enorme. Por ejemplo, cuando me meto en la ducha aún me siento agradecida de que todo esté mucho mejor, más limpio.

Me gusta construir. Es relajante. Desde el principio me pasaba largos ratos con un martillo y clavos. Pero la rehabilitación y ampliación de Ljótarmaðir no era cosa de una persona sola. Eso no era ni imaginable. Siggeir y Fanney fueron los que más me ayudaron, y mi prima Birna y su hijo me brindaron un gran apoyo.

Después de instalarme en la granja, construí en madera, para mi propio placer, la galería que rodea la casa. Pero tendré que esperar un poco antes de poder sentarme ahí a tomar el sol.

HEIÐA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

No sé si recordáis la conversación que tuve con mi hermana Ásta hace dos años, en la que hablamos de cómo la tía Jóna no hacía más que advertirme una vez tras otra de que no me dedicara a hacer guarrerías en la galería que acababa de construir en mi casa porque Google Earth tenía la extraña obsesión de sacar fotos de esas cosas. Pensé que seguramente Jóna andaba un poco mal de la cabeza y veía la palabra «pervertido» en cada esquina, hasta que el verano pasado me llegó un SMS de mi hermana Ásta mientras yo estaba segando tan contenta en la zona oeste del prado. No decía más que esto: «El coche de Google anda por Skaftártunga, te lo juro». Así que me puse a vigilar la granja y, creedme, aquel coche entró en la explanada del pajar y la conducta del chófer era más que extraña, de modo que les mandé a Ásta y Jóna esta copla:

Vér el coche de Google me fastidia,
y más la risa tonta de ese guarro.
Lo que busca ese tío es pura insidia,
quiere hacerme fotos desde su cacharro.

HEIÐA, POLICÍA

Estuve trabajando un par de años en la Policía de la región oriental... En 2004 hice mi solicitud para convertirme en agente. Hacía guardias, me ocupaba de los radares de las carreteras y de la vigilancia en eventos públicos. La academia de Policía, dos años de estudios, me atraía muchísimo... Las exigencias son elevadas, hace falta una espléndida forma física, lo que me encanta, así como mucha disciplina. Y, por supuesto, hay que aprender llaves de lucha y defensa personal. Conseguí el acceso a la escuela e iba a empezar... Mi padre alimentaría las ovejas durante el invierno, pero entonces enfermó de cáncer y no pude seguir.

Naturalmente, fue mi antigua manía de cargar con todo sobre mis espaldas la responsable de que quisiera ser policía. Además, necesitaba un trabajo más fácil de conciliar con la granja y el control de las crías. Dar clases en Kirkjubæjarklaustur me tenía demasiado atada y, además, me estaba partiendo en dos. Tenía remordimientos cuando estaba en casa, por no dedicarme con toda intensidad a la enseñanza, y tenía remordimientos en clase, por no estar en casa haciendo algo práctico.

Fue una estupendísima experiencia vital estar junto a policías profesionales. Tenían una habilidad especial para enfrentarse a situaciones difíciles, y eran agradables en las relaciones humanas, sabían calmar a personas que estaban en plena pelea.

Jamás en la vida he pasado tanto miedo como cuando tuve que participar en una salida de emergencia a causa de una pelea en una fiesta de moteros en Kirkjubæjarklaustur. Había mogollón de gente en la fiesta y acudieron también refuerzos desde Reikiavik, incluyendo algunos miembros de las fuerzas especiales.

Cuando llegamos a la explanada se abre una puerta doble y sale todo el gentío vociferando como bestias. Pensé: ¿qué demonios estoy haciendo yo aquí?, me van a matar.

Yo no sabía lucha, no había aprendido aún nada en absoluto. Jamás en la vida he sentido tantos deseos de dar media vuelta y desaparecer como cuando llegó aquella avalancha humana. Creí que me daba un infarto.

Pero eché a correr hacia el gentío con los demás policías para intentar tranquilizar a la gente. La intervención fue razonablemente bien y el tumulto se disolvió civilizadamente pese a la mala pinta que tenía al principio, y al final no detuvimos a nadie.

Justo al final, cuando casi toda la gente se había marchado, apareció un individuo rabioso con una pala en la mano e intenciones de golpear a los policías. Un agente de baja estatura, un tipo realmente duro, le dirigió tal mirada mientras levantaba la porra que el hombre de la pala se achantó y se largó. ¡Aquella mirada daba tanto miedo que hasta perdí el apetito!

Al final, el que se había mostrado más violento de todos tomó una caléndula de un parterre cercano y me la dio.

Fue una experiencia magnífica estar en la Policía, aunque, en comparación con mis compañeros, yo no sabía hacer nada. Muy instructiva. Yo habría sido policía sin problema; policía de calle, por ejemplo. Pero me tomo las cosas muy a pecho, de modo que dudo que hubiera podido hacer frente a determinados casos, como los de violencia doméstica.

FÍFILL

El otoño pasado adquirí un cachorro de pastor alemán en Stoksseyri. Fui al criadero y elegí al campeón cuando solo tenía dos semanas. Y me lo llevé cuando tenía ocho. No es bueno llevarse a los cachorros a menos edad. Estaba tan impaciente por tenerlo que, en el ínterin, lo visité dos veces, cuando iba camino de Selfoss.

Desde que conocí a Kleó, la vieja pastora alemana de Adda de Herjólfsstaðir, tenía muchísimas ganas de tener un perro de la misma raza. Adda sabía que el criadero de Gunnarsholt estaba esperando cachorros, y había quedado con ellos en comprar uno. Adda sabía de mis ganas de tener un pastor alemán y me animó a quedarme un cachorro de la misma camada, prometiendo que me ayudaría, porque yo no sabía muy bien lo que tenía que hacer. Llegó una perrita y Adda se la quedó. Se llama Rökkva. Es hermana de Fífill.

Desde entonces me he preguntado muchas veces si empeñarme en tener el perro no fue un error. No estaba nada claro que pudiera sacar tiempo para entrenarlo. Porque, además, llegará a pesar cuarenta kilos. Hay que sacrificar corderos para alimentarlo. Afortunadamente, en la comarca hay desperdicios de carne suficientes, y no hay más que cocerlos para dárselos a los perros.

Es toda una responsabilidad criar un perro de esta raza, porque es de lo más especial. Hay que tener un cuidado exquisito para que nada salga mal. Los pastores alemanes son cariñosos, pero, al mismo tiempo, son perros guardianes por naturaleza. Son sensibles y afectivos. Es muy fácil malcriarlos a base de mimos. No aguantan las regañinas, se ponen muy tristes. Es preciso mostrarles mucho cariño y mucha atención. Si quieres tener un perro de estos en casa, no puede ser demasiado fiero. Y tiene que ser muy, muy obediente. De modo que tener un ejemplar de esta raza es todo un reto. Por si fuera poco, al ir creciendo, Fífill empezó a roncar como un pescador de altura.

Pero tenerlo es estupendo... Es mi matador de fantasmas. Ahora duerme en una caseta al lado de mi cama, porque los perros prefieren pasar las noches en su caseta particular. Fífill tiembla de alegría cuando me pongo en movimiento por las mañanas. Pero es tan respetuoso que se queda callado si dejo de moverme y sigo dormitando.

Fífill se quedó en casa de mi hermana Fanney, en Hveragerði, las seis semanas que pasé haciendo ecografías a ovejas preñadas. Naturalmente, el jefe de la casa tiene que ser el que manda, y existe el peligro de que el cachorro empiece a considerar como su guía al perro más mayor, si no está presente el que lo educa. Y eso es un serio peligro.

Fue muy útil para su educación quedarse en casa de Fanney. Fífill tiene que saber vivir también en un pueblo, con gente, no puede ser un perro de campo cualquiera, temeroso del mundo y sin

salir nunca de la granja.

Fanney lo llevaba a un espacio para perros donde encontraba congéneres de diversas razas, y se acostumbró mejor a su entorno, se habituó a ver viejos y jóvenes, gente en bicicleta, gente en silla de ruedas..., como tiene que ser.

22 DE JUNIO EN LJÓTARSTAÐIR

A los corderitos que criamos en casa solemos alimentarlos con biberón. Esta vez son nada más y nada menos que diez, nunca ha habido tantos. Como les damos de comer tres veces al día, hemos tenido que empezar a utilizar cubos... Les enseñamos a beber de los cubos en vez de chupar del biberón, eso nos ahorra muchísimo trabajo.

Entre ellos está *Blindigaur* (Chiquiciego). Es un borreguito ciego que alimentamos en casa desde el año pasado, porque no tuve valor para sacrificarlo. Pero no es que sea precisamente el orgullo de la granja. Es lo primero que ven los huéspedes y los excursionistas, un pobre bicho quejumbroso con el hocico levantado, como un cordero con hidatidosis. Llevaba varios días en el pradito de delante. Pero esta mañana le hemos dejado estar con los corderitos y se ha puesto de lo más feliz.

SIGGEIR

A cabo de regresar de un viaje de varios días a las Feroe; fue un regalo que mi hermana Fanney y yo le hicimos a Siggeir, con ocasión de su ochenta cumpleaños. A veces me refiero a Siggeir Ásgeirsson, de Framnes, Mýrdal, como mi padrino, pero lo hago a escondidas para que nadie me oiga. Mi madre no tiene nada que ver..., solo que a lo largo de los años se ha portado conmigo como si lo fuera. Siggeir también tiene que aguantar que Fanney y yo le llamemos hermano de vez en cuando, y él se lo toma como un juego, pero tiene su lógica, pues tanto su padre como el nuestro se llaman Ásgeir.

Siggeir es un viejo amigo de la familia. Yo le tengo un cariño muy especial y él siempre ha estado dispuesto a echarme una mano, ya sea de obra o con consejos. En este mundo no existe mejor persona. Además es adorable, siempre feliz y siempre riendo. De pequeña sentía mucho apego por él. Ponía especial cuidado en no subestimarme nunca... como hacían tantas veces los demás, o al menos esa era la impresión que yo tenía. Pienso con frecuencia en la gran responsabilidad que supone tratar con almas infantiles.

Siggeir es un auténtico manitas, sabe hacer de todo. Hace unos años construyó en Framnes, para su hermana y él, una granja de turba al estilo tradicional que es una auténtica obra de arte. Es todo un placer visitar a unas personas tan agradables en una granja tan bella.

En las Feroe dimos paseos larguísimos. Es maravilloso estar al aire libre los días de verano en que luce el sol. Es algo que echo en falta muchas veces mientras trabajo con el tractor, que suele coincidir con días soleados y de buen tiempo. Pero disfruto del verano a mi manera, y también de la luz.

¿UN ESCAÑO?

Tengo que decidir ya si acepto la propuesta de optar a un escaño en los primeros puestos de la lista de Izquierda-Verdes por la circunscripción meridional para las elecciones del próximo otoño. Me quedé pasmada cuando mi madre me dijo el otro día que había telefoneado una mujer para preguntarme eso precisamente. Que estaban organizando la lista y que habían decidido pedirme que aceptara uno de los primeros puestos, probablemente el segundo. No eran más que las nueve de la noche, pero ya me había ido a dormir. La que llamó no lo comprendió hasta que le explicaron que aquí estábamos en época de parideras. Entonces se le encendió la lucecita.

Mi hermana Stella estaba en casa cuando llamaron, así como María, la hija de mi hermana Fanny. Se retorcieron de la risa. Era el chiste de la semana. Luego volvió a llamar la buena mujer. Le pregunté de buenas a primeras si no se trataba de una broma, pero ella respondió al instante: «¡No!». De modo que no era ningún chiste. Charlamos un poco y me dijo que la comisión de listas se pondría en contacto conmigo si me parecía bien. Después llamó Almar, el cuñado de Jónas, el de Norður-Hvammur de Mýrdalur, donde estuve domando caballos.

Yo estaba estercolando en Svínadalur, en una granja abandonada cuyos prados me han autorizado a usar, cuando llegó la llamada, y esta no dejó lugar a dudas: la propuesta iba totalmente en serio. No me ofrecían la primera posición, tampoco me interesaría demasiado..., pero sí otra muy cercana. Un puesto con escaño seguro, supongo, la segunda posición. En realidad, Izquierda-Verdes no consiguió ningún escaño por la circunscripción meridional en las últimas elecciones.

No tengo ni idea de estas cosas. Sí, claro, sería estupendo conseguir entrar en el Parlamento y estar en algo completamente diferente a la granja. Pero hay más cosas. Por ejemplo, no quiero de ninguna forma que mi madre se quede sola. Tuvo una hemorragia cerebral en 2013. Luego pasó tres meses en el hospital, este invierno, por una infección de rodilla. Pero ya se ha recuperado lo suficiente para volver a cocinar y hacer punto.

Tendría que tomar un montón de medidas para el funcionamiento de la granja si llego a entrar en el Parlamento, y entre ellas, naturalmente, estaría la de contratar trabajadores para Ljótarsaðir.

¡No es nada atrayente la idea de pasarme todos los días sentada sobre las posaderas diciendo tonterías rodeada de papelotes! Además, eso del Parlamento es como una máquina de picar carne. Los diputados no aciertan nunca. Y, encima, todo el día insultándose los unos a los otros. ¿Es eso lo que realmente quieres?

Y luego está lo de la campaña. Hacerse valer: «¡Aquí estoy yo y esto es lo que voy a hacer!». Ese no es mi estilo, qué va. ¡Ni es propio de alguien de Skaftafell como yo! Y no está claro que al

final salga elegida después de gastar un montonazo horrible de tiempo y energía en la campaña electoral.

Naturalmente, es todo un reto, y el de diputado es un trabajo importantísimo y completamente distinto a todo lo que he hecho hasta ahora. Un escenario totalmente nuevo. Pero albergó ansia de aventura, y ser candidata zarandea a la vieja gitana que hay en mí, el deseo de ir de un lado a otro, la necesidad constante de empezar cosas nuevas.

Uno de los aspectos que me disuaden de aceptar es que me preocupa que quieran hacer de mí lo que no soy. Otro obstáculo es el miedo a no estar a la altura de mis nuevas obligaciones. Soy impaciente, necesito estar siempre moviéndome, pierdo la concentración enseguida y dejo de escuchar. Me da miedo que no me apetezca familiarizarme a fondo con los temas, me da miedo ir por ahí mal preparada.

Sí, le doy vueltas al asunto yo sola. No me apetece nada andar llamando a nadie. Por naturaleza, siempre estoy sola. Y la decisión final tiene que ser mía.

Naturalmente, hay un problema que siempre me ha resultado difícil superar: una aprensión incontrolable a ponerme delante de un grupo de gente; en los peores momentos, tiemblo y pierdo el apetito. También por eso, esta propuesta representa un reto apasionante..., ¡el mejor método para librarme de mis ataques de pánico! Se puede decir que tú eres tu principal enemigo, el que te empuja hasta el borde mismo del abismo. Es lo que llevo haciendo desde siempre.

La candidatura hace patente, desde luego, lo lejos que ha llegado la lucha contra la central eléctrica de Búland. Es por esa lucha por lo que se pusieron en contacto conmigo... Aunque, evidentemente, ha participado mucha más gente.

El proyecto de la central de Búland tiene que terminar. No es posible arrastrar a la gente a aceptar esos planes. Que un tipo cualquiera de la ciudad decida que va a producir energía donde le apetezca y que para hacerlo no necesita más que enseñar unos cuantos fajos de billetes. Es inimaginable montar todo el tinglado de una central eléctrica sin una discusión previa. Las normas que regulan este asunto son absurdas.

Tomemos el río Svartá, en Bárðardalur. Una de las dos granjas llamadas Halldórsstaðir acaba de romper el contrato con la empresa que pretendía producir energía hidroeléctrica allí. Ha sido un gran paso. Los granjeros se dieron cuenta de que la central sería mucho mayor de lo que habían pensado, y sus consecuencias mucho peores, de modo que rompieron el contrato. Me puedo imaginar perfectamente lo que tuvieron que pasar, visto lo que he tenido que pasar yo misma. No es justo engañar a la gente para enredarla en semejante locura. Es un desmán de la peor especie.

HEIÐA EN UN DEBATE

Las personas, como bien sabemos, son plenamente conscientes de las cosas aunque no lo expresen en voz alta. La gente de Skaftafell no tiene por costumbre decir las cosas en voz alta, pero ahora tenemos miedo, ahora nos amenazan, y no con una insignificancia. Ahora corren todos clamando: «Nuestro río, nuestro Tungufljót, no podemos dejar que nos quiten el río», y hasta las personas que menos esperaríamos han empezado a decir en voz alta que el Tungufljót es una joya de la naturaleza. El Tungufljót es increíblemente bello y está lleno de peces y avifauna. También es nuestro hito geográfico más importante, ¿cómo podríamos despotricar, los que vivimos a esta orilla del río, de la pereza de quienes viven en la orilla oriental (y a la inversa, claro) si el Tungufljót no existiera? Esos planes ponen en grave riesgo los cimientos mismos de nuestra sociedad.

El granjero Sigfús de Borgarfell, por ejemplo, que nunca abandona el trabajo excepto, quizá, para Nochebuena o en el cumpleaños de los niños, ha empezado a decir que podría servir de cicerone para los grupos de senderistas que recorren en verano la región del Tungufljót, si eso puede reforzar nuestra causa. Estamos asustados, buena gente, realmente asustados.

* * *

No acabo de ver claro si encaja conmigo aceptar la propuesta y, quizá, terminar en el Parlamento, pues soy contraria al sistema de partidos, e irremediabilmente me vería metida en la política de partidos. El sistema me parece podrido hasta la médula, igual que toda la horda de diputados. Pero también yo pasaría a formar parte de la horda, tendría que implicarme en toda clase de cosas por el hecho de ser diputada, tendría que implicarme como representante de Skaftá. Este sistema me parece absurdo. Aunque, no sé, quizá desde dentro se podría hacer algo positivo. A lo mejor podría funcionar, a base de valor y tenacidad. Pero ¿me apetece realmente?

Quizá podría llegar a apetecerme... quizá me serviría para concentrarme mejor en algo... Por ejemplo, ya no tendría que estar todo el tiempo intentando aclararme con los asuntos de la política municipal o del Parque Nacional del Vatnajökull —soy presidenta del Consejo Regional de la vertiente occidental del Parque— mientras me ocupo de las labores de casa y gestiono la granja. Si estuviera en el Parlamento no necesitaría tener la cabeza vigilando mil cosas distintas a la vez.

Pero sigo sin saber si podría mantener la concentración. Tal vez me pondría a componer versos y a organizar las parideras en vez de terminar el trabajo que me hubieran encargado. O tal vez pondría cara de persona inteligente en una reunión aunque no tuviera la menor idea de lo que pasaba a mi alrededor. No sería nada bueno estar intentado solucionar algo de la tercera estrofa que no acababa de salirme mientras se discuten cuestiones importantes. No soy nada buena en las

reuniones, mi mente divaga, me pongo a componer historias y a pensar en cosas raras. Por ejemplo, si hay alguien más pesado de la cuenta, me puedo poner a pensar cosas como estas: ¿cómo puede haber alguien así?, ¿es que sigue viviendo en la edad de piedra?, ¿este tío es una momia?

En lo que a ejercer como diputada respecta, mi buen amigo Þór Saari, que ha sido parlamentario, me dijo que me volvería loca allí dentro. Yo estoy acostumbrada a tareas que sé solucionar yo misma. Las cosas no funcionan así en el Parlamento ni en un ayuntamiento grande. Todo se hace a velocidad de tortuga. Seguramente, eso es lo que más me traumatizaría. Ni una noticia sobre un tema durante semanas o hasta meses.

Þór escribió un libro titulado *Pero ¿qué le pasa a este Parlamento?* El título del libro ya te lo dice todo. Leerlo te deja hecha polvo. ¡Los métodos de trabajo! Él estaba intentando ayudar a su hija con algo del colegio una tarde, cuando entró en el correo y se encontró con la moción que tenía que presentar al día siguiente. Ya se sabe, las mociones se las mandan a los diputados con un plazo brevísimo para que no tengan tiempo de estudiarlas. Así que tienen que trabajar toda la noche. ¡Como si la gente tuviera la mente bien despierta por la noche!

El Parlamento es un centro de trabajo muy especial. Þór Saari dice que es el peor lugar en el que ha trabajado nunca, y el más aburrido. Eso no suena demasiado atrayente... Es como si todos bajaran las manos y perdieran las ganas de esmerarse en su trabajo.

Estar o no en la lista electoral para mí supone una seria lucha interna. Lo cierto es que estoy muy contenta con lo que hago.

23 DE JUNIO

Por culpa de los días de vacaciones en las Feroe, ahora tengo encima un estrés horrible. No es bueno irse de vacaciones si afecta a las labores que no tienes más remedio que hacer. Sin embargo, tomarse un tiempo de descanso es indispensable. Ando retrasada con el laboreo del suelo. Ya debería haber terminado la siembra. Tengo que aprovechar al máximo el tiempo para arar, hasta entrada la noche y hasta que el cuerpo aguante. Empiezo a las seis de la mañana. Además, tengo que acabar de desbrozar y triturar. Estoy usando maquinaria de la Cooperativa Agrícola, de modo que no puedo decidir por dónde empezar, aunque me gustaría hacerlo. Cuando termine de arar y triturar tendré que sembrar y compactar. Este verano se ha helado buena parte del suelo de los pastos. Uno de los prados ha quedado muy afectado, por lo que tendré que emplearme a fondo para recuperarlo, lo que me obligará a dejar otro en barbecho.

Pero no puedo permitirme el lujo de estar estresada mucho tiempo. Sencillamente, tengo que hacer lo que tengo que hacer: meter las semillas en la tierra, llevar las ovejas a la montaña... Por suerte, ya he acabado con la limpieza de la paridera. Ya debería haber engrasado la galería, el redil y el cercado, pero aún no lo he hecho. Mi madre me ha ayudado mucho, pero esta temporada le resulta más difícil, con la pierna enferma.

El sábado pienso ir a Reikiavik a ayudar a mi tío Addi a cumplir los cincuenta. Luego iré a pasar la velada electoral con Andri Snær. Es mi candidato. Si no se hubiera presentado él, habría votado por Elísabet Jökulsdóttir. Me gusta su eslogan: «¡Más diversión!».

Trabajo largas jornadas en la inacabable claridad de los días más largos del verano, a veces también por la noche.

Los primeros años en la granja trabajaba y trabajaba, todos los días, todas las noches. Me quedo exhausta solo de pensarlo. Una vez me volví absolutamente tarumba, no sé ni qué noche era de la tanda de noches seguidas que llevaba trabajando. Estaba arando y era ya cerca del amanecer. Y entonces empezaron a salir de la tierra. Salían vacas, salían ovejas. Cuando vi una abonadora salir de debajo de la tierra, apagué el tractor. La abonadora era de color azul.

Ya he dejado por completo de hacer esas cosas. Ya no intento trabajar varias noches seguidas. Cuando me llegan chats de mis sobrinos jóvenes que viven en la comarca, y que se entregan al trabajo en cuerpo y alma como lo hacía yo, solo pienso: ¡pobres pitufitos, eso solo podréis hacerlo un par de años más!

Ahora, lo más habitual es que me acueste a una hora decente y me despierte bastante temprano. El trabajar sin interrupción acabó hace ya mucho tiempo.

¡Cómo era capaz de hacerlo! Sé que, aunque ahora no trabajo tanto tiempo, en realidad, produzco más. Es consecuencia de la experiencia y la madurez. Aquello era una locura de tal calibre que, más que conseguir algo, me perjudicaba a mí misma. Ahora he mejorado las cosas muchísimo, de modo que muchas labores exigen menos tiempo y esfuerzo. La diferencia es de blanco a negro. Lo más importante son las condiciones de trabajo en la cuadra de ovejas. Y, además, las máquinas son mucho mejores.

25 DE JUNIO

Pues estaba arando y desbrozando por tercera noche consecutiva. Estas noches he dormido cuatro horas. No estoy demasiado cansada, pero tengo el cuerpo entumecido de pasar tanto rato sentada en el tractor. Desde luego, esto no es sano.

Tengo que seguir desbrozando hasta la tarde, luego iré a Kirkjubæjarklaustur con mi madre, para votar en las elecciones presidenciales; y luego la dejaré otra vez en Ljótarsaðir. Después, pitando a la ciudad para el cumpleaños de Addi y la noche electoral con Andri Snær.

La siembra tendrá que esperar a que regrese. Entonces no seguiré necesitando la maquinaria de la Cooperativa, porque Ella de Úthlíð me dijo el año pasado, cuando yo estaba esperando la maquinaria: «¿Qué imbecilidad es esa de que no se puede sembrar con la abonadora?». De modo que me largué de allí con su abonadora. Funcionó estupendamente, y ahora volveré a hacer lo mismo.

LJÓTARSTAÐIR, 26 DE JUNIO

Ahora mismo es la hora de la cena y entro en la explanada de la granja. Nos apagaron las luces en el bar de Reikiavik a las cinco de la madrugada.

Ayer tuve un programa bien apretado. Me levanté tempranísimo, pensando que no necesitaría más que tres horas para triturar los restos del año pasado, pero tardé cinco. Luego una llamada tras otra, y el tiempo pasaba.

Llevaba tres días enteros sin ducharme, por no perder ni un minuto, las cuatro horas de la noche eran demasiado preciosas como para desperdiciarlas en la ducha. Estaba segura de que iba a atascar el desagüe, que el plato de la ducha se quedaría todo lleno de barro. Tenía el pelo repleto de nudos y barro, apestaba a polvo y a sudor acumulado. Habitualmente me respeto a mí misma y me baño con regularidad, aunque no tenga que ir a la capital.

Después, mi madre y yo salimos pitando hacia Kirkjubæjarklaustur para votar en la elección presidencial; ni siquiera tuve tiempo de peinarme. Volvimos, dejé a mi madre en Ljótarsstaðir y me fui a la capital. Me cambié de ropa en Hveragerði, en casa de Fanney. Me puse un vestido de lo más guay. Nadie podría ni imaginar que me hubiera subido nunca a un tractor.

En la mesa de bufé del cumpleaños de Addi había vodka con zumo de naranja, «destornillador», que naturalmente es una bebida amarilla, pero Fanney le añadió un colorante (biológico, eso sí) para que adquiriera color verde hierba. Una bebida corrientucha pero ecológica y muy especial. Hizo la mezcla en una cubeta preciosa de vidrio con grifitos que nos habíamos traído de las Feroe. En el bufé había, entre otras cosas, tartas sándwich hechas por tía Kolla, que sobrarían para el desayuno y mucho más.

Volviendo a la corrientucha bebida verde, Addi es ecologista como tantos parientes míos, aunque sin llegar a ser un fanático. Ni yo, ni mis hermanas ni mi madre queremos que se haga realidad la central eléctrica de Búland. La mayor parte de nuestros parientes tampoco apoyan que aplasten nuestros derechos, aunque no estén en contra de las centrales eléctricas en general.

En lo relativo a las centrales, lo que yo quiero es que se detenga la construcción y se replantee el tema. Estoy totalmente en contra de que continúen las obras, con el consiguiente perjuicio para la naturaleza islandesa.

Mi tío Addi hace de mi salvador particular muchísimas veces. Por ejemplo, se ocupa de todas las cuestiones eléctricas, porque yo tengo un pánico cerval al fuego y, en consecuencia, me cago de miedo con la electricidad. Addi puso luces nuevas en todos los edificios anexos, lo que es fundamental en los días más cortos del invierno. Además, me asesora en la compra de teléfonos y

ordenadores. No hay nadie que le supere en paciencia con una pobre sobrina que le llama de día o de noche para preguntarle cualquier cosa con toda desfachatez. Recorre Reikiavik de cabo a rabo para comprar lo que necesito... o para llevar algo a reparar. Nos llevamos muy bien y me siento feliz de alojarme en su casa cuando tengo que hacer noche en Reikiavik.

Bueno, después de la fiesta de cumpleaños, mi amiga Drífa, Fanney y yo bajamos al centro, para empezar la noche electoral con Andri Snær. Le saludé y me presenté como seguidora incondicional suya.

Hasta ese día, nunca había hablado con él... Fue estupendo tener la ocasión de hablar con mi ídolo. A esa hora ya estaba bastante claro que Andri no sería el nuevo presidente. Procuré no pensar demasiado en que Islandia iba a perder la oportunidad de elegir a un hombre fantástico, alguien que tendría infinitas posibilidades de hacer cosas extraordinarias en la escena internacional.

Comprendo perfectamente que el pueblo eligiera a Guðni Jóhannesson, es un hombre estupendo. Pero Andri habría supuesto un gran paso adelante. Habría sido un cambio en la dirección correcta. Me entristece que no tuviéramos la suerte de unirnos todos en torno a Andri.

Aunque no consiguiera ganar, fue genial que se presentara a la elección. Si la campaña electoral trató en parte de ecología y contaminación, fue gracias a que él estaba entre los candidatos.

Pasamos la noche electoral en la Sala Iðnó y, cuando ya era más de la una, nos fuimos al Íslenski Barinn..., no sé si está justo al lado del Teatro Nacional, en Reikiavik me pierdo. Luego al Vegamót, luego al Lebowski y luego al Kiki, el bar gay. ¡Es lo que se hace cuando se sale de bares!

Rebautizamos la cerveza Einstök y le pusimos Mistök, de modo que, en vez de «Única», se convirtió en «Error», mira esta foto que tengo en el móvil. Bueno, ya te he dicho mi opinión sobre el resultado, una lástima que no saliera Andri Snær. Aparte de eso, en expediciones como esta no suelo beber cerveza, sino vodka con naranja o cualquier otra bebida, lo que sea, basta con que sea líquido, es lo que suele pasar cuando vas en plan de beber.

La borrachera no fue nada del otro jueves, porque llevaba tres días seguidos sin dormir, arando y triturando, aunque en el fondo me encanta salir de juerga... Estaba medio muerta de ganas y emoción, sabía que lo pasaríamos bien y llevaba mucho tiempo sin ver a Drífa. Es una juerguista de cuidado. Y una persona estupenda. Estudió Psicología y Criminología en Inglaterra. Somos amigas desde hace siglos y estuve viviendo en su casa en Norður-Hvammur.

Fue una farra fenomenal. Drífa asegura que todo el personal masculino estaba por mí. Desde luego, no estaría nada mal que los hombres se congregaran alrededor de la farola que soy yo. Pero lo cierto es que no me di demasiada cuenta del movimiento de masas que ella creyó ver y me pude divertir sin que nadie me incomodara.

Drífa pertenece al equipo de lucha del Club Mjöllnir. Yo ya no puedo enfrentarme a ella, pero cuando vivía en su casa nos peleábamos y poníamos en serios apuros al pequeño edificio de madera... Cada una de nuestras patadas era una amenaza para sus tabiques. Una vez, su madre nos echó de casa enfadadísima, diciendo que parecíamos caballos salvajes.

Drífa está intentando convencerme para que acepte la propuesta. Yo le dije que me preocupa

convertirme en algo que no soy. Me respondió que me dejara de majaderías y me arreó un puñetazo en el estómago. Reaccioné rápido y tensé los músculos antes del golpe, de modo que no dolió demasiado.

En el siguiente bar ya estaba aburrida de que se pasara el rato mandando mensajes por el móvil, así que se lo intenté arrancar de las manos. Dijo que era una carota... y utilizó una llave estupenda de lucha que acababa de aprender en Mjöllnir para tirarme al suelo en un abrir y cerrar de ojos. Y yo, con faldas. Ella también. Me quedé en el suelo hasta que me ayudó a levantarme, diciendo: «¡Y ahora ya vale! ¡Las dos quietas!».

Jónas, el padre de Drífa, fue el protagonista de la campaña para impedir que se instalara una fundición de aluminio en Dyrhólaey y su puerto en 1974. Gracias a ello, se ganó el título de héroe. Ahora no se le ocurriría a nadie un despropósito de esa magnitud.

Me llamó, la conversación acabó durando una hora... Me animaba a aceptar la propuesta.

No estoy demasiado hecha polvo, cuando salgo de marcha puedo acabar cansada, pero nunca tengo resaca. Ni dolor de cabeza ni dolor de estómago. No conozco la resaca. Mis hermanas son también así... otro rasgo genético familiar.

LJÓTARSTAÐIR, 27 DE JUNIO

No, no pienso ver el partido Inglaterra-Islandia de esta noche. No puedo perder el tiempo con eso.

Todo se puso patas arriba esta mañana cuando el tractor se averió. No se ponía en marcha. Aproveché para ir a llevar algunas ovejas a las brañas con el *quad*, pues nos había llegado el permiso del Departamento de Recuperación de Tierras. Los de Ljótarmaðir y Snæbýli estamos cerca de los pastos del altiplano, de modo que no necesitamos perder tiempo y energías trasladando las ovejas en camión.

Mientras me ocupaba de las ovejas, Palli de Hvammur se ocupó del tractor. Yo acababa de mezclar la semilla de colza con el abono y había esparcido ya un saco cuando se averió el esparcidor de abono. Y es que planto colza para que los corderos tengan verdura que comer en otoño. Palli lo arregló todo, trajo su esparcidor de abono, terminó de sembrar y luego abonó el otro sembrado. No le convence nada hacerlo con su esparcidor, de modo que esta tarde vendrá otro vecino y me hará el favor con su sembradora.

Se ha roto el bastidor de la esparcidora y se ha soltado un eje de la transmisión. El daño es considerable, hay que hacer muchas reparaciones y soldar. No tengo más remedio que subirla a la plataforma de mi vieja Lux y llevarla a Álftaver, al taller. Es lo de siempre, se escacharra en cuanto me pongo a trabajar. La esparcidora tiene ya nueve años, se averió también el año pasado, tiene fallos serios.

No es nada complicado dirigir estas máquinas. Lo más complicado es arar. El arado tiene que ir detrás del tractor y hay que instalarlo correctamente. Ninguna de esas cosas es especialmente difícil si estás acostumbrado a trabajar con maquinaria. Pero, naturalmente, es muy estresante si las máquinas se estropean constantemente.

Hay muchos granjeros fantásticos, saben hacer de todo y arreglar cualquier cosa. Yo sé cambiar los filtros, pero no llego a más.

Ahora solo me queda compactar. La compactadora la compartimos cuatro granjas. La máquina comprime la semilla para que brote antes, y así, además, hay menos riesgo de que todo salga volando si sopla viento fuerte. Ahora voy con retraso a causa de las vacaciones en las Feroe, pero si hace buen tiempo, no habrá problema.

Mi hermana Stella vino a hacerme una breve visita. Conseguí encontrar un momento para almorzar con ella y su hija Arndís, y los chavalitos de esta. Stella vive en Akureyri, pero visita con frecuencia a Arndís, que vive en Meðalland, al este de nuestra granja.

Ando apurada de tiempo; como de costumbre, no doy abasto. Ahora hay que terminar las labores en el campo, dejar las ovejas en los prados, preparar los aperos para la cosecha del heno y reparar la abonadora. Luego hay montones de tareas de mantenimiento. Cambiar el tejado metálico de Rimma, una de las cuadras de las ovejas, engrasar la madera de la estructura y arreglarlo todo.

EL LABOREO DEL HENO Y LA ORGANIZACIÓN

Soy una friki de la organización. Siempre tengo plan a, b y c. El laboreo del heno también lo tengo planificado. Segaré a tal hora, rastrillaré a tal otra. Si cae un chubasco, todo se líaa... ¡Pero, bueno, cómo es posible! Toda la organización se va al garete. En mis años más locos, cuando se producía una cosa así necesitaba apaciguarme metiéndome debajo de la ducha. Ahora me sirven ciertos métodos humanos más avanzados...: una taza de café y una buena ración de palabrotas.

Los veranos anteriores trabajé en la granja abandonada de Svínadalur, que está a quince kilómetros de aquí. Este verano será complicado, porque los prados están tan helados que tendré que buscar heno en otros sitios, además de en Svínadalur. Tendré que trabajar, además, en Holt, en Síða. Tardaré un montonazo en llegar hasta allí, porque el puente del Eldvatn, en Ási, está cerrado excepto para turismos por la crecida del río Skaftá. Así que tengo que ir por el páramo de Hrífunesheiði, por la carretera antigua, un camino mucho más largo y dificultoso. Y el desvío de Holt tampoco es mejor. Son dos horas de tractor para la ida y otras tantas para la vuelta.

Afortunadamente, el laboreo del heno no lleva demasiado tiempo en condiciones normales, aunque las jornadas son más largas. Y el trabajo no se acaba cuando se tienen ya las pacas, porque no se pueden dejar en el prado, a la intemperie. Hay que recogerlas enseguida y traerlas a casa. Si no, pueden ser presa de las gaviotas, por ejemplo. El heno pelagra si se abre un agujero en las balas. Empieza a enmohecerse y las ovejas pueden enfermar de botulismo.

A veces dicen que llevar una granja es gestionar el heno. Una granja ganadera se basa en conseguir buen heno en cantidad suficiente.

El laboreo del heno y la política local, más un escaño en la dirección del Parque Nacional del Vatnajökull, no se concilian demasiado bien. Para mí, es imposible decir con mucha antelación que asistiré a una reunión o haré un recorrido turístico en tal o cual fecha. Tengo que recoger el heno. Punto. Se ha dado el caso de tener que llamar a alguien para que me sustituyera en las labores cuando no tenía más remedio que estar en otro sitio un día clave del laboreo.

ELLA Y HEIÐA

Me viene de miedo, durante las labores del campo, tener tan cerca a mi amiga Ella de Úthlíð. Las dos empezamos con nuestras granjas al mismo tiempo y siempre hemos sido aliadas. También fuimos juntas al colegio, desde el internado de Kirkjubæjarklaustur hasta el Instituto Agrícola de Hvannaeyri.

Nos conocimos en una fiesta de Navidad cuando teníamos tres años. Mi madre dice que nos caímos bien desde el primer momento. Las dos juntas hemos inventado unos cuantos aforismos para la lucha por la vida y los usamos cuando nos viene bien.

Marchará si te pones.

Quiere decir que, aunque las cosas puedan ir despacio, conseguirás lo que te propones si perseveras. Yo soy perseverante. Puedo tener rachas, pero en general trabajo de forma constante y sin interrupciones.

No hay heno sin segar.

Este se nos ocurrió un día que el heno se empapó. Naturalmente, muchas veces se siega sin tener claro lo que pueda pasar. *No verdeará sin abono.*

Eso lo dijo Ella un día que yo había abonado los prados. Luego llegó una ola de frío y estuve pensando que a lo mejor había hecho una tontería, que no era el mejor momento para abonar.

Ella tiene una granja enorme, con vacas y ovejas, y en un mes saca tanto como yo en un año. Compró las ovejas a sus padres en cuanto nos hicimos cargo de las granjas, y ahora es accionista mayoritaria de una sociedad anónima y lo lleva todo ella.

Es una *superwoman*. Trabaja muchísimo más deprisa que yo y lo hace todo mucho mejor. En la recogida del ganado, en otoño, es incansable... Esta flaquísima, puro hueso, músculo y tendón.

Ya de niña era trabajadora, y muy dura. Empezó a ayudar a parir a las ovejas cuando no era más que una criatura, y sabe montar a caballo desde pequeña. Mi padre le tenía mucho cariño. Le regaló un potrito cuando celebró la confirmación. Por desgracia, resultó ser un perezoso de cuidado, aunque nadie se dio cuenta entonces y el regalo se hizo con la mejor intención.

Ella tiene el don de saber criar ovejas y obtener el máximo beneficio de su ganado. Recuerda las genealogías y conoce a todas sus ovejas, lo que yo no puedo decir de mí. Pero, hablando de cría de corderos, a mí me resulta muy difícil sacrificar una corderita de esas oscuras, con las patitas, la barriga y el trasero blancos; aquí, a ese color lo llamamos *golóttur*. Esas ovejitas me parecen preciosas.

Y, bueno, en cambio, a veces me olvido de las borregas feas. A veces, ¡tres primaveras seguidas descubro que todavía anda por ahí una de esas borregas feúchas! No tengo por costumbre

enfrascarme en los libros de registro genealógico de las ovejas y estudiarlos para conseguir que la cría alcance unos resultados espectaculares. No lo hago, aunque, claro, a veces tomo prestado algún carnero de Ella o de alguna otra persona para mejorar mi ganado.

Por lo demás, he acabado aceptándome tal como soy. Soy una buena granjera, porque cuido a los animales. Me tomo muy a pecho su bienestar, sé cómo se encuentran e incluso me lo paso bien con ellos. Si no tengo algún animalito que acariciar cada día, es como si me faltara algo.

Mi color favorito en las ovejas, el *golóttur*, recibe nombres diversos según los sitios. El vientre tiene que ser blanco y el dorso, oscuro. Blanco desde la garganta hasta el trasero. El interior de las orejas, blanco. Los párpados, blancos. De modo que son blancas por los lados y la barriga. La parte de encima puede ser negra o gris. Lo más habitual es que sea negra. Lo más bonito de todo es cuando son muy oscuras.

Ahora solo tengo dos marrones por la parte de encima, que llamamos *morgolóttur* y *svargolóttur*, demasiado negras. Luego están las de lomo gris y lo demás blanco, que aquí decimos *grágolóttur*, aunque en otros sitios llaman a ese color *grábotnóttur*, *móbotnóttur* y *mórubotnóttur*. En algunos sitios de los Fiordos Occidentales lo llaman *gofóttur*. A mí, ese nombre me suena al que le damos al frailecillo, *kofa* o *lundakofa*, porque el frailecillo es de color *golóttur*, claro... Bueno, solo jugaba a adivinar de dónde podrían venir esos curiosos nombres.

4 DE JULIO. LLAMADA. PROPUESTA. COSECHA DEL HENO EN PRADOS DESCONOCIDOS

Llegué hacia las tres y terminaré a medianoche. Hace buen tiempo, aunque antes cayó un buen chubasco. No llovió en ningún sitio, excepto aquí. Vi que los vecinos de Hunkubakkar habían terminado de segar. Estaban recogiendo el heno. Pero la lluvia no importa tanto cuando estás segando.

No conozco estos prados, de modo que no me atrevo a ir demasiado deprisa, sino que voy con mucho cuidado, un poco asustada, también porque la hierba de por aquí es altísima. Puedo salirme del prado sin darme ni cuenta. Por suerte, hace tiempo rastrillé la zona con mi vecino, de modo que tengo cierta idea de cómo es el prado.

En Ljótarstaðir tengo las labores adelantadas, ya he metido cincuenta balas de heno.

Ayer recibí una llamada con la oferta formal de ocupar el segundo puesto de la lista de Izquierda-Verdes para la circunscripción meridional, y todo parece apuntar a que aceptaré el reto. Estoy preparando las cosas y hablando con mis colegas del Ayuntamiento para informarles.

Esta oferta me trae loca. Pero sé que estaría aún más fastidiada si la rechazara. Es mejor seguir adelante en vez de echar a correr para escapar. Pero no es asunto fácil. Lo cierto es que me encanta estar tranquilamente en mi casa.

¡Dios mío, eso era un pato! Espero no haber aplastado el nido. No, se libró. Hay ocho huevos en él. Esto está lleno de aves. No puedo evitar que al segar salgan corriendo los polluelos de agachadiza.

Con la propuesta esta me pasa lo mismo que con esquilar como profesional y en campeonatos. Me esfuerzo por saber si podré hacerlo, si tendré suficientes fuerzas, si tengo la espalda lo bastante bien. La propuesta es un reto no muy distinto al esquileo.

¡Ay, en qué estaba pensando la gente que preparó este prado, el tractor echa a volar en cada surco!

Naturalmente, sería una catástrofe que no sacáramos ningún diputado en la circunscripción meridional, como en las últimas elecciones. Pero, claro, yo haré lo posible para que entremos los dos. Me encantaría llegar al Parlamento, para eso me presento en la candidatura.

Uf, me estoy perdiendo en este prado. La hierba es tan alta que no me deja ver nada. He acabado en un brezal, literalmente.

Pero todo se arreglará. Tengo un ángel de la guarda la mar de activo, siempre salgo bien parada de los líos.

5 DE JULIO. MÁS COSECHA DE HENO EN HOLT

Conseguí dormir unas horas; terminé de segar hacia las doce y media de la noche y luego, por la mañana, fui a llevar los equipajes de un grupo de senderistas de la Sociedad Excursionista, y a mediodía estaba aquí otra vez. No valía la pena llegar antes, porque durante la mañana estuvo lloviendo.

No tengo que pagar para aprovechar los pastos de Holt. Los dueños se dan por satisfechos con que alguien los siegue. Es buena hierba y rinde muchísimo heno. Saco unas doscientas pacas. Pero cosechar aquí sale muy caro, porque tengo que llevar el tractor a paso de tortuga todo el rato, y eso consume un montonazo de gasoil. En total son muchísimos viajes. Además, las cosechas que se hacen lejos también llevan mucho tiempo. Pero esto no es cuestión de dinero y tiempo, ya se sabe que «hacer granja es cosechar heno», como decimos. Naturalmente, si lo hago así es solo porque mis propios prados están muy dañados por las heladas, y no tengo bastante con lo que pueda sacar de Svínadalur, donde he estado cosechando también estos últimos años.

Hay que organizar muy bien la cosecha de heno cuando se hace en campos tan lejanos. Las máquinas se han de trasladar en el orden debido: segadora, henificadora, rastrilladora, empacadora. Ahora me toca henificar y debo hacerlo antes de las siete, no se puede esperar más porque, si no, todo quedará cubierto de rocío. Naturalmente, aquí solo tengo el tractor, no tengo coche. Todo apuntaba a que debería acampar. Pero al final no hará falta, porque mi hermana Fanney tiene que ir a una reunión en Kirkjubæjarklaustur y me recogerá para llevarme a Ljótarstaðir. Claro que también habría podido alojarme en Hunkubakkar.

17 DE JULIO. CONVERSACIÓN TELEFÓNICA

Ahora estoy segando en Svínadalur. Es un aburrimiento, pero más vale ponerse a ello que quedarse mano sobre mano.

No sé nada nuevo de la supuesta candidatura. Situación de incertidumbre.

Si Ari Trausti no ocupa el primer lugar de la lista, como andan diciendo por ahí, no está nada claro que yo siga en el segundo puesto. No me hago muchas ilusiones de que me vayan a ofrecer el puesto de cabeza. Eso representaría un riesgo aún mayor para mí en la campaña electoral, y también un mayor conflicto.

Terminé la cosecha en Holt con dos espléndidas ayudas. Ármann, mi sobrino, que vive en Ás, de Skaftártunga, apareció con un tráiler. Lo enganchamos al tractor John Deere de los de Gröf para traer el heno a casa. Ármann es increíble. Dedicamos toda la noche a trasladar las pacas, porque no es posible meterse en la carretera con una vagoneta cargada, hay un tráfico muy intenso... Holt está en la misma carretera secundaria que Fjaðrárgljúfur, un sitio que se ha vuelto tremendamente popular. Hicimos cuatro viajes y ni él ni yo pudimos pegar ojo en toda la noche, aunque a mí no me resultó demasiado fatigoso, pues iba de paquete y era Ármann el que conducía.

Luego transporté las últimas pacas de Holt en la vagoneta y, naturalmente, cargarlas llevó su tiempo. Cuando llegué a Gröf, muy cerca de Ljótarstaðir, ¿quién me estaba esperando? Nada menos que Ármann, que iba a llevar las ovejas a los pastos comunes del altiplano. Se tomó un café y siguió con su trabajo sin más interrupción, mientras yo me marchaba a casa a meterme en la cama.

Una cosa está clara: cosechar lejos, en Holt, por ejemplo, y cosechar en general, no es trabajo para una sola persona..., sería de todo punto inviable.

19 DE JULIO

Estoy transportando pacas de heno a casa desde Svínadalur. Tardo tres horas en cada trayecto, pero después de la aventura de Holt me parece un tiempo increíblemente corto. El camino a casa desde aquí es bastante malo, porque el último trecho está tan abandonado como la granja, y lo mismo pasa con las trochas de los plantíos de heno, de modo que todo lleva mucho tiempo.

Segué sin saber muy bien cuál sería el resultado, pero me alegré mucho de haber recogido el heno tan pronto. Muchas veces vale la pena correr riesgos.

Este verano, la cosecha de heno va a ser estupenda. Ya solo me quedan unas 35 hectáreas en los prados de mi granja. Son los que uso de pasto para las ovejas cuando están en la granja, así que, incluso si no hubiera habido todo el lío de las heladas, hasta ahora no habrían estado listos para la siega.

21 DE JULIO A MEDIODÍA. CONVERSACIÓN TELEFÓNICA

Me dispongo a salir después del almuerzo. Ayer recibí una larga visita, creía que se quedarían en casa una hora, pero llegaron a las cuatro y se fueron a las once y media. Eran Steinar Kaldal, de la Agencia de Medio Ambiente, y unos periodistas británicos que habían acudido a él. Están haciendo un documental sobre la zona central de las tierras altas. Me preguntaron sin parar sobre toda clase de asuntos. Me dejaron hablar en islandés, aunque las preguntas las hacían en inglés. Mi inglés es bueno, pero preferí hablar en mi idioma y no tener que andar tanteando en busca de la palabra inglesa más adecuada. El islandés es riquísimo en palabras para todo lo que hace falta decir aquí. Eran unos magníficos profesionales, se tomaban todo el tiempo necesario para escoger la mejor cámara para cada toma.

* * *

En verano, cuando no estoy cosechando, aprovecho para dedicarme a trabajos de mantenimiento; por ejemplo, pintar los edificios. Los veranos de 2013 y 2014 hicimos obras mayores: cambiamos un tejado metálico y pintamos todos los demás. En otoño del segundo año estaba convencida de que no podríamos terminar de pintar antes de subir a los pastos comunes para el rodeo de las ovejas. Llegamos justito. Mi madre y yo pintamos a todo correr la última pared exterior antes de ponerme en camino a las tierras altas. Ya antes me habían ayudado otras personas con la pintura, y cuando venía Fanney avanzábamos bastante.

Había estado mirando a fondo unas muestras de colores de Harpa. Conozco a alguien que trabaja en la empresa y que me envió un pequeño muestrario. Al final, opté por el azul real, que me tiene encantada. Siempre me invade una sensación muy especial cuando, al llegar, veo desde la carretera los tejados azules de mi hogar.

Un trabajo de mantenimiento típico del verano es el lavado a presión de la vivienda, para mantener limpio el revestimiento. Se me puede considerar una perfeccionista. Lo soy, por lo menos cuando coloco en perfecto orden la vagoneta del heno, el rastrillo volteador..., toda la maquinaria, vamos. Las dejo dispuestas como en una exposición, todas en fila. ¡Supongo que te habrás dado cuenta!

3 DE AGOSTO. FERIA POPULAR EN LAS ISLAS VESTMANN

La fiesta fue una gozada, como siempre. Pero tuve que ir yo sola, porque Fanney no vino y mi amiga Drífa se echó atrás en el último momento.

Mi hermana Fanney estuvo viviendo en las Islas y fue directora del colegio de allí antes de ejercer en Hveragerði. Yo había dejado de ir a la feria ya antes de que Fanney se fuera a vivir allí, y tampoco habría ido ahora de no ser porque tengo unos amigos residentes que me alojan en su casa. Cuando llegas a la edad adulta deja de apetecerte acampar en una tienda en mitad del valle. Es estupendo que la feria cumpla años a tu mismo ritmo, porque me encontré con un montón de gente (en realidad, siempre te encuentras a los mismos). Una auténtica muchedumbre, como quince mil personas. Estuve alternando en las grandes tiendas blancas con la gente del lugar, y eso fue lo principal. Me lo pasé tan bien que no volví a casa hasta las ocho de la mañana, tanto el domingo como el lunes.

4 DE AGOSTO

Los temblores son fuertes, vaya que sí, pero el volcán Katla siempre está inquieto en esta época y, como es de esperar, a veces tiene una erupción. No está claro si el Bárðarbunga entrará otra vez en erupción pronto, este año o el siguiente, como afirma el geólogo Ármann Höskuldsson, pero me llevaré un buen susto cuando suceda; aunque lo cierto es que si vives en esta región no puedes estar siempre alerta, con miedo a los volcanes. No vendría mal que del Katla a Ljótarsstaðir hubiera algo más que los 25 kilómetros que hay en línea recta.

12 DE AGOSTO. SENDERISMO POR VONARSKARÐ

El martes tuve que salir a toda prisa para participar en una excursión senderista por Vonarskarð con la directiva del Parque Nacional del Vatnajökull y algunos agentes de protección de la naturaleza. Naturalmente, lo sabía desde hacía tiempo, pero organizar mis citas es una locura, es imposible planificar nada con tanta antelación en plena época de cosecha... En la granja está todo patas arriba, todas las labores activas a la vez, pero no podía dejar pasar la convocatoria, porque mi suplente estaba de viaje oficial y no podía ir.

Ya he dicho que soy presidenta del consejo de la sección occidental del Parque Nacional del Vatnajökull; me tomo muy en serio mis responsabilidades en el Parque y estoy a favor de que se amplíe, pero, en esta provincia, los parques nacionales se encuentran en una situación de conflicto con las autoridades locales y los propietarios de tierras. Por ejemplo, se produjeron enfrentamientos en mi Ayuntamiento cuando se estaba intentando cerrar un acuerdo para la ampliación del Parque Nacional del Vatnajökull, una ampliación muy modesta, por cierto, y al final hubo que transigir en que las centrales hidroeléctricas seguirían presentes en el plan general. Entre ellas la que afecta a mis propios prados, la central de Búland.

El domingo rastrillé todo lo que me quedaba..., treinta hectáreas... Ya, sí, para un solo día es bastante.

Fanney y Siggeir vinieron el lunes en mi vieja Lux con la vagoneta cargada de metal y planchas aislantes para el tejado del ovil que llamamos Rimma. En esos momentos, yo estaba rastrillando en Hvammur. El metal pesa una tonelada y hay que descargarlo con el tractor, y no pude coger el coche de Fanney para ir a la cita hasta que acabamos de sacar el metal de la vagoneta. Así que Fanney fue a por más material y Siggeir se dedicó a segar la zona aladaña a los edificios con una guadaña a motor: es el cortacésped particular de la familia. Los dos llevaron los materiales a Hólaskjól y continuaron la labor allí.

Fanney trabaja los veranos en la Sociedad de Pesca, de la que depende el centro de interpretación del altiplano, que está en Hólaskjól. Se encarga de llevar los equipajes en la camioneta y de cuidar el albergue, y pinta y repara y no sé cuántas cosas más. Como ya he dicho, ella transportó la vagoneta de materiales a Hólaskjól en mi vieja Lux y yo me llevé su *Viejo Rojo*, el Toyota Hilux, a la excursión de Vonarskarð. Estupendo intercambio.

Por la tarde me puse en camino con Fífill. El Toyota Hilux de Fanney tiene la ventaja, sobre mi furgoneta, de disponer de plataforma cubierta, lo que resulta muy útil en el camino por el Paso de Vonarskarð.

Hacia las tres de la madrugada llegamos a Nýidalur. Fífill estaba bastante nervioso y quise asegurarme de que no destrozara a bocados el interior del coche si lo dejaba solo... Como no podía llevarlo conmigo al refugio, los dos dormimos en la furgoneta.

Antes de dormir nos pasamos por el retrete (una caseta situada en el exterior). Llevaba a Fífill con la correa cuando, de repente, surgió de la oscuridad un turista. El perro se llevó un buen susto con aquella inesperada aparición y se puso a ladrar con estruendo, sin duda, para proteger a su dueña. El turista se asustó tanto que se aplastó contra la pared del retrete, como un crucificado. De nada sirvió decirle que el animal era *totally harmless*, pues no conseguía hacer callar al perro por ningún medio. Intenté cerrarle el hocico con las manos..., tampoco sirvió..., simplemente, siguió ladrando por las comisuras de la boca.

Nos despertamos a las siete de la mañana y nos pusimos en camino hacia las ocho y media. Esta región es incomparable, con sus vistas al glaciar y a las montañas de liparita. Un valle verde en medio del páramo estéril, Snapadalur, y luego la zona de los géiseres, a 1060 metros de altura sobre el nivel del mar, pequeñas manchas de fértil manto vegetal, con toda clase de especies vegetales... Algo impresionante.

Hacía un tiempo espléndido, el aire estaba nítido y la visibilidad era excelente en todas direcciones... Es de todo punto imposible describir el entorno cuando se tiene a la vista el glaciar de Hofsjökull, el valle de Nýidalur, la parte trasera del monte Þvermóður, que recibe el nombre de «Inverso» porque está vuelto en oblicuo, sobre las serranías de la zona. El Þvermóður me parece fantástico, me siento ligada a él de alguna forma.

Por allí quedan impresionantes vestigios de los viejos tiempos de Islandia. Diques imponentes, impulsados por la Compañía Nacional de Electricidad hacia 1970, destinados a desviar hacia el sur el agua de las fuentes del río Skálfandafljót, que corre hacia el norte. Los diques tienen diversas ramificaciones destinadas a aumentar la cantidad de agua disponible en el sur. Pero al producirse el primer deshielo, las aguas volvieron a su antiguo cauce y allí siguen desde entonces. Los diques son tan grandes que se ven en Google Earth; tienen cuatro o cinco metros de altura. Estas barbaridades las hacían en esa época sin preocupación alguna, sin estudios de impacto ambiental ni nada. Una absoluta irresponsabilidad. Algo así debería haber quedado limitado a los tiempos pretéritos, cuando los poderosos intervenían contra la naturaleza sin pararse a tomar en cuenta ninguna clase de consideraciones, y deberían ser ya cosa superada.

La comarca del río Þjórsá, naturalmente, está completamente modificada, en mayor o menor medida, por la mano del hombre, con construcciones para acumular agua de todos los ríos y fuentes. Hay construcciones de todo tipo, también para energía hidráulica, y todo está atravesado por carreteras. Pero ver en el altiplano del interior estos diques tan inmensos es algo que nadie podría esperar.

Así es como construían antes las carreteras. «Oye, esa ladera, ¿no te parece estupenda para una carretera?». Y el *bulldozer* se metía por la ladera. «Oye, que no, no es tan buena como parecía..., vamos por esa otra». Por todas partes encontramos las espantosas huellas dejadas por los *bulldozers* en el paisaje. Pero las máquinas han dejado de hacer esas cosas.

Toda la caminata por Vonarskarð cubrió 25 kilómetros, y Fífill estaba terriblemente cansado, a

punto de desfallecer, aunque seguía andando. La zona es toda muy pedregosa, de modo que el pobre perro tenía los pies hechos una pena, pero se los miré y pude comprobar que la piel no estaba agrietada. Tan exhausto estaba que el día siguiente se lo pasó todo entero durmiendo en el tractor..., sin querer salir ni un momento..., como un perro viejo.

Yo hice todo el recorrido en zapatos de goma y con calcetines de lana, como tengo por costumbre, y llamé bastante la atención de mis compañeros de caminata, ¡que llevaban botas de montaña!

Por la noche, Fífill y yo regresamos a casa. Llegamos a las tres de la madrugada. Tuve mi aventurilla: adelanté a un guía que acompañaba a un grupo de franceses; se les había roto una rueda del carretón en el que llevaban los equipajes, así que se los llevé yo hasta Hrauneyjar. Perdí como una hora. Haber llevado el Hilux cubierto me fue muy útil.

Lo pasé fantásticamente bien en la excursión de Vónarskarð... Un grupo de gente de lo más agradable, como lo son quienes se preocupan por la naturaleza, la ecología, todas esas cosas. Fue un gusto poder estar con un grupo así de personas.

17 DE AGOSTO

Siggeir y yo estamos ahora al lado de un ovil, practicando formas antiguas de construcción... Lo estamos reparando. Hacer muros de piedra seca es todo un arte, y a Siggeir se le da muy bien. Empezamos ayer a mediodía, seguiremos hoy y esperamos terminar mañana. Las paredes se habían vencido y habían empezado a derrumbarse. Utilizamos la misma piedra, y además recogimos unas losas de las ruinas de la vieja granja para rellenar los huecos. Ahora se puede usar maquinaria para buena parte de este trabajo, como cortar las pellas de turba con el tractor y transportar todo el material. Esto tiene que quedar primoroso. No podemos permitirnos que esté sin terminar cuando llegue el otoño. Me alegraré de ver el ovil en funcionamiento. Hace un tiempo estupendo, 12 grados y apenas llueve. Naturalmente, como estamos trabajando con turba y piedras, es buena cosa que la temperatura no sea demasiado alta.

En comparación con Siggeir, yo soy una patosa total y, además, siempre me precipito. Él me llama «chapucera del copón» cuando estropeo algo que él se ve obligado a reparar a continuación..., como una tabla o un tornillo. Una vez me cargué la válvula de freno de una vagoneta nuevecita y Siggeir dijo que era una chapucera de campeonato. Ingi, mi vecino de Snæbýli, estaba presente y añadió inmediatamente, para mejorar las cosas: «Yo ya me la conozco... Cuando encuentra alguna cosa que se le resiste, se la lleva por delante».

Tengo un temperamento muy fuerte, me cuesta mucho esforzarme... y no siempre lo consigo. Si me siento muy estresada y tengo que estar en muchos sitios al mismo tiempo, o si organizo mal las tareas, me descontrolo. Cuando llego a ese estado y me da el ataque, lanzo por los aires lo que tenga más a mano, y cae en los matorrales... una escoba, un martillo... así que tengo que ir a buscarlo cuando me baja la cólera.

Soy muy impaciente en el trabajo..., si no va bien, puedo ponerme de pésimo humor. ¡En esos momentos, todos me parecen unos cretinos!

Mi hermana Fanney y María me regalaron para Navidad unos prismáticos, algo que me vendrá muy bien en las hierbas altas de la montaña. Le preguntaron al dependiente si los prismáticos aguantarían que los tiraran por los aires. Seguro que el pobre hombre se quedó pasmado.

Pero ni mis perros ni los demás animales tienen nada que temer conmigo. Me pasa exclusivamente con los objetos inanimados. Por ejemplo, puedo contar que aquí tuvimos una temporada un bulldog francés que estaba siempre dentro de casa y que ladraba con toda su alma, sin parar. Muchos días, le dije que le daría una paliza de campeonato si no cerraba los morros. Nunca lo hice..., y el muy animal nunca dejó de ladrar.

HEIDA, EN SEGUNDO LUGAR EN LA LISTA ELECTORAL DE IZQUIERDA-VERDES PARA LA CIRCUNSCRIPCIÓN MERIDIONAL

Ya es definitivo. Iré en el segundo lugar en la lista de Izquierda-Verdes para la circunscripción meridional en las próximas elecciones al Parlamento. Ari Trausti ocupa el primer lugar. Es realmente emocionante... Por supuesto que me juego mucho, eso lo tengo bien claro. Me parece positivo que me hayan hecho la oferta, y me siento honrada. No se puede rechazar la posibilidad de ocupar una posición influyente... en asuntos que me son tan íntimamente queridos: ecologismo, agricultura, igualdad de derechos en todos los ámbitos, género..., gente de todos los orígenes, de todas las religiones.

Para mí, personalmente, esta es una de esas cosas que tengo que experimentar antes de morir, atrapando la oportunidad al vuelo. Es una ocasión de vivir la vida a fondo... quizá sea una prueba de mi constante inquietud, un ansia de algo..., de seguir adelante, mucho más lejos, adelante, hasta el cielo.

No sé si será simple ambición con todas sus letras. no conozco esa palabra lo bastante bien como para usarla. Me parece que se trata más bien de perseguir algo que para mí posee una importancia inmensa... Me enfurecen los métodos que utilizan para sacar adelante los planes de las centrales eléctricas. Esos métodos tienen que desaparecer..., ¡cómo son capaces de plantear esas atrocidades a la gente! Uno de mis objetivos es ejercer influencia en este tema y llamar la atención sobre la combinación de abuso y violencia de tales métodos.

Hay una cosa que me empuja con especial fuerza a seguir adelante: es la repugnancia que siento por la postura de quienes se limitan a sentarse a la mesa de la cocina para criticarlo todo y a todos, creyéndose poseedores únicos de la verdad, pero sin estar dispuestos a dar un paso al frente e intentar hacer algo. Yo no quiero sentarme a la mesa de la cocina.

Todos los que participamos en la campaña somos conscientes de que esta región es difícil, pues hay muchos seguidores de los partidos de la derecha, el de la Independencia y el del Progreso. Pero ya veremos cómo van las cosas.

No hay muchas probabilidades de que llegue a entrar en el Parlamento. Por otra parte, eso significa que debo contar con la posibilidad de que sí resulte elegida. Si finalmente lo consigo, tendré que contratar a un buen trabajador a tiempo completo que se encargue de la granja, y a una señora que se quede con mi madre. Naturalmente, yo no me desentendería de nada... vendría a casa todos los fines de semana y todos los días libres. Seguiría dirigiendo la granja y ocupándome de lo esencial, pero sería necesario contar con una persona que se ocupara de las tareas diarias. Esto no está tan lejos de Reikiavik como para que resulte demasiado difícil. No es nada

complicado tomar la carretera rumbo este los fines de semana. Además, en la actividad parlamentaria se tienen muchos días libres... y hay trabajos de comité que se pueden hacer con el ordenador. Todo se podría organizar bien. Además, serían solo cuatro años, si es que salgo elegida. En realidad, no estaría nada mal alejarme un poco de aquí, ampliar horizontes y distanciarme un poco de todo esto. Mi casa seguiría siendo, como lo ha sido siempre, un lugar de calma frente al ajetreo cotidiano, porque está muy apartada y ni siquiera hay cobertura de móvil en la vivienda ni en los edificios anexos.

Para la integridad de Ljótarstaðir es imprescindible no perder las tierras, defenderlas frente a la amenaza de la central hidroeléctrica de Búland. La paz y la tranquilidad desaparecerían con las enormes obras que quieren realizar al otro lado de la colina más cercana a mi casa. Las obras previstas son de una dimensión inconmensurable. Canales por aquí y diques por allá, subiendo y bajando por toda la zona hasta Hólaskjól. Pero no me pidáis que os enseñe los mapas, soy absolutamente incapaz de mirar esa monstruosidad.

Es fundamental atraer la atención a nuestra causa, a los desmanes de quienes se empeñan en hacer esa obra. Su intención, caso de encontrar resistencia contra la construcción, es ofrecer más dinero, hasta que el granjero o el dueño de las tierras se rinda. Los sinvergüenzas de los promotores de la central creen que pueden conseguir que la gente como yo se desdiga de su estúpida oposición. Quiero mostrar a quienes siguen mis pasos que no tenemos por qué rendirnos. Por ejemplo, puedes presentarte a unas elecciones. Realmente no hay por qué rendirse. Todos tenemos derecho a la existencia, no hay ninguna necesidad de agachar la cabeza, por mucho dinero que tengan esos sinvergüenzas.

Mis tierras son otra clase de riqueza, otra clase de poder, algo que está más allá del simple dinero... Esta tierra que hoy considero mía, que trabajo, representa una riqueza inmensa. No tengo que entregarla, por mucho que unos granujas de Reikiavik enarboles sus fajos de billetes.

Sobre mi posible marcha al Parlamento da la casualidad de que un día se me ocurrió la siguiente estrofa:

Qué raro buscar el sufrimiento
en los salones del Parlamento,
chillar y gritar
y el mundo salvar;
mas todos conocen de Cristo el tormento.

Si no entro, pues no pasa nada. Pero me presento a las elecciones para conseguirlo. Por lo menos, lo habré intentado. Esa idea me anima a dar un paso al frente y no quedarme en casa a criticar... Quiero intentar hacer algo en este asunto. Esa gente, los diputados, hacen las cosas lo mejor que pueden, no se pasan el día calentando el asiento... No es justo quedarse en casa presumiendo de que lo sabemos todo mejor que nadie, en lugar de intentar ponernos en marcha para hacer las cosas mejor. Muchas veces he criticado a los diputados y los gobernantes. Ahora tengo ocasión de comprobar las cosas por mí misma. Rechazar esta oportunidad sería lo típico que haría una de esas personas que se limita a sentarse a la mesa de la cocina.

El tema de las obras de construcción en Suðurland podría ser una buena oportunidad para Izquierda-Verdes. Por lo que a mi participación respecta, he atesorado ya mucha experiencia en cuestiones de política local y he participado en la dirección del Parque Nacional de Vatnajökull, lo que me ayuda... Me he visto obligada a defender mis posiciones con argumentos.

Siempre he estado dedicada al trabajo físico, de modo que sería todo un reto dedicarme a algo tan diferente como el trabajo de diputada. Pero si salgo elegida al Parlamento, no cabe duda de que sentiré gran alegría cuando vuelva, al cabo de cuatro años, al duro bregar de siempre.

21 DE AGOSTO

Ahora hay que ocuparse de los últimos detalles de la cosecha. En mi granja ya ha terminado, pero en Hvammur aún no. El tiempo estuvo algo revuelto los días en que teníamos que recoger el último heno, pero no pasa nada si no empieza a amarillear. Viene muy bien que ya esté acabando el verano, hace más frío y el heno tarda más en fermentar. Ayer trabajamos 43 hectáreas. Una suerte que no se pusiera a llover. Naturalmente, esto es de lo más estresante. Hace unos años me habría vuelto loca con una situación como esta. Pero me he vuelto más tranquila. En mi comarca se dice que el heno palidece, pero en muchos otros sitios dicen que amarillea. Si el heno empieza a fermentar y a palidecer, hablamos de recoger el pálido. Y a continuación, de dar el pálido a las ovejas.

No pasa nada grave si palidece una parte del heno. Intentamos secarlo bien. Los animales se lo comen sin problema, aunque la calidad es menor.

Cuanto más rápido se seque el heno en el campo, tanto mejor. Cada hora que pasa en el campo, el heno pierde sustancias nutritivas. Pero tiene que hacer un tiempo muy, muy seco para que no haga falta dejarlo en el prado más de un día y medio. Cuando el clima es más seco y durante más tiempo es a finales de junio, cuando los días son más largos. El clima seco se va haciendo más raro según avanza el verano.

Todas las pacas de heno se almacenan en la granja. Es esencial llevarlas a casa enseguida. Las pacas son caras y no se puede dejar que se estropeen en medio del prado. Tampoco es bueno para el prado, pues las pacas lo dañan.

El precio de una paca es de cinco a seis mil coronas, y se venden a ocho mil, más o menos. Y el beneficio aumenta si el heno es para caballos de paseo, porque entonces puede llegar a costar diez o doce mil.^[2]

[2] Diez mil coronas islandesas equivalen a unos 72€.

25 DE AGOSTO

Ahora, las ovejas han empezado a congregarse para regresar a las zonas habitadas. Les apetece volver a los prados de la granja cuando las brañas empiezan a marchitarse. Todos los años, parte del ganado regresa antes de que salgamos a buscarlo a los pastizales de montaña. Eso implica dejarles entrar en la granja, en la parte cercada o incluso en el prado cercano a los edificios, ya sean ovejas o corderos, pues si no lo hiciéramos así no tardarían en acabar con los pastos del otro lado de la cerca, y en poquísimo tiempo se quedarían en los huesos. Los fines de semana recojo las ovejas que han llegado hasta el cercado antes de subir a los pastos de montaña.

Va a ser complicado ponerle el techo a Rimma. La predicción meteorológica no es demasiado buena, y para realizar la obra tiene que hacer buen tiempo. No puede llover, ya que el aislamiento queda expuesto mientras cambiamos las planchas del tejado. Tampoco puede soplar viento... porque entonces todo sale volando y se desperdiga por todas partes.

Aquí arriba el clima suele ser bastante lluvioso, y eso, como es lógico, dificulta todos los trabajos en el exterior. Pero no hay más remedio que hacer de tripas corazón y llevar a cabo lo que se pueda, aunque llueva.

29 DE AGOSTO

No noté el terremoto del Katla anoche., el más fuerte desde que empezaron las mediciones. Soy un tanto miedosa, pero no hay que pensar mucho en eso porque te impediría hacer cualquier otra cosa. El ganado está todo desperdigado, por lo que no sería el mejor momento para una erupción. Resultaría menos malo cuando las ovejas estuvieran estabuladas.

Viví la lluvia de cenizas de la erupción del Grímsvötn, es algo que no te crees hasta que no lo ves con tus propios ojos..., y esa experiencia me hizo más humilde frente a las erupciones y las lluvias de ceniza.

30 DE AGOSTO

Estoy feliz y contenta, hemos conseguido ponerle el techo a la caseta del ovil Rimma. Siggeir y yo lo estuvimos haciendo solos durante los dos primeros días. El tiempo es magnífico..., totalmente calmo. De otro modo, no habríamos podido mover entre los dos las grandes placas metálicas, es imposible si hace viento. El tiempo era tan bueno y seco que al anochecer pudimos dejar las envolturas de aislante encima del tejado, y allí seguían esperándonos a la mañana siguiente como damas bien educadas.

El último día vinieron a ayudarnos mi amigo Hjalti y Adda, la de Herjólfstaðir. Adda trajo a Rökkva, la hermana de Fífill. Fue para los dos el *summum* de la felicidad... se pusieron como locos y se pasaron todo el día jugando. A Fífill le dio un ataque de locura. Agarró el cordel que se usa para marcar dónde hay que poner los clavos para el tejado y lo hizo trizas. Luego se fue a por la tiza de color que se pone en el cordel, mordió el bote y se pintó las patas de rojo.

El buenazo de Siggeir no pierde nunca la calma. Dijo que no importaba, que tenía otro bote de tiza. Yo tenía otro cordel, de modo que pudimos solucionar el asunto. Pero es una historia que se repite, es imposible hacer nada en la granja sin que llegue algún animal a mirar... un perro, un gato, un macho cabrío...

Se acerca la fecha de la reunión para nombrar los jefes del rodeo del ganado que anda desperdigado por las tierras altas... Hay que terminar los preparativos: quiénes van a participar, quiénes necesitan gente que les ayude... Se ha de nombrar una gobernanta para el avituallamiento, un jefe de rodeo, un jefe de corral. Antes de irme al rodeo, el 4 de septiembre, tendré que ir a Reikiavik y Selfoss a hacer unas gestiones. Necesito comprar filtros de aceite y gasóleo para el *quad*, zapatos de goma, bebidas alcohólicas para mi gente del rodeo...

LA GENTE DE LJÓTARSTAÐIR

Helga, mi madre, es de Reikiavik y su familia es originaria de la comarca de Öraefi. Es nieta de Bjarni de Vogur, quien fue poeta, diputado y profesor de Latín y Griego. Su padre era Bjarni Bjarnason, letrado de la oficina del magistrado municipal. El hogar de infancia de mi madre es una de esas grandes casonas de la calle Túngata, el número 16. Ahora vive allí Haraldur Örn, hijo de Jón, hermano paterno de mi madre.

Mi madre, que era una niña de ciudad, se sentía feliz en el campo, y vivió sobre todo en Hvarf, de Bárðardalur. Cuando cursaba tercer curso en el instituto vino a Ljótarmaðir a trabajar en verano. Al poco se casó con Sverrir, hijo de los dueños de la granja. Tuvieron una hija, mi hermana Stella, y un año después a Ásta. Pese a ello, mi madre consiguió terminar con éxito el instituto. Se lo debe al profesor Einar Magnússon, que llegó a director del centro. Se topó con mi madre en una calle muy transitada cuando ella ya había decidido renunciar al examen final del bachillerato y la animó a presentarse.

Mi madre y Sverrir tuvieron después a su tercera hija, Arndís.

En 1967, cuando Sverrir tenía como treinta años, pereció en una avalancha de nieve en los montes al oeste de Ljótarmaðir, mientras buscaba ovejas en medio de una ventisca.

Mamá lloró mucho la pérdida de Sverrir, y su recuerdo sigue resplandeciendo en su mente.

Había tomado la decisión de seguir con la granja, aunque las niñas fueran muy pequeñas y la tierra, muy difícil. Mi padre, Ásgeir, hermano de Sverrir, vino a la granja con la intención de quedarse definitivamente y mantenerla en funcionamiento junto a la viuda; para ello, abandonó su trabajo de marino. Mis padres tuvieron a Fanney en 1971. Y yo soy la más pequeña, nacida en 1978.

La historia de mi nombre es que mi padre quería ponerme Guðný en memoria de una de sus tías favoritas. Pero a mi madre no le bastaba con Guðný y empezó a buscar otro nombre más. «Las mayores», como Fanney y yo llamábamos a las hermanas mayores (y ellas a nosotras, «las pequeñas»), se entrometieron en el asunto y le propusieron una idea a mamá. Esto sucedía en la época de los libros de Heidi, a la que en Islandia llamamos Heiða. Fanney tenía un precioso libro ilustrado, muy grande, sobre Heidi, la niña que vivía en lo alto de los Alpes suizos con su abuelo. Las mayores querían que yo me llamase como ella. A mamá le pareció buena idea... Y, a fin de cuentas, nuestra granja viene a ser como la choza del brezal. De modo que me bautizaron Heiða Guðný. Papá me llamaba siempre por el nombre completo. Unas cuantas personas le imitaron, pero en general siempre me llaman Heiða.

La familia de mi padre es de la región de Skaftafell, y su padre y sus hermanos y hermanas crecieron en Álfaver. Mi tío Sverrir era buen improvisador de versos y compuso la oda a Skaftártunga que a veces dicen que es el himno de la región y que empieza con las palabras: «Skaftártunga, sublime y radiante».

Mi padre y su hermano Sverrir eran muy diferentes de aspecto y temperamento, pero ambos dominaban el lenguaje, y papá era conocido como alguien divertido y especialmente hábil inventando chascarrillos. Una vez describió a una persona con estas palabras: «Un pobre hombre de pies a cabeza».

A papá se le daba muy bien bromear con los niños, y todos le querían mucho; por ejemplo, Linda y Ella de Úthlíð. Mostraba interés por las personas y siempre preguntaba a todos qué tal estaban. Le encantaba confortar a sus amigos.

Pero la familia de mi padre es un tanto fría. Yo también tengo ciertos problemas de temperamento, soy consciente de ello e intento dominarme. Por ejemplo, no doy mi brazo a torcer cuando se me mete alguna idea en la cabeza.

Una de las cosas que caracterizaban a mi padre era que tenía fuertes opiniones a las que se aferraba con uñas y dientes. Cuando éramos pequeñas, para él había tres mandamientos insoslayables. Teníamos que desayunar, se ponía furioso si violábamos esa norma. Además, debíamos llevar siempre gorro. Y no podíamos usar botas excepto cuando fuera imprescindible. Si salíamos al prado de la casa calzando botas un día de buen tiempo, nos las quitaba y las tiraba por ahí.

Esto me influyó hasta el punto de que siempre desayuno, suelo llevar alguna prenda en la cabeza y uso calzado de goma, casi nunca botas.

Ya sea por rechazar los tres mandamientos de papá o por algún otro motivo, lo cierto es que mi madre no desayuna, prefiere no usar gorro y va por ahí encantada con sus botas.

Mamá es una persona muy jovial. Siempre está tranquila y enseguida se echa a reír. Es un rasgo que mis hermanas y yo hemos heredado de ella.

* * *

En la granja tenemos por costumbre poner nombre a todas las cosas. Cuando era pequeña, Stella tenía un gato llamado «Ketilbrandur, padrino de obispo». Fue su padre, Sverrir, quien lo bautizó... Los dos hermanos compartían afición.

Los juegos de palabras de papá eran inagotables. Un martillo ligero con mango de madera que yo tenía se llamó «Guðmundur, Obispo de Hólar» durante toda su vida de martillo. Dos buenos amigos de la familia eran «Sombrero de paja» y «Tobba gorda». Personajes habituales eran, p.ej., «Gran lelo», que solía referirse a papá mismo, «Studiosus» y «Hermundur, meador de altura». «Pañoleta» y «Ermengardo» eran nombres de muñecos. El tratamiento que solía depararnos a mi amiga Linda y a mí era «pellejos apestados son ustedes». Usaba el usted sin cortarse para dar más énfasis a las cosas.

Naturalmente, nosotras también participábamos de su afición y lo bautizábamos todo y a todos. Llamábamos a papá de todos los modos posibles y le cantábamos canciones con palabras inventadas... Muchas veces nos retorcíamos todos de la risa.

Y mamá es una humorista risueña, igual que mis hermanas. Tiene mucho aprecio por la lengua islandesa, y nos enseñó a todas a escribir sin faltas de ortografía y a evitar los errores de dicción.

Mamá dio clases particulares en Ljótarsstaðir durante cinco cursos cuando se vino a vivir aquí, y le fue muy bien. Todas mis hermanas y yo también hemos dado clases alguna vez, sobre todo Fanney.

Mamá tenía una formación académica superior a lo habitual en el campo y una gran afición por la lectura. Solía leernos en voz alta a mis hermanas y a mí. De ella heredamos nuestro interés por la lectura y nuestro profundo aprecio por los libros. Mis mejores horas son las que paso con un libro en las manos las noches de invierno.

* * *

Papá ingresó en la residencia de ancianos de Kirkjubæjarklaustur en 2006, cuando el cáncer empeoró de repente y le afectó a todo el cuerpo. También enfermó de neumonía, y Fanney yo estuvimos a la cabecera de su cama cuando la situación se puso más crítica. No dormía por las noches y tenía delirios, que acababan en una interminable recogida de ovejas por las brañas. Fanney y yo nos turnábamos para acompañarle a reunir el ganado esparcido por todos lados, y la que no participaba en la recogida intentaba dormir un poco en un colchón colocado en una esquina.

En una ocasión, cuando ya era noche cerrada, papá tuvo la sensación de que las cosas no iban bien y me dijo, bastante excitado: «Esto no va. Grita para que venga, Heiða Guðný. ¡Grita eh! Grita ¡eh, eh!».

Fanney estaba toda desmadejada en el rincón. ¿Hasta dónde iba a llegar esta situación? No se puede andar llamando a alguien a gritos a media noche en una residencia de ancianos.

Así que le dije a mi padre: «No podemos hacer ruido, papá. Las ovejas están empezando a entrar por el portón del cercado».

Eso sirvió para un rato. Pero no conseguí hacerle callar, habría sido como mandar callar al viento del norte.

Por muy enojado que estuviese, nunca se enfadaba con Fanney o conmigo. Cuando le preguntaba a ella: «¿Dónde está Heiða Guðný?», Fanney contestaba: «Está bloqueando el paso».

A mí me preguntaba: «¿Por qué no viene Fanney?». Yo tenía que inventarme algo, así que decía: «La has mandado tú mismo que vaya al río».

Durante la época de la gran recogida del ganado pasaron muchas cosas que indicaban que papá no tenía la cabeza muy en su sitio. Por ejemplo, decía: «Dame más café, Oddbjörg». Era evidente que acababa de aparecer su hermana con la cafetera..., así, de repente..., en pleno rodeo del ganado.

Es algo bien sabido que en las residencias los viejos granjeros están todo el rato dedicados a las labores agrícolas. Uno se pasaba todo el tiempo arrastrando sillas porque estaba metiendo las vacas en el establo, o sacándolas.

Cuando papá se recuperó de la neumonía, le pregunté si quería venir a casa. Dijo que sí, y mamá y yo le estuvimos cuidando en sus dos últimos meses de vida. Fanney venía con María todos los fines de semana y pasó aquí las Navidades, para atenderle con nosotras, y mi hermana Ásta vino a verle con frecuencia.

La enfermera acudía una vez por semana. Y también nuestro médico se portó muy bien, venía incluso sin que se lo pidiéramos. Esa era toda la asistencia profesional que teníamos. Papá era muy valiente. Aunque, claro, también estaba asustado, sabía lo que iba a pasar.

Tuve que aprender diversas técnicas de cuidado, que resultaban más difíciles de lo habitual porque papá era grande y pesaba lo suyo. Por ejemplo, por las mañanas, cuando tenía que incorporarle para vestirle, no había otra forma de hacerlo que tirar de él para sentarle. Él se limitaba a resoplar con cada tirón, hasta que un día me dijo: «Ay, Heiða Guðný, estoy un poco preocupado de que me vayas a separar el codo de tierra firme».

Papá está enterrado aquí cerca, en Gröf, en la comarca de Skaftártunga. Descansa allí junto a sus padres, su hermano y su hermana Arndís.

Mi vieja Lux, la camioneta Toyota blanca, es un regalo de papá. Aparte de eso, nunca me regaló nada. Pero la Lux se ha portado bien. Es del año 2000. Tiene 380 mil kilómetros.

Mis padres siempre mantuvieron separados el rol de papá como administrador y el de mamá como viuda y dueña de la granja. No se consideraban pareja en convivencia, aunque naturalmente vivían juntos. La palabra «familia» no se usaba nunca. Mamá se empeñó siempre en que fuéramos «la gente de Ljótarmaðir», nunca «la familia de Ljótarmaðir». Mis padres tenían separación de bienes y propiedades, y no lo ocultaban. La separación llegaba al extremo de que, cuando venían huéspedes, venían a ver a mamá o a ver a papá.

Como es lógico, esto resultaba un tanto extraño, y lo comprobé en diversas ocasiones. Pero lo que no sé es por qué continuaron viviendo así, aunque tampoco soy yo quien tendría que explicarlo. Lo cierto es que cualquier otra persona habría podido ocupar el lugar de papá... los dos habrían podido elegir a otra persona... porque los dos eran excepcionales... papá era un hombre muy apuesto, y mamá es una auténtica belleza.

Creo que mis padres tuvieron varios años buenos al principio. Mis hermanas recuerdan buenos tiempos. Pero luego la situación cambió a peor y llegaron épocas en las que ni siquiera se dirigían la palabra. Papá estaba tan deprimido que se pasaba días enteros sin hablar conmigo ni con las demás niñas. Pero, claro, era por el dolor que sentía, no por maldad... ahora lo veo claro.

La primera vez que sacrificé un cordero fue por falta de comunicación con papá. Había que hacer algo, pero él no me dijo nada cuando le pregunté. Como había estado dándole la tabarra para que me enseñara a disparar, fui y lo hice yo misma. Un granjero tiene que saber sacrificar corderos. Pero lo cierto es que siempre me ha resultado doloroso matar a un animal, y ese sentimiento no ha cambiado con los años.

* * *

Mis tres hermanas mayores, las hijas de Sverrir, llamaban Ásgeir a papá. Cuando hablaban de él le llamaban padrastro.

Fanney y yo fuimos, durante varios años, las únicas niñas de la granja, después de la muerte de Arndís y de que Stella y Ásta se marcharan de casa. Todo sucedió de repente. Éramos cinco hermanas y, de pronto, las tres mayores ya no estaban. Stella y Ásta se fueron de casa prácticamente al mismo tiempo, y Arndís tuvo el accidente y nunca volvió.

La idea era que Arndís se hiciera cargo de la granja. Creo que papá perdió el ánimo con la muerte de mi hermana. Naturalmente, estaba ya cansado; al llegar se había hecho cargo de la explotación de la granja y de tres chiquillas, que poco después se convirtieron en cinco. Y ahora estaba otra vez en la línea de salida, con una niña de tres años y otra de diez.

Papá no insistía demasiado en que mis hermanas o yo siguiéramos estudiando después de la enseñanza obligatoria, pero tampoco estaba dispuesto a que Fanney o yo nos encargáramos de la granja. En realidad, papá siempre había llevado mal el aislamiento de Ljótarmaðir, la oscuridad invernal. Y no le ayudó, sino todo lo contrario, la pérdida de Arndís... Los valles se hicieron más profundos y las colinas, más altas. Mis hermanas y yo somos muy buenas amigas, pero la relación con Fanney es especialmente estrecha, porque ella se ocupó de mí durante los meses en que mamá se fue a la ciudad para acompañar a Arndís hasta su muerte. Lo cierto es que Fanney sigue teniendo un indiscutible sentido de responsabilidad para conmigo.

Cuando se marchó de casa para seguir sus estudios, yo me convertí, a los nueve años de edad, en la única niña de Ljótarmaðir.

Pero durante los veranos esto volvía a poblarse de criaturas. Llegábamos a ser diez cuando todas mis hermanas se instalaban en casa. Jugábamos mucho en la garganta de Bæjargil, y en un sitio precioso, junto al río, donde desemboca el arroyo de la granja, siguiendo estrictas normas para no correr riesgos.

Nos dejaban acampar en la garganta al este de la granja, y las mayores dormían en la tienda casi todo el verano. Los radiantes recuerdos de mi niñez en medio de la naturaleza que rodea a Ljótarmaðir me acompañan siempre y nunca se alejan de mí.

Mis hermanas y yo escribimos necrológicas en memoria de papá. Fanney y yo escribimos juntas esta:

Querido papá, son muchas las cosas que acuden a nuestra mente cuando miramos atrás. Pero lo que ocupa el primer lugar es que siempre estábamos juntos, daba igual lo que tuvieras que hacer. Éramos aún pequeñas cuando nos despertabas por las mañanas, esperabas a que desayunáramos y, después, nos llevabas, a veces arrastrando el pequeño trineo de plástico, hasta los oviles de nuestro prado.

Albergábamos el íntimo convencimiento de que lo hacías porque deseabas que estuviéramos juntos, aunque más tarde empezamos a pensar que a lo mejor te molestábamos más que otra cosa. Pero siempre

dejaste muy claro que todos debían participar en lo que hubiera que hacer, y que todos debían encargarse de las tareas adecuadas a su edad y su madurez.

Todo el mundo se enteraba cuando ibas a cualquier sitio con parte de tu tropilla de chicas. Muchas veces nos tomábamos el pelo las unas a las otras, y tú tampoco te quedabas atrás. Cómo no recordar las peleas por tu gorro, los cubos atados, las balas de heno voladoras y las carreras en las que todo estaba permitido. Además, nos enseñaste muchas rimas —algunas no debía oírlas mamá— y divertidas historias sobre «los viejos», y nos divertíamos muchísimo rompiendo los puentecitos de nieve que se formaban en el arroyo.

Gracias por estos años juntos y por estar con nosotras a las duras y a las maduras. Recordaremos las cosas que decías y rememoraremos personajes del pasado en los buenos ratos de los años venideros. Te echamos de menos.

Fannee y Heiða Guðný

ARNDÍS

Mi hermana Arndís murió a los diecisiete años. En julio de 1981, se despeñó cuando estaba escalando el promontorio rocoso de Hjörleifshöfði. Después del accidente pasó casi medio año en el hospital de Reikiavik, y murió en enero de 1982. Yo tenía entonces tres años.

Lo que motivó el accidente fue que, al llegar a la cima con sus compañeros, se quitó la bufanda y la tiró abajo. Pero la bufanda se quedó colgada a medio camino y, cuando llegaron abajo, Arndís decidió subir otra vez a por ella, pues nunca se acobardaba ante nada. Seguramente no le apeteció volver a bajar después de recoger la bufanda, de modo que subió hasta la cima. Estaba ya en la cumbre cuando la cornisa se rompió y ella se despeñó desde lo más alto, a decenas de metros sobre el suelo.

Se quedó parálitica e incapaz de comunicarse, aunque parecía darse cuenta de la presencia de gente. Creo que nunca existió ninguna esperanza de que se recuperase, aunque sí, quizá, de que viviera más tiempo; pero murió de neumonía, como era frecuente en casos como el suyo.

Papá estaba en casa, igual que nuestro temporero, Árni, y Fanney, que tenía diez años. Mi hermana Stella venía de vez en cuando, y también Ásta; ninguna de las dos vivía ya en casa cuando sucedió el accidente. Ásta se había ido a Ásar, en Skaftártunga, y Stella vivía en Reikiavik.

Se las apañaban entre todos. Papá estaba acostumbrado a arreglárselas solo, el chico era robusto y Fanney era una niña dotada y trabajadora por naturaleza. Papá le enseñó a preparar gachas de cereal con leche y a cocer eglefino..., y a hacer la lista de la compra.

Mamá permaneció en Reikiavik sin interrupción hasta el otoño, alojada en casa de sus familiares, y también Stella acudía con frecuencia al hospital. Esos meses, Fanney y yo vivíamos casi en total soledad. Era imposible hablar de nada, solo nos respondían: «Mamá volverá a casa en cuanto Arndís mejore».

En esa época no existía nada parecido a la asistencia psicológica para situaciones de crisis, de modo que no había forma de facilitarle ayuda a mamá, ni cuando perdió a Arndís ni cuando murió Sverrir. Me parece un enorme avance que ahora se pueda conseguir ese tipo de asistencia.

Yo fui solo una vez al hospital a visitar a Arndís después de su accidente. Se me ha quedado grabado de manera indeleble en la mente, y se halla entre mis recuerdos más dolorosos.

Durante mucho tiempo, casi me daban ataques de angustia cuando no tenía más remedio que entrar en un hospital. Bastaba con sentir el olor.

Sin embargo, para mí fue menos duro que para los demás. Los niños de esa edad se preocupan sobre todo de sí mismos y no saben hacer otra cosa. Ni siquiera puedo imaginar por lo que pasaron todos los otros.

* * *

Arndís se portaba muy bien conmigo y jugábamos mucho juntas. Aunque yo era muy pequeña cuando murió, tengo de ella preciosos recuerdos fragmentarios. Recuerdo una visita al hospital, cuando la operaron de una hernia de disco, un año antes del accidente. La enfermera me llevó a buscar una naranja, que nos comimos Arndís y yo en la cama de su habitación.

Pero mi recuerdo más claro es de cuando volvió a casa después de hacer el examen de conducir. Papá fue a recogerla y yo esperaba en la ventana, emocionada, para ver llegar el coche con ella al volante. Pero resulta que era papá quien conducía. Salí corriendo y le pregunté a Arndís por qué no conducía ella y me respondió que ni loca iba a conducir un trasto viejo como el coche ruso de su padrastro. Yo me enfadé muchísimo, y papá sonrió burlón.

Me acuerdo bien de mi tercer cumpleaños, y de Arndís en mi fiesta. Tengo pocos bienes tan preciados como la tarjeta de cumpleaños con un poemita que ella me regaló:

Llegó la fiesta con su alegría;
soy feliz, lo puedes ver;
tres años cumple en este día
y eres ya casi una mujer.

Otoño



*En primavera todo crece,
y la alegría resplandece.
Llega el otoño maldito
y si algo necesito,
tan solo hambre me ofrece.*

LA FUERZA DE LAS ESTACIONES

Desde que era pequeña, y ahora también, percibo muy claramente la fuerza de la naturaleza y sus contrastes. En verano, la naturaleza es mi lugar favorito... Los corderos suben a las montañas cuando solo son bolitas de lana y vuelven convertidos casi en adultos. Anidan en mis tierras numerosas aves, como muestran los nombres de los lugares. Los gansos, que nosotros llamamos *gæs* en islandés, se encuentran en el río Gæsár y en los valles de Gæsardalir, y hay polluelos de ganso en Gæsatungur, una extensa zona que llega hasta el río Tungufljót. Estos lugares se encuentran entre los que anegaría el embalse de la hidroeléctrica de Búland. Allí anidan el ánsar piquicorto y el ánsar común.

En un solo verano suceden muchísimas cosas en la feliz naturaleza, que cría a todos los seres vivos, aves y ovejas. Y es un placer para las personas que gozan de la oportunidad de pasar los veranos en las montañas y los páramos.

He proyectado una empresa dedicada a organizar visitas guiadas a visitantes y viajeros, para que puedan aprovechar a fondo su estancia en estas regiones abiertas. Mi empresa se llama VAGA, que es una palabra usada en Skaftafell para referirse al acto mismo de caminar, y que no tiene nada que ver con una determinada manera de andar, como en otras partes de Islandia. Uno de los paseos es al valle de Sýrdalur, a tres horas de Ljótarsaðir. Es una región de una belleza incomparable, pero que apenas se conoce. Durante el paseo atravesamos perlas naturales como la cascada de los caballos, Hrossafoss, de sonoro nombre. Ponemos especial énfasis en la zona ribereña del Tungufljót y las gargantas, que forman una fantástica creación de la naturaleza. Para mí es maravilloso alzar el velo que oculta mi tierra y mostrarla y hablar de ella, como he empezado a hacer hace poco.

* * *

Cuando empieza el otoño, la fuerza de la naturaleza se transforma en fuerza destructora. Las aves se van... y hay que traer a casa el ganado, cueste lo que cueste, porque enseguida se encontrarían en serio peligro en los mismos lugares en los que vivieron felices durante el verano, en medio de la luminosa naturaleza que posee la inmensa fuerza de alimentar a los animales, hacerlos crecer y prosperar... con alegría y generosidad.

Durante el invierno, las inclemencias del tiempo barren la naturaleza y cualquier viaje está rodeado de peligros. Yo percibo muy claramente la inmensa diferencia que existe entre viajar en

verano y hacerlo en invierno. En el altiplano, durante el verano, el día es interminable, los ríos borbotean y todo es bello.

Durante el invierno, cuando estoy en las tierras baldías con mi trineo a motor, el día es corto y el frío es gélido, y los paisajes familiares están tan transformados que no consigo acostumbrarme a verlos de ese modo. Si la predicción meteorológica es buena, no hay peligro... pero en cuanto retumba la tormenta es una locura permanecer en mis regiones baldías.

La belleza de las montañas es increíble, incluso en esta peligrosa estación, el invierno. El otoño es capítulo aparte. En los días de otoño, por las mañanas, el aire se vuelve inmensamente transparente, sin asomo de bruma. Es entonces cuando salimos a hacer la segunda recogida de ovejas. A veces, el paisaje ya ha empezado a tornarse gris, es estupendo... Es entonces cuando encontramos a las ovejas descarriadas. Es la mejor época en las montañas, con sus colores otoñales y sus inmensos panoramas.

LA LUCHA CONTRA LA CENTRAL HIDROELÉCTRICA DE BÚLAND

Corría el año 2010 cuando se presentó por la zona un ejecutivo de Suðurorka, en principio para tantear en Skaftártunga las posibilidades de llevar adelante la central hidroeléctrica de Búland. Y pasó también por Ljótarsstaðir. Un burócrata de Reikiavik, peinado con gomina y manos immaculadas.

Fue a la caballeriza, como si estuviera en su casa, y se pasó dos horas dándonos la tabarra a mí y a mi novio de entonces. Hablaba y hablaba... dijo que estaba interesado en comprar un potro al que llamábamos Hijo de Smári, porque descendía del semental Smári, y mi novio y él se fueron a dar un paseo a caballo. En el prado cercano había unos gansos picoteando el suelo. De vez en cuando les ladraba la pastora alemana de Adda para echarlos y que no dañaran el prado. Acababa de enviarla a una tarea de esas, pero lo pensé mejor y la llamé para que volviera, porque recordé que Hijo de Smári era muy susceptible. Los gansos lo habrían podido espantar y habría podido echar a correr por el brezal si hubieran alzado el vuelo graznando a la orilla del camino. No tenía por qué preocuparme por mi novio, él es buen jinete, capaz de domar cualquier animal sin caerse nunca de la silla. Pero no sabía nada del otro jinete, así que preferí no espantar a los gansos. Desde entonces he pensado muchas veces que perdí la oportunidad de ver a aquel huésped tan especial cayéndose del caballo. El hombre de Suðurorka.

Empezó a presentarse en todas partes de la región sin que nadie le invitara. Por ejemplo, vino dos otoños a recoger ovejas con nosotros el último día del rodeo. Los del lugar nos quedamos un tanto extrañados, pero no dijimos nada. También estuvo en los cercados y en la fiesta del final del rodeo.

Suðurorka es una empresa que jamás he conseguido entender. No sé exactamente a quién pertenece, por ejemplo, pero lo que está claro es que cuenta con un capital latente muy significativo, pues lleva funcionando desde 2010 e incluso antes. Y en su programa solo tiene un objetivo: la central de Búland, esa horrible central hidroeléctrica a la que renunció la Sociedad Nacional de Electricidad, que, según parece, y de hecho está bastante claro, vendió a Suðurorka toda la documentación relativa pertinente. Es un proyecto enorme que se extiende hasta los límites del parque nacional y el centro principal de interpretación de Hólaskjól, bien conocido ya por los viajeros, y de allí hacia abajo por todo Skaftártunga, una considerable distancia por la carretera de Hrífunes, Ásar..., pasando por Ljótarsstaðir, donde dejaría un embalse de diez kilómetros cuadrados en mi cañón de Rásgljúfur, en mis pastizales más importantes... ¡y el correspondiente dique monstruoso!

Durante un tiempo no hice nada con el asunto de la central de Búland. No podía creer que semejante estupidez pudiera hacerse realidad. Seguro que lo mismo les pasó a muchos con la central hidroeléctrica de Kárahnjúkar. Como el hombre que acudió desde Egilsstaðir a una asamblea que celebramos en el centro social Tungusel en 2004 y nos mostró fotos de las atrocidades que se estaban cometiendo en ese lugar del este del país. Dijo que nunca pensó que llegaran a construir la central. Y, ya digo, yo tampoco lo pensaba, aunque la central de Búland se incluyó en el plan general. Pero yo no era la única incrédula. En la comarca se hacían chistes sobre el tema. Cuando estábamos recogiendo ovejas en el altiplano, decíamos: «Qué bien, dentro de poco podremos ir por aquí en lancha rápida». Me he fustigado a mí misma todos los días por permitir que esa atrocidad llegara a la fase de plan maestro sin hacer nada por frenarla. Como disculpa, puedo decir que parecía de todo punto increíble.

Fueron unos buenos colegas míos quienes me despertaron, preguntándome: «¿Vas a permitir que se salgan con la suya sin hacer nada?». Comprendí que tenía que aceptar la idea de que la central podía llegar a convertirse en una realidad y que estaba obligada a defenderme. Pero no es muy propio de mi naturaleza lanzarme a una guerra. Me considero una persona pacífica.

La lucha empezó en serio en 2012, y en buena medida se dirigió contra las autoridades municipales de entonces, que estaban encandiladas con la perspectiva de las centrales hidroeléctricas previstas para Skaftártunga, las Hólmsá y Búland.

Los trabajos encaminados a hacer posible la central de Búland marchaban a pleno gas, y a Ljótárstaðir llegaron en verano de 2012 dos hombres dispuestos a discutir el asunto. Les recibí con cortesía y les ofrecí café, pero les dejé perfectamente clara mi postura. Sin embargo, volvieron a intentarlo más tarde por teléfono, indicando que se estaban realizando ciertos estudios. Yo dije que no quería ni un trozo de esa central en mis tierras, que nunca las pondría a la venta. Llevaba diciéndolo desde 2010. Les colgué el teléfono y no volvieron a llamar. Fue ese mismo año, 2012, cuando empecé a escribir en periódicos y a hablar en asambleas sobre el asunto. Por necesidad.

El hombre de Suðurorka no era nada popular en la comarca, de modo que fue sustituido por otro, al que deberíamos llamar «el negociador», cuya misión principal era establecer relaciones directas con la gente de Skaftártunga. Un tipo encantador, campesino, originario de Ingjalssandur. Habla de una forma que llega enseguida al alma de los granjeros. Tengo entendido que lleva tiempo dedicado a negociar contratos con propietarios de tierras de todo el país para la construcción de centrales más pequeñas.

En enero de 2012, el negociador invitó a cuatro personas de Skaftártunga que se habían manifestado contrarias a la central, entre las que me encontraba yo, a una reunión en el centro social Tungusel para hablar de la central de Búland. Allí logró convencernos de la utilidad de crear un grupo de trabajo sobre el informe de impacto ambiental de la central de Búland. Realmente existía un informe de impacto ambiental, aunque aún no se había publicado. El grupo de trabajo tenía que servir de correa de transmisión de las opiniones de la gente, para que todos estuvieran mejor informados y pudieran hacer alegaciones en el proceso de información pública.

Se puso especial énfasis en que era preciso buscar una forma de identificar los valores reales de las propiedades, incluyendo el valor social.

Pero ¿qué valor podían tener unas tierras familiares ancestrales o una granja que era al mismo tiempo el hogar de varias personas, el hogar en el que se hallaban sus raíces? También se hablaba de la valoración real del río Tungufljót. Y de si se podía valorar el aspecto sentimental de todo ello. Habría que buscar una manera realista de valorarlo todo. Tal vez fuera sencillamente imposible. Tal vez esos valores no podían determinarse. Y entonces no habría central hidroeléctrica.

Se supo también que se pagarían dividendos a las granjas afectadas. Eso era nuevo: que los dividendos de la central, durante cincuenta o sesenta años, fueran a parar a las granjas y no a las personas.

Me comporté cortésmente en la reunión y charlé con el negociador, aunque mi postura estaba clara. Él afirmó que podría convencer a la gente de Suðurorka para que nos entregaran el informe de impacto a nosotros cuatro, siempre que garantizásemos la confidencialidad del documento. Aceptamos y cada uno de nosotros recibió un ejemplar. Esto quiere decir que acepté ser una de las personas que estudiarían el informe. Recibimos los gruesos volúmenes después de firmar una declaración de confidencialidad indicando que no daríamos publicidad a ningún punto del informe. Para confirmarlo, tuvimos que firmar un contrato. Y nuestros nombres están impresos en cada una de las páginas del ejemplar recibido.

Las dos veces que nos reunimos los cuatro con el negociador en el Tungusel, dio a entender que a corto plazo entrarían en vigor ciertos cambios legales en la Ley de Aguas, en el sentido de que, si más de una persona tenía derechos sobre el agua, la otra parte (p.ej., el propietario de las tierras al otro lado del curso de agua) no podría seguir disponiendo libremente de las tierras de su orilla. Con la ley actual, las personas tienen derechos de uso sobre su propia orilla y hasta el centro del río o del curso del agua. No tienen por qué ceder si el propietario de las tierras del otro lado del río desea, por ejemplo, permitir la construcción de un embalse. Pero con la nueva ley esto cambiaría. Lo que quería decir, en mi caso, que no podría oponerme a la construcción de un embalse en mis pastizales si el propietario de las tierras al otro lado del río quisiese vender. Estos cambios legales, anunciados por Suðurorka como inminentes, aún no han entrado en vigor. Mucho después consulté a dos abogados especializados en casos como este y ambos desconocían por completo que se hubiera introducido en la ley cambio alguno en ese sentido. Y, menos aún, que estuvieran ya en vigor.

Pensando en ello a posteriori, es evidente que si me pidieron que fuera al Tungusel fue para poder afirmar después, ante los encargados de elaborar el programa marco, que yo había accedido a discutir el tema... y que había pertenecido al comité consultivo. Pero yo no formé parte nunca de ningún comité. Aunque piqué el anzuelo de las consultas previas. Pensé que quizá podría ser bueno para la moral general que todos pudieran conocer el informe de impacto ecológico, que todos estuvieran en condiciones de evaluarlo. Pensé que, de ese modo, cuando llegara el momento solo tendríamos que unirnos para combatir el proyecto. Pero yo soy una granjera, una ganadera, y no sé nada de triquiñuelas legales.

Un perfecto ejemplo de cómo trabajan los ejecutivos de la empresa es que el negociador aseguró, en las reuniones de Tungusel, que hasta el momento nadie había dado un paso por detener la construcción de centrales hidroeléctricas en Islandia. Naturalmente, eso no es cierto. Recordemos la catarata de Gullfoss y la lucha de Sigríður de Brattholt para protegerla. También se consiguió detener las actuaciones previstas en Eyjabakkur.

En la primera reunión en Tungusel, el negociador habló como si estuviera de nuestro lado: que el grupo de trabajo sobre el informe de impacto ecológico debía tener como objetivo principal garantizar que tuvieran cabida todas las opiniones y que la gente de la región estuviera mejor preparada para presentar alegaciones cuando empezase el periodo de alegaciones al informe de impacto ecológico. Eso era lo que se nos dijo, y nada más que eso.

Luego pasamos a discutir posibles escenarios para reunir a los residentes de Skaftártunga. Solo existe una asociación: la Sociedad de Pesca de Skaftártunga. Dos de los cuatro que estábamos en la reunión eran directivos de la misma y se ofrecieron a convocar una asamblea de la sociedad.

Todas las granjas privadas de Skaftártunga son miembros de la Sociedad de Pesca. Aquel primer encuentro contó con una nutrida asistencia. El negociador aportó la propuesta de formar un grupo focal sobre el informe de impacto ambiental, y se eligió a cuatro personas para integrarlo: dos que estaban entonces contra los planes de la central hidroeléctrica, una persona favorable al proyecto y el propietario de los terrenos de Búland. El negociador nos propuso a Ella de Úthlíð y a mí, pero íbamos a empezar los diagnósticos de preñez de ovejas y estaríamos seis semanas fuera. El negociador se ofreció a trabajar con el grupo de trabajo en los primeros momentos, si bien se le podría apartar del mismo en cualquier momento.

Mientras Ella y yo estábamos fuera, la junta de gobierno del Ayuntamiento recibió una carta del negociador, redactada en nombre del grupo de trabajo bajo los auspicios de la Sociedad de Pesca, expresando el deseo de cerrar un contrato de opción de compra de las tierras del río que eran de propiedad municipal. Se trataba de una granja abandonada al este del río Skaftá. El contrato de opción sería una medida destinada a prevenir la pérdida de tierras de pastos de la población de Skaftártunga como consecuencia de la construcción de la central hidroeléctrica de Búland. Se remitía la carta a los cuatro miembros de la comisión de pastos. No se supo prácticamente nada del resultado de esa gestión, y ni siquiera sé si hubo alguna respuesta a la carta.

De modo que resulta que el grupo focal, cuya función era estudiar el informe de impacto ambiental, se había lanzado a buscar soluciones, a proponer medidas para evitar las consecuencias negativas del proyecto y, entre otras cosas, a participar en el plan maestro del municipio de Skaftá.

Se extendió entonces por Skaftártunga un inquietante silencio. A partir de ese momento, resultó que quienes habían estado en contra de la central hidroeléctrica pasaron a no querer hablar conmigo del tema de la central. Las elecciones municipales estaban a la vuelta de la esquina. Se buscaba a personas de espíritu ecologista y opuestas a las centrales hidroeléctricas, tanto en esta zona como en otros lugares, y se me ofreció el primer lugar en una lista nueva en la que se priorizarían las cuestiones medioambientales y la protección de la naturaleza. No me hacía

demasiada ilusión, porque me ocuparía mucho tiempo. Y no siento ninguna necesidad de situarme bajo los focos..., todo lo contrario.

Si se creó la lista fue, sobre todo, gracias a Kidda, o sea, Kristbjörg de Þykkvabæjarklaustur. Ella animó a la gente sin arredrarse. La lista recibió el nombre de Lista Z-Sol en el Ayuntamiento de Skaftá. No se pueden utilizar letras empleadas ya por otros grupos. La Z estaba libre y venía bien, porque era la letra de las matrículas de los vehículos de Skaftafell, y también se utiliza en los números de las granjas para marcar la propiedad del ganado lanar. Los temas medioambientales ocupaban la parte más importante del programa de la lista, aunque también aparecían bien representados en otras listas.

De modo que fui en el primer lugar de la lista, aunque no tenía ni un minuto de sobra que dedicar a cuestiones sociales. El resultado fue que la lista Z consiguió que saliera elegida una sola persona, que era yo. Después de las elecciones no había forma de conformar una mayoría, de modo que se tomó la decisión de que todas las listas trabajaran en colaboración. Y se firmó un acuerdo en este sentido. Todas las listas cedieron algo y recibieron algo a cambio. La lista Z tenía que ceder en la propuesta de revisión del plan general, aunque se acordó suspender todas las discusiones sobre la central hidroeléctrica durante los cuatro años de mandato. Si hubiera que adoptar alguna postura en nombre del Ayuntamiento, digamos en el proceso de alegaciones al plan general, la postura sería neutral. Naturalmente, esto estaba muy lejos de lo que a mí me habría gustado, pero era una gran victoria en comparación con el estado de cosas anterior.

A principios de 2015 se rompió la colaboración. La consecuencia fue que las listas D y Z formaron nuevo gobierno municipal y yo me convertí en vicealcaldesa de Skaftá.

Debe quedar claro que nunca me habría involucrado en la política municipal de no haber sido porque tenía que defenderme, y no solo a mí, sino también a mi comarca y a mis tierras, y a todas las tierras, en realidad. La política me ha causado muchos problemas, no solo por la falta de tiempo, sino también porque siempre me ha costado mucho hablar en público..., me daba pánico y casi me costó una enfermedad. Pero se me da bien expresarme por escrito, y me gusta mucho escribir.

Además, me aburren las reuniones, y mi trabajo en la dirección municipal implica estar reuniéndose constantemente y asistir a las sesiones que me tocan por mi cargo en el Parque Nacional de Vatnajökull. Todo eso conlleva una enorme pérdida de tiempo que podría dedicar a las labores ganaderas, pues tengo que estar constantemente yendo de acá para allá, de reunión en reunión.

El primero de mayo de 2014 se celebró en Tungusel una asamblea sobre las centrales hidroeléctricas, auspiciada por la Agencia de Medio Ambiente y la asociación ecologista local Eldvötn. Por entonces no resultaba nada fácil conseguir que la gente hablara de las centrales, de modo que me propusieron asistir. Habían intentado convencer a otras personas, pero nadie quiso aceptar. La asistencia de gente de Skaftártunga a la reunión fue muy escasa, y ninguno de los asistentes era opositor declarado a la central de Búland. En realidad, habían llamado a la gente involucrándola en las actividades del llamado grupo focal.

A fines de agosto de 2014, la Sociedad de Pesca quiso dar a conocer las actividades del grupo

focal. A mí me invitaron a una reunión con menos de veinticuatro horas de antelación, y no acudí porque tenía otras citas ineludibles. Hubo cambios en el grupo focal, se redujo el número de miembros y se intentó incluir, entre otros, a miembros de la dirección municipal. Pero el Ayuntamiento se negó a participar, con el argumento de que solo lo haría, si acaso, en una fase posterior del proceso. Tendríamos que implicarnos con imparcialidad cuando llegara el momento de las alegaciones en la tercera etapa de la elaboración del plan general.

En esos momentos, aún se mantenía la coalición de todos los partidos en el Ayuntamiento. En la reunión se dieron a conocer los planes para crear un Fondo de Desarrollo de Skaftártunga, que garantizaría fondos de la central hidroeléctrica en beneficio de todas las granjas privadas de Skaftártunga. Pero resulta que Suðurorka pensaba reducir de forma considerable el monto de las compensaciones mediante la introducción de cambios en los contratos firmados previamente con los propietarios de derechos de agua de la zona del río Skaftá. Los primeros pagos en virtud de esos contratos habrían debido hacerse ese mismo verano, pero no se habían abonado aún.

La Sociedad de Pesca celebró una reunión informativa en Tungusel a fines de septiembre de 2015. En esos momentos, yo estaba en Reikiavik, en un coloquio de la Agencia de Medioambiente, pero conseguí que el presidente de la sociedad leyera y distribuyera un informe que había presentado en una reunión en Tungusel ese mismo otoño. El grupo de trabajo concluyó sus actividades en esa reunión y, en la misma, se encargó a la dirección de la Sociedad de Pesca que continuara las actividades hasta el final del proceso. De modo que la dirección de la sociedad seguiría reuniéndose con el hombre de Suðurorka, que volvía a integrarse en el grupo y que, entre otras cosas, debería presentar un borrador del contrato de derechos de agua, otro sobre las propuestas de asignación de dividendos relativos a la central hidroeléctrica, tal como se había anunciado mediante cartas certificadas, así como el borrador del convenio de Suðurorka con los propietarios de terrenos y tenedores de derechos de agua. En la zona de influencia de la central de Búland solo hay tres granjas. Ljótastaðir es una de ellas, y tiene derechos de agua sobre dos ríos, el Skaftá y el Tungufljót.

Suðurorka continuó su labor de zapa. Más o menos un mes después de la reunión, en noviembre o diciembre, me llegó una carta certificada en la que se me informaba de la actividad del grupo de trabajo y de los repartos proporcionales de fondos entre propietarios de terrenos y tenedores de derechos de agua. Me esforcé lo indecible por analizarlo, pero la lectura me resultó muy difícil, pues siempre había quedado claro que yo no tenía ninguna intención de vender mis derechos de agua. Y después, en un correo electrónico que me llegó a las diez y media de la noche, me invitaron a una reunión, a fecha fija, con el hombre de Suðurorka, que estaba realizando reuniones separadas con cada uno de nosotros. No pegué ojo en toda la noche. Le respondí enseguida con un correo electrónico, redactado en términos muy duros, indicándole que, si él y su empresa tenían intención de proseguir con aquel abuso de poder, yo organizaría un escándalo de tomo y lomo por todo el país. Añadí que no solo Suðurorka sabía amenazar. Aquello me costó una noche en vela y me puso el corazón a doscientos. Cuando me sucede algo así, siento como si me clavaran un cuchillo entre las costillas..., como si estuviera teniendo un ataque al corazón. No exagero si digo que al hablar de ello siento dolor en el pecho y se me tensan los músculos de los hombros.

Además, estar sola en casa en ese día de invierno, sin apenas luz, no ayudó demasiado. Mi madre estaba ingresada en el hospital desde noviembre por una grave infección de rodilla y no se sabía cómo podría acabar. No acudí a la reunión con el hombre de Suðurorka. ¿Por qué habría tenido que hacerlo?

Llegó otra carta certificada de Suðurorka. Contenía los documentos que me iban a entregar en la reunión, en los cuales se indicaba la parte alícuota de Ljótarmaður en los dividendos de la central hidroeléctrica por un cierto número de años. Miré la carta de reojo, pero no la leí entera... aquello empezaba a dañarme seriamente. No tenía ni idea de cuál podía ser la postura de mis paisanos. Y no me atrevía a llamarles para enterarme.

Llegada a ese punto, pedí consejo a la Agencia de Medioambiente y fueron de la opinión de que debería buscarme un abogado. Después de que uno de los abogados de la Agencia hubiera estudiado el asunto, hablaron con Ásgerður Ragnarsdóttir, del bufete Lex, que es especialista en este terreno y aceptó hacerse cargo del caso.

Yo me había sentido como la voz que clama en el desierto. Los hombres de Suðurorka no escuchaban ni comprendían, aunque les repitiera una vez tras otra que jamás podrían conseguir que firmara un contrato. En cierta ocasión me dijo uno: «Volveré otra vez, y otra». Yo respondí: «Pues muy bien». Su respuesta fue: «Pero no volveré siempre». Obviamente, una amenaza velada.

Imaginé que comprenderían mejor si una abogada intervenía en el juego. A partir de ese momento, ella se encargaría de mi correspondencia con ellos y examinaría todas mis relaciones con Suðurorka, de modo que yo no tendría que pasar el mal rato de abrir sus cartas y leerlas. También eran buenas noticias para mi cartero..., que echaba a correr en cuanto me entregaba una carta certificada y yo comprobaba que la remitía Suðurorka. Yo empezaba a echar humo como una cafetera, a punto de estallar.

Ásgerður envió a Suðurorka una carta en la que reiteraba mi postura sobre la posible venta de tierras y derechos de agua. Debo reconocer que las cartas certificadas que me había estado enviando Suðurorka me olían a preparativos de expropiación, de modo que estaba todo menos tranquila. Pero después de conversar con la abogada me sentí aliviada, porque me explicó que Suðurorka no tenía ninguna base legal para realizar expropiaciones. Así que eran puras amenazas vacías.

Para una hija de los valles, como yo, es un paso significativo contratar a un abogado. La simple idea de recibir una factura por valor de 70.000 coronas,^[3] que es la que recibí, me ponía enferma, claro, porque eso es mucho dinero para un ganadero lanar. Ese importe es el que invierto para la mejora del pienso de mis ovejas durante la paridera.

No está nada claro que me hubiera atrevido a contratar una abogada si las asociaciones de defensa de la naturaleza no me hubieran asegurado que me prestarían apoyo financiero. A la hora de la verdad no hizo falta y pagué yo misma la factura, pero habría tenido que pedirles auxilio si la cantidad hubiera sido mayor.

Es un buen precedente que las asociaciones ecologistas se impliquen en el tema. Representan un apoyo absolutamente imprescindible. Porque es así como la industria energética doblega a la

gente: mediante el dinero.

Justo en los días en que contraté a la abogada, en enero de 2016, empezaron a aumentar los debates y a clarificarse las posturas de la gente del municipio. La dirección de la Sociedad de Pesca presentó su dimisión por escrito a causa de Suðurorka. Pero yo tenía los nervios tan tensos por el acoso de los hombres de la central eléctrica, las complicadas reuniones y las disensiones dentro del Ayuntamiento que ya ni siquiera me apetecía divertirme con mi trineo a motor. Estaba como agarrotada, y hasta pensé en vender el trineo. Me habían desaparecido las ganas de divertirme, y además estaba lo del dinero que tenía que desembolsar para el pago de la factura de la abogada. En esta granja nunca sobra el dinero. Pero todo sale adelante, mal que bien.

[3] Unos 600 € en el año en que tiene lugar el conflicto.

VIAJE DE RECONOCIMIENTO

A principio del verano de 2015 recibí un correo electrónico con la propuesta de participar en un recorrido con los comités de expertos implicados en la tercera fase del plan maestro por los sitios previstos para la construcción de las centrales de Hólmsá y Búland. Deseaban que los ayuntamientos también se implicaran. El viaje de reconocimiento de los terrenos tendría lugar el 5 de septiembre. Como la información me llegó a principios de verano, tenía por delante toda la estación para preocuparme por el evento.

El 2 de septiembre, miércoles, mientras estaba rastrillando para mis vecinos, recibí un correo, supuestamente para recordarme el viaje de estudios de los expertos tres días después. Al mismo tiempo, preguntaban quiénes acudirían en nombre del Ayuntamiento. Se adjuntaba el programa. Entonces me entero de que Suðurorka ofrecerá una merienda y hará una presentación en el centro social Tungusel. Yo no había tenido noticia de dicha reunión, y solo me enteré de ella por ser miembro del Ayuntamiento.

Faltan poquísimos días para la excursión. Me pongo como loca, me cuelgo del móvil mientras estoy metida en el tractor, rastrillando... envío enseguida un correo electrónico a un empleado de la gerencia del proyecto para preguntar por qué era Suðurorka la que hacía una presentación y no la Empresa Nacional de la Energía, que estaba implicada en la central de Hólmsá. Entonces recibo una amable respuesta indicando que Suðurorka llevará a cabo una presentación en el interior, y la Empresa Nacional de la Energía, otra en el exterior.

En mi ingenuidad, yo había pensado que en el viaje participarían exclusivamente los grupos de expertos y los ayuntamientos, pero no las empresas promotoras. Me lancé a enviar correos a todo el mundo preguntando si no podría hacer yo también una presentación, como propietaria de tierras afectadas. Y también envié un correo al Ayuntamiento preguntando si podía intervenir como miembro de la dirección municipal en lo referente a la central de Hólmsá y como propietaria de tierras para la de Búland. Solicité que mi suplente en el consistorio, Jóna Börk, me sustituyera como representante del Ayuntamiento en el tema de la presa de Búland, mientras yo participaba exclusivamente como parte interesada.

Estaba pegada al móvil, como enloquecida. Iba tan acelerada que me olvidé de bajar la rastrilladora, de modo que hice un recorrido entero con la máquina en el aire. El rastrillado de ese prado quedó fatal. Y me alegré de no haber fastidiado más aún las piezas chocando con los postes de la electricidad. Cuando por fin terminé de rastrillar, ya de noche, volví a Ljótarsstaðir como pude en el tractor, pasando por todos los baches.

Mis mensajes recibieron reacciones positivas y pude organizar las cosas como he explicado. Empecé a planificar en mi cabeza lo que tenía que decir, como hago siempre, y enseguida pude montar el esqueleto del discurso, al tiempo que seguía devanándome los sesos para organizar todo el resto. Mi hermana Fanney iba a venir a casa, porque pensábamos reunir juntas las ovejas, y le pedí que me ayudara con mi presentación.

Me pasé todo el viernes redactándola. Tenía que buscar fotos de grupos de senderismo y de paisajes de los alrededores del Tungufljót. Después le di a leer la presentación a Fanney y me la tiró a la cara, recomendándome que rebajara un poco el tono. El viernes, todo era ya más o menos aprovechable.

Y al día siguiente, sábado, era la excursión, que empezó con un recorrido por parte de los terrenos afectados por la central de Hólmsá, incluyendo el embalse. El funcionario de la Empresa Nacional de la Energía hizo una presentación sobre el tema. En el autobús en el que viajaban los grupos de expertos, los representantes del Ayuntamiento tuvieron ocasión de hablar de su postura, así como de la historia de los planes de centrales hidroeléctricas en la zona. Yo expuse tanto la postura de la lista Z como mi propia opinión. Estoy también muy en contra de la central de Hólmsá. Pasa lo mismo que con la de Búland; la misma atrocidad, la misma región. En conjunto, la región es mucho, mucho más valiosa tal y como es que lo que podría ser después de la construcción de las centrales. El de Búland, por su parte, es un proyecto aún más absurdo que el de Hólmsá. Es inmenso e inconcebible, se mire por donde se mire. Cómo se le puede pasar a alguien por la cabeza controlar ese monstruo que es el Skaftá..., ¡que ya por sí solo es el frenesí absoluto!

Los bosques salvajes de Skaftártunga cubren cuarenta hectáreas y llevan allí desde la colonización de Islandia a fines del siglo XI. Los Villingaskógar quedarán cubiertos por el embalse de Hólmsárlón. La Empresa Nacional de la Energía habla de plantar ochenta hectáreas de bosque como compensación. Pero esas hectáreas de árboles jamás podrían sustituir a los últimos restos de los bosques que cubrían Islandia en tiempos de la colonización.

Que el bosque ni siquiera se tuviera en cuenta cuando se planteó el proyecto de la central hidroeléctrica de Hólmsá deja bien a las claras el retraso del pensamiento ecologista islandés. La gente no se dio cuenta de los valores naturales de la comarca hasta que Vigfús de Flaga empezó a organizar rutas de senderismo por la zona. El bosque de la colonización. La cascada del río Skógá. Entonces, por fin, muchos empezaron a prestar atención. Naturalmente, la gente tiene muchos otros temas de los que ocuparse, por eso es capaz de tragarse cosas sin reflexionar.

La excursión continuó, y en el Tungusel prepararon café y unos tentempiés regalo de Suðurorka. Llegó entonces Jóna Börk, se puso el sombrero de alcaldesa y yo me transformé en propietaria de terrenos, con mi presentación a punto de caramelo, la que había redactado con ayuda de Fanney. Estaban presentes todos los petímetros de Suðurorka; acababan de hacer una presentación refinadísima, con sus correspondientes fotografías.

Alabaron con vehemencia la actividad de la Sociedad de Pesca de Skaftártunga y el grado de acuerdo alcanzado en la comunidad local. El hombre de Suðurorka puso muy de relieve el trabajo realizado en la zona, así como el espléndido y justo reparto de dividendos, con pleno acuerdo

también de la comunidad local. Fue vomitivo. Absolutamente escandaloso. Aunque hubieran puesto un tubo y me hubieran intentado meter el café por la garganta, no habría podido tragar ni una gota, tales eran las náuseas que me produjo aquella sarta de falsedades. Y eso que bebo café por litros.

Cuando llegó mi turno, critiqué que los ejecutivos de la empresa promotora pudieran participar en el recorrido, junto a ayuntamientos y grupos de expertos, y no se hubiera invitado a otras partes interesadas. Me parecía escandaloso que la empresa promotora tuviese acceso ilimitado a los grupos de expertos del programa marco, igual que los ayuntamientos, pero no los propietarios de los terrenos.

Acto seguido hice mi presentación, en la que refuté buena parte de las afirmaciones del hombre de Suðurorka. Cuestioné el nacimiento del grupo de trabajo, también llamado grupo focal, y los contratos firmados.

El elemento clave fue mi presencia en aquella reunión. El resultado habría sido muy diferente si no hubiera estado yo allí. Fue entonces cuando Jóna Börk y yo nos dimos cuenta de la importancia de mi elección para el Ayuntamiento. Yo no me habría podido enterar de que se iba a realizar aquel viaje de reconocimiento del territorio de no haber formado parte del consistorio. Esto cambió las cosas, según me han contado muchos de los presentes, pues, al parecer, mi presentación fue buena, completa y necesaria.

Los hombres de Suðurorka habrían soltado todas las gilipolleces y mentiras indecentes que llevaban preparadas sin que nadie les contradijera. Habrían ganado de calle. Su intención era convencer a la gente de que existía pleno acuerdo sobre la central de Búland y de que los contratos con los tenedores de agua del Skaftá estaban ya en vigor. Yo contradije todo eso, aunque no estuviera segura al cien por cien, y puse de relieve que los contratos ya no eran válidos, pues Suðurorka aún no había realizado los pagos comprometidos... no había pagado nada en absoluto. Quedó claro, entonces, que el hombre de Suðurorka no podía oponer nada a mis palabras, pues si algo hubiera sido erróneo me lo habría refutado, como es lógico.

Cuando concluí mi intervención, en el salón se produjo un espeso silencio.

El hombre de Suðurorka lo rompió para decir:

«Siempre es un placer escuchar a Heiða. Es una estupenda oradora. Y esta vez se ha acercado algo a la verdad».

Qué empalagosos que son... ¡Esos imbéciles ni siquiera tienen lo que hay que tener para hablar mal de alguien!

Me enteré de que una de las cosas que decían a mis espaldas los hombres de la hidroeléctrica era que estaban seguros de que «la tía esa de Ljótarmaður no seguiría mucho más tiempo con la granja». Se comentaba algo así como: «Siempre está sola. Naturalmente, encontrará un hombre y se largará de aquí». También oí algo sobre las desorbitadas cantidades que pensaban ofrecerme.

Cuando terminó la reunión informativa en Tungusel, hicimos un recorrido por el extensísimo territorio que se vería afectado por la central de Búland. Habría muchísimos diques, canales y obras para aprovechamiento de las aguas, todo ello sumado a los diez kilómetros cuadrados del embalse.

Miré todo aquello porque no tenía más remedio. No soporto ver las cosas en mapas. Tantas líneas y diques y muros de contención, tanto vandalismo en mi comarca, en mis tierras. La presa propuesta en el barranco de Rásgljúfur tendría la misma altura que la iglesia Hallgrímskirkja de Reikiavik. No quiero ni imaginarme lo que pasaría si se rompiera semejante embalse.

Una de las cosas que señalé es que, si se construía, solo pasaría por Ljótarsaðir un tercio del caudal de nuestro río, el Tungufljót. Los hombres de Suðurorka dijeron que eso no era cierto. Pero yo les aclaré que la corriente en Ljótarsaðir no era la misma que la que señalaban los medidores de caudal. Y a continuación enumeré, con su nombre, todos los arroyos que desembocan desde la presa hasta Ljótarsaðir, así como los que desembocan en el cauce desde Ljótarsaðir hasta los medidores de caudal. Es todo menos sencillo meterse en este género de discusiones con una propietaria que se conoce toda la comarca como la palma de la mano.

* * *

En enero de 2016 llegaron noticias de que la dirección de la Sociedad de Pesca de Skaftártunga abandonaba su colaboración con Suðurorka. Mi abogada me dijo que las funciones de las sociedades de pesca estaban muy claramente descritas en la ley y que entre ellas no se encontraba la de colaborar en la realización de contratos con propietarios de tierras con vistas al plan de construcción de centrales hidroeléctricas.

De modo que, a fin de cuentas, Suðurorka había estado todo el tiempo manipulando a la Sociedad de Pesca en su propio beneficio. Había inventado la falsedad de que existía pleno acuerdo sobre la central y había hecho creer que la Sociedad de Pesca había llevado a cabo una labor importante y desinteresada que incluía el estudio del informe de impacto ambiental.

Al aumentar las horas de luz a fines de enero de 2016, empecé a sentirme mejor... cuando la Sociedad de Pesca se desentendió del asunto y yo me hice con el asesoramiento de una abogada. Supe también que pocas personas de la comarca se habían dignado siquiera a echar un vistazo a los borradores de contrato que les había enviado *Suðurorka*. De modo que en febrero pude dedicarme con más tranquilidad al diagnóstico de preñez de las ovejas mediante ecografía. Y mi madre, por fin, mejoró lo suficiente para volver a casa después de pasar tres meses en el hospital.

HEIDA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

La revolución de las cacerolas

Me sentí realmente frustrada cuando empezaron las manifestaciones organizadas, porque en mi granja estábamos en plena temporada de matanza y no pude participar en ellas. Me habría encantado unirme a las protestas contra el gobierno de entonces. Una de las pocas cosas en las que mi padre y yo estábamos de acuerdo era en que había que meterle bien a fondo un cuerno por la tripa a esos derechistas del Partido del Progreso, y habría sido estupendo ir a una de las manifestaciones a arrojarles la hierba a medio digerir de las tripas de las ovejas. Es un producto que, a diferencia de la pintura y cosas semejantes, tiene la ventaja de ser totalmente orgánico, por lo que se habría quedado pegado a las paredes del Parlamento y la primera lluvia lo habría borrado sin más problema.

Esta primavera todo va mal,
hasta el gato morirá al final,
ante el Congreso nos vemos,
y más vale que tiremos
mondongo de cordero, ¡será total!

GATOS Y PERROS DE LÓTARSTADIR

Cuando era pequeña, los gatos vivían en el establo. Pero cuando empezaban a envejecer procuraban entrar en la vivienda y se acostaban en la sala. El otoño en que empecé el noveno grado, a los catorce años, me regalaron una gatita. Me quedé loca de emoción... fue nuestra primera gata casera, se llamaba *Loppa* (Patita), pero la llamábamos Gata. Se murió muy vieja, casi con veinte años. Tuve la misma mascota desde noveno grado hasta tiempo después de empezar con la granja, en 2012. El único defecto de mi gata era que roncaba.

Uno de los bellos recuerdos que tengo de aquella preciosidad es que, la única vez que tuve que pasar muchos días encamada, ya de adulta, me traía ratones y pájaros a la almohada. Cuando vino el doctor, se puso furiosa con él y estuvo a punto de atacarle, de modo que mi madre la tuvo encerrada durante toda la visita médica.

Cuando se estaba muriendo se acostaba a mi lado hecha un ovillito. Me quedé tan triste cuando murió que decidí no volver a tener jamás otro gato, para no pasar otra vez por aquel sufrimiento. Pero a mediodía del día siguiente le eché el ojo a una gatita que ya conocía. Así que enterré a la gata muerta en el jardín. Y me hice con otra gata.

Se llama *Huggun* (Consuelo), aunque la llamamos Gata. Es una ricura de gatita y me lo paso de miedo jugando con ella. Aunque también es un tanto insolente y está siempre reclamando que le hagamos caso. Y tiene la extraña costumbre de ponerme una patita encima del párpado y empujar con mucho cuidado para despertarme. Si no le hago el caso suficiente, me da golpecitos con la pata en la nariz.

La gata es una cazadora consumada, y le hemos puesto un collar con dos cascabeles. Si por la mañana aparece una minúscula manchita de sangre en el plato de la ducha, ya sabemos lo que ha sucedido. Ni siquiera deja las patitas ni el rabo del ratón, como hacía la otra gata. No comprendo cómo lo consigue. Debe comerse el rabo chupándolo como si fuera un espagueti.

El otro día entró en casa con los mofletes hinchados. Y allí dentro había una cría de ratón. La sacamos indemne y se quedó en el suelo mirando a su alrededor en total confusión. Luego echó a correr.

De vez en cuando se oyen persecuciones por la vivienda, es la gata persiguiendo a los ratones que se ha traído a casa. He inventado una herramienta, que consiste en un bote de cuajada situado en el extremo del palo de una mopa, con el que cojo a los ratones y me los llevo fuera para dejarlos en libertad. Hay que capturarlos, porque, si no, se mueren en cualquier sitio y desprenden un olor repugnante.

La gata no aguanta el olor de las ovejas, de forma que no va a los oviles a matar ratones. Fracasa en su labor principal. Se trae los ratones a casa, en vez de mantenerlos alejados de la granja.

Pero mi gata no es tan guay como ella se cree. Cuando estoy fuera seis semanas seguidas para el control de preñeces, se acurruca todos los días, con gesto de profundo sufrimiento, debajo del edredón de mi cama..., lo que no hace nunca cuando estoy en casa.

Antes, los gatos se utilizaban específicamente para luchar contra las plagas de ratones. Alguna vez, incluso, papá metía a una gata en una bolsa y la llevaba a los oviles del prado más cercano a la granja. Son edificios de turba, y los ratones vivían en las paredes. Existía el riesgo de que se acercaran a las ovejas y les arrancaran la lana a mordiscos, sobre todo en años de clima especialmente duro. Así que llevaba a la gata y le dábamos solo leche mientras se dedicaba a cazar.

No soy capaz de decir qué animal es mi favorito. Soy una amante declarada de los animales... y, naturalmente, me es difícil hacer distinciones. El año pasado tuve que poner a dormir a mi viejo perro, que se llamaba Glámur. Le quería muchísimo... y fue una pena enorme. Y encima, el otro perro, Frakkur, se dedicaba a buscarle..., desquiciado por haberse quedado solo.

Cuando regresé del recuento de preñeces ese invierno, Glámur ya no me pudo dar la bienvenida. Llevaba con él catorce años, de modo que, para mí, regresar a la casa vacía fue un cambio horrible. Era un border collie, como mi Frakkur. Es raro que esos perros grandes lleguen a una edad tan avanzada.

Durante un tiempo tuvimos problemas de convivencia entre Glámur y Frakkur, no sé por qué motivo. A veces, Frakkur se abalanzaba contra el viejo, lo que me preocupaba... Si le atacaba en serio, el viejo podría sufrir un ataque epiléptico. Mi amiga Adda, que vivió en Gales y aprendió a entrenar perros, sabía qué hacer, como suele ocurrir con quienes tienen mucha relación con los animales. Me dijo que metiera a los perros en sendas jaulas en el lavadero, que eso haría bajar la tensión entre ellos. Le hice caso, compré una jaula y ella me prestó otra. Estos métodos no son nada habituales en la región, pero Adda sabía que yo estaría abierta a las innovaciones. Y funcionó. Con las jaulas, cada uno tenía su lugar privado donde estar tranquilo..., y así, la tensión bajó. Sí, es un ejemplo de que, cuando me aconsejan algo para mejorar las cosas, no tengo problema ninguno en aceptar sus recomendaciones.

Glámur murió en invierno, cuando la tierra estaba congelada. Lo metí en una caja de cartón y lo dejé en el congelador. Después de tenerlo allí un tiempo, me di cuenta de que la tapa de la caja se había desplazado un poco, de modo que se veía el pelo del perro.

Mi amigo Þór Saari estaba en casa, pues la primavera pasada se había ofrecido a arreglarme las cercas. Una vez fue al congelador sin avisarme. Para mí fue un auténtico *shock* pensar que podía haberse encontrado allí un perro congelado. Pero Þór nunca hizo mención alguna del asunto, de modo que confío en que no lo viera.

Cuando la tierra se desheló, mamá y yo enterramos al perro.

CRÓNICA LOCAL

Para mí es fundamental que reine la armonía social. Naturalmente, puede llegar a resultar difícil, porque en una pequeña sociedad rural todo está muy personalizado.

En la comarca había mucha gente enfurecida con los habitantes de una granja por sus tratos con Suðurorka. La gente de Ljótastaðir siempre nos habíamos llevado muy bien con los de esa granja. Telefoneé a mis amigos y les propuse que intentáramos impedir que la cuestión de la hidroeléctrica interfiriera en nuestra vida cotidiana y en nuestra buena relación. Dejé claro que yo intentaría por todos los medios frenar los planes de construcción de la central, pero les pedí que no rompieran nuestra amistad por ese motivo. Dijeron que no habría ningún problema, y conseguimos mantener la armonía entre nosotros. Ellos se fueron a vivir al norte del país, y el año pasado viajé allí y me alojé en su casa.

Ya digo, siempre he intentado mantener la cuestión de la central separada de la vida diaria. Pero lograrlo se fue haciendo cada vez más difícil. La hostilidad salta a la vista. Unos dejan de saludarte por la calle. Otros se vuelven de espaldas cuando pasas por delante de ellos con el coche..., y no precisamente a toda velocidad. Las primeras veces, me quedaba hecha polvo. Intento conservar la ecuanimidad y mantener la cabeza fría, aunque es duro. Además, como integrante del consistorio municipal tengo que ser muy prudente.

Me viene bien ser una persona más bien retraída. Poseo unos cuantos amigos muy buenos, pero por lo demás no suelo pasar de la conversación amable.

La gente de Skaftafell es, por regla general, bastante reservada. Principio número uno: no hacerse notar. Principio número dos: no exteriorizar los sentimientos.

Me siento un tanto fuera de sitio en esta sociedad, quizá en todas partes. Sé que algunos piensan que estoy demasiado feliz de conocerme. No se considera apropiado atraer la atención de los demás, como he hecho yo con el asunto de la hidroeléctrica. Estoy siempre dispuesta a aparecer en los periódicos y a asistir a reuniones para ser útil y defender mis intereses. En Skaftafell, a una persona que actúa de ese modo se la considera una fanfarrona. En la región de Þingey, en cambio, no se juzgaría tan negativamente. En realidad, creo que las cosas están empezando a cambiar un poco también aquí.

Para comportarme decentemente debo seguir un antiguo y útil consejo: taparse los oídos y esperar a que se acalle el griterío.

Muchas veces pienso en Ólafía Jakobsdóttir, de Hörgsland, en Síða, que durante largo tiempo fue alcaldesa de Skaftá. Se dedicó durante años a la defensa de la naturaleza. No todo lo que

decían de ella sus detractores era precisamente bonito. Una cantinela frecuente era: «¡Esa tipa no deja hacer nada!».

La sociedad de Skaftártunga es dura. La lucha por la vida es dura. La sociedad que encontramos al este de Síða es más suave, como sucede con el paisaje mismo. He tenido la fortuna de esquilar algunas veces con hombres de Síða y Landbrot. Al terminar la jornada de esquile, dicen: «Muchas gracias». Y después se abrazan. Me quedé pasmada la primera vez que lo vi... creo que nunca he visto hombres abrazándose en Skaftártunga. Pero esos tíos tienen una amistad de las de verdad.

Aquí en Tunga somos más de colocarnos de espaldas al viento, pegados a una pared, y aguantar el chaparrón. Lo mejor es poner más cara de pocos amigos que los demás. Hay que erizar un poco los pelos de la coronilla y mostrar bien los dientes, más que nada por seguridad. Pero aquí siempre ha habido tensión. También antes de que empezara el lío de la hidroeléctrica. Esta es una sociedad de gente curtida. No se puede mostrar debilidad. Si lo haces, te pisotearán.

En Síða, la gente tiene más paciencia con los demás, soporta mejor los defectos ajenos. También hay menos murmuraciones.

Me resulta bastante conveniente vivir en una granja un tanto aislada. La distancia a la granja de Snæbýli es aceptable, y los de ambas granjas nos llevamos bien y no nos metemos en la vida de los otros. Pero sería horrible si la mía fuese la única granja del valle.

Las relaciones en la comarca son buenas siempre que los enfados no lleguen demasiado hondo. Si casualmente necesitas algo con urgencia, hasta el último de por aquí aparecerá con su martillo, su tractor, su maquinaria... Te lo ofrecerá y te ayudará en lo que sea necesario.

RECOGIDA Y REPARTO DE LAS OVEJAS EN LAS BRAÑAS

Fui la primera mujer que fue en *quad* a la recogida de ovejas en las brañas de Skaftártunga. Fue en 2004, un año después de comprarlo. Se tomó como algo natural que fuese al rodeo en aquel vehículo... Y eso que resulta duro físicamente, pues se trata de brañas grandes, abruptas y llenas de barrancos. Me tuvieron que ayudar alguna que otra vez, como a cualquier novato, y me enseñaron a buscar los senderos más adecuados para el *quad*.

En estas comarcas nunca te hacen sentir que no puedes hacer algo por ser mujer. En esta pequeña comunidad local se ve como algo perfectamente natural que una mujer se dedique a esto. Es más bien al alejarte de aquí cuando notas que la gente se extraña.

Cuando vas en *quad*, ya sea por las brañas o por cualquier otro sitio, hay que tener mucho cuidado y prever las cosas con anticipación. Un punto a favor es que me lo paso de miedo montada en él. Me habría venido muy bien acostumbrarme cuando todavía era niña... esto es una especie de arte.

Tenía quince años cuando fui al primer rodeo de ovejas, de modo que llevo haciéndolo casi un cuarto de siglo. Antes del *quad* iba a pie y a caballo. Tengo la sensación de que solo ahora empiezo a conocer las brañas de Skaftártunga, porque son inmensas. Y en realidad tampoco había ido a las montañas hasta que cumplí los quince... solo estuve una vez en Hólaskjól. Hace falta un tiempo considerable para acostumbrarte a tanta inmensidad.

Sí, tengo mis lugares favoritos. Son la laguna de Hólmsárlón y las montañas Svartahnúkusfjöll. El río Hólmsá brota de Hólmsárlón, que se extiende hasta el área del glaciar Torfajökull. Mucha gente conoce Strútslaugur; en el extremo norte de la laguna hay un estanque de aguas termales donde te puedes bañar. Es una zona realmente única, la laguna tiene un color abrumadoramente bello, que cambia según la cantidad de agua que le llega del glaciar. Puede ser azul celeste, o verde..., hasta pardo rojizo. Una auténtica perla.

Tengo cierta tendencia a olvidarme de todo mirando la naturaleza en pleno rodeo. Y hasta puedo sentir la tentación de irme por ahí con el *quad* a contemplar lo que me rodea. «¿No vienes, Heiða?», se oye a veces en el radioteléfono. Y tengo que salvar la cara fingiendo que estaba pensando en una cosa muy concreta: «¡Me da la sensación de que el año pasado no había tanta agua por aquí!».

Pero es en la recogida tardía del ganado cuando se aprende de verdad a conocer la comarca y se tiene más margen para dedicarse a la contemplación de la naturaleza. Hay menos ovejas y, por lo general, más tiempo libre. Otra ventaja de los rodeos tardíos es que puedes irte a dormir a casa.

Dormir en el refugio con veinte personas no me gusta demasiado. No me va nada estar metida en una cabaña en medio de las montañas con un montón de gente, por muy bien que me caigan todos. Soy una persona que valora mucho su privacidad, me encanta estar en mi casa, sentada en mi reclinable *LA-Z-BOY*, con mi propia ducha y mi propia cama. Y además, es un poco estúpido acampar en los prados de tu propia granja, o casi. Hay muy poca distancia hasta Ljótarsaðir, quizá 30 kilómetros, aunque hay que ir despacio.

En este rodeo fue especialmente grato que me acompañara mi hermana Ásta. Ella fue la primera mujer que subió a las brañas para el rodeo, con Habba de Snæbýli, en 1977. Pero Ásta llevaba 34 años sin subir, desde el nacimiento de su hijo mayor. Fue estupendo tenerla aquí y verla disfrutar. Y además tuvimos mucha suerte con el tiempo. Era como estar en una de esas playas soleadas del Mediterráneo.

Todo resulta muy fácil cuando hace buen tiempo. Es mucho menos estresante que cuando hay viento fuerte o tormenta. Si llueve en serio, acabas con un terrible resfriado. En el *quad* vas siempre con la lluvia de cara, se te mete el agua por el cuello y no hay capote que te libre de la mojadura, de modo que acabas siempre empapada hasta el culo.

Esta comarca es lluviosa y abundan las nieblas. En ocasiones resulta inútil buscar ovejas durante medio día o incluso un día entero. No sirve de nada ir a recogerlas cuando no puedes ver delante de tus narices ni puedes saber adónde van los animales. Pero, siempre que exista una mínima posibilidad de éxito, intentamos recogerlas. Es perentorio recoger todo el ganado posible antes del viernes para poder hacer el reparto durante el fin de semana. Acude mucha gente a pasar el fin de semana con nosotros, las mismas personas año tras año. Por suerte, porque separar y repartir el ganado es un trabajo agotador. Si tuviéramos que hacerlo solos, los granjeros tardaríamos muchísimo tiempo.

Habitualmente empezamos un día antes, a fin de disponer de un tiempo extra. Pero si hay niebla densa y te tienes que pasar el día entero de brazos cruzados, metido en una cabaña, es lo más aburrido del mundo. Sin hacer nada, mirando la niebla... Acabas el día que te vuelves loca...

Son entre cinco y seis mil ovejas las que suben a las brañas. Parte del ganado vuelve antes a las granjas, de modo que tenemos que recoger unas cinco mil. Eso vale para los rodeos más grandes, y tenemos que recorrer toda la región para asegurarnos de encontrar todo el ganado. El rodeo lo hacemos por los montes Fögrufjöll, entre el lago Langisjór y el río Skaftá, al este de Vatnajökull. Las brañas están delimitadas por el río Tungnaá hacia el norte, y por los límites entre Skaftártunga y Landsveit al este, llegando hasta el glaciar Torfajökull y el río Hólmsá. También se recogen ovejas en tierras que pertenecen a Ljótarsaðir y Búland pero que no están cercadas.

Está bien eso de participar en un rodeo... es divertido recoger ovejas, entretenido, aunque en cierto modo es igual que cualquier otro trabajo. Ni más ni menos interesante que cualquier otra faena dura. El rodeo es fundamental para nuestros ingresos, porque las ovejas tienen que pastar en las brañas altas. En otoño, los de la región tenemos que ser solidarios. Aunque haya habido enfrentamientos entre unos y otros, todos tienen que ponerse de acuerdo en otoño, ser amigos y ayudarse mutuamente. Y se consigue.

En esta ocasión, como en tantas otras, las ciento sesenta personas que participábamos en el

rodeo del ganado llevábamos con nosotros a un cierto número de jovencitos, chicos y chicas. Es fantástico trabajar con ellos. Son cumplidores y se esfuerzan de verdad, y para ellos es una buena actividad formativa. Pero a los adultos nos incumbe la responsabilidad de que se lo pasen bien... y no se vean arrastrados por nuestras viejas rencillas. Hemos de tener cuidado y comportarnos como personas. Yo llevo en la sangre el deseo de responsabilizarme por quienes son más jóvenes que yo. Y me encanta tratar con la juventud, porque son personas animadas y a mí me encanta la animación, no solo durante el rodeo, siempre. ¡Ya habrá tiempo de sobra para amargarnos la vida por la vejez y la enfermedad!

La recogida de ovejas es difícil y nuestra gente es de lo más resistente. Las jornadas son largas y las marchas, prolongadas y difíciles. Montañas abruptas, cantidad de barrancos y cañones. Y es agotador para los que van en busca de ovejas. El ganado no es menos resistente que las personas... pero, además, es muy desobediente. Claro que el ganado es más o menos obediente según la comarca, todo depende del terreno que habita.

Este paisaje invita a la desobediencia. Hay muchos sitios por donde escaparse, muchas oportunidades para ir por donde no se debe. Las ovejas aprenden que tienen la posibilidad de esfumarse... todos los granjeros de por aquí tenemos algunas que son el no va más de la desobediencia, unas mohínas que escapan a la menor oportunidad. En Þistilfjörður, donde he ido a la recogida unas cuantas veces, el ganado se comporta de un modo completamente distinto. Allí, por ejemplo, es imposible hacerles pasar por el agua. En cuanto ven agua, aunque sea solo un arroyuelo mínimo, se dan la vuelta. Para ellos es una gran noticia que una oveja se meta en el agua sin que la obliguen, mientras que en las brañas de Skaftártunga cruzamos ríos y arroyos con el ganado un día sí y otro también. Me lo pasé muy bien haciendo el rodeo en Þistilfjörður con caballos y perros. Las distancias son más pequeñas y el camino es más fácil que en mis brañas.

No llevo a mis perros, no los he acostumbrado a ir montados en el *quad*..., aunque los perros son utilísimos en el rodeo. Ella de Úthlíð tiene dos perras pastoras de raza border collie y las lleva a las dos en su *quad*. Es un gusto ver la cuadrilla. Las perras van en un cajón abierto colocado en la parte de atrás sobre una alfombrilla, para que tengan un asidero firme. Y se agarran bien. Si las cosas se ponen complicadas, Ella las hace bajar. Naturalmente hay que tener consideración con los perros, no se puede ir conduciendo por ahí a lo tonto con ellos. Las perras de Ella disfrutaban mucho el paseo... y es estupendo poder enviarlas ladera arriba. En la comarca tenemos la suerte de que Jón Geir, de Gröf, cría y entrena perros, porque así tenemos buenos perros ovejeros. Pero han pasado ya los tiempos en que todo el mundo traía perros, aunque no fueran a serles demasiado útiles. Y la recogida de ovejas era un suplicio para los pobres bichos... Los hacían dormir a la intemperie toda la noche. Ahora solo llevamos a las brañas perros bien entrenados, y duermen dentro.

La vieja Píla, una de las perras de Ella, duerme con nosotras en la litera. Es útil tenerla aquí, y resulta relajante darle palmaditas por la noche. Píla tendría que dormir a los pies de la cama, pero siempre se sube. Se coloca en medio de las dos y se entretiene empujando a una con las patas y a la otra con la espalda, para hacerse más sitio. De modo que Ella y yo acabamos en los bordes del

somier y la perra en el centro. Se siente bien y contenta, y las tres dormimos tan felices en la litera.

* * *

Siempre llevo zapatos de goma, últimamente también en los rodeos, a menos que llueva a cántaros y haga demasiado frío, o cuando hay que estercolar. Tengo zapatos de montaña, y siempre los usaba cuando hacía una caminata larga, por ejemplo en el rodeo de las ovejas, pero cuando estaba peleando con los efectos secundarios de la Depo-Progevera, antes de descubrir qué era lo que provocaba mi terrible debilidad, no tenía fuerzas ni para levantar lo suficiente del suelo los zapatos de montaña e iba siempre arrastrando los pies. Además, sufría constantes dolores en las articulaciones, incluidos los tobillos, de modo que no aguantaba la presión de los zapatos. Entonces empecé a usar siempre zapatos de goma. Ahora voy a todas partes con ellos, a las marchas con mi grupo de senderismo y a lo que surja. En realidad, me pongo botas o zapatos de montaña a finales de otoño, por ejemplo en el tercer rodeo, cuando la marcha se pone peligrosa por la nieve o cuando la tierra está congelada. En esas condiciones, cuando hay muchas placas de hielo, los zapatos de goma son un calzado sumamente peligroso.

* * *

Este otoño todo se puso patas arriba en la granja el día antes de salir a las brañas. Mi idea era regresar la noche del domingo al lunes, porque no me apetece pasar en la cabaña ni una noche más de lo necesario. Pero a mediodía del domingo se atascó el desagüe de la cocina. Era terrible, porque el viernes, cuando bajáramos con el ganado, vendría un montón de gente a alojarse en Ljótarstaðir, y a comer y merendar. Y todo el fin de semana habría aquí una auténtica multitud; este otoño tendríamos a diecinueve personas.

Siggeir apareció a toda velocidad. Levantamos casi toda la galería de la vivienda. Luego excavamos a mano ocho metros y fuimos sacando una tubería tras otra. Pero el atasco seguía y seguía, hasta que se hizo la oscuridad.

El lunes me fui a las brañas. El martes me relevaron: mi vecino Palli fue a recoger las ovejas con mi *quad*.

El martes seguimos Siggeir y yo con el trabajo. Tras llegar por fin al atasco, limpiamos todas las tuberías, las unimos, las cubrimos con tierra y volvimos a clavar las tablas de la galería.

Estoy casi convencida de que el atasco fue culpa mía... de cuando excavé para drenar y aislar los cimientos. No está claro que prestara suficiente atención a la pendiente de la cañería cuando volví a tavarla con tierra.

* * *

Un tiempo calmo y templado reinó hasta el viernes. En realidad, hacía demasiado calor en las brañas, lo que no sucede precisamente todos los años. Es estupendo tener días tan soleados y claros; juntarse en días así con amigos y parientes a los que quizá no vemos con frecuencia. En estas brañas hay entre treinta y cuarenta personas. Y los niños se lo pasan de miedo. En la granja hay siempre una mesa preparada con café y tentempiés. Llevamos cerveza a los que andan recogiendo ovejas en las brañas e intentamos que todos lo pasen lo mejor posible.

Habrà un gentío para comer. Desde que llegue el rebaño y hasta que hagamos el reparto, quizá unas veinte personas. Habrà que comer por turnos. Mi madre cocinarà cecina, que ha ahumado Valur de Úthlíð... No hay cecina mejor, y las serviremos con patatas recién cogidas de nuestro huerto. Y después, helado. Un montón de dulces. Y coñac, siempre.

Todos están encantados con la idea de ir al reparto en Gröf al día siguiente, y a la fiesta del rodeo en el centro social Tungusel. Durante dos noches, la gente duerme en la granja por todos los rincones. En camas quien encuentra alguna libre, si no, en colchones en el suelo, en el salón, debajo de la mesa de la cocina y por donde quieras meterte.

MI HOGAR RURAL Y LA LUCHA POR LA TIERRA

No debemos olvidar que mi hogar rural es una empresa, un santuario, un lugar de solaz. Aquí estoy en la casa solariega de mis antepasados, lo que conlleva ciertas obligaciones. Todos los que hunden sus raíces en este lugar han de poder venir a Ljótarsstaðir. Han de sentir que tienen un lugar al que retornar. Es una responsabilidad residir en un lugar hermoso como este.

Decenas de personas quieren venir aquí porque tienen aquí sus raíces. El verano pasado nos visitaron unos descendientes de islandeses emigrados a Canadá, y, pese a la lluvia, todos estaban eufóricos de poder venir a la granja. El verano próximo ha anunciado su llegada mucha gente para una gran reunión familiar.

Si alguien pretende apropiarse de estas tierras debe saber que esta granja no es una empresa cualquiera, sino que esto es también una casa solariega, un hogar..., vida privada.

Y cuando la única persona que mantiene con su trabajo todo esto en marcha sufre ataques constantemente y ve cómo intentan una y otra vez minar el suelo bajo sus pies, el coste de tal agresión es inhumano. Pero todo depende de si esa única persona tiene la energía necesaria y es capaz de organizar las cosas y atender a las infinitas tareas en su momento justo, de ocuparse del bienestar del ganado y de la granja en su conjunto.

Los hombres de Suðurorka no se juegan nada. Ellos no necesitan añadir más tareas a su trabajo, como me pasa a mí. No necesitan asistir a reuniones, incluso a una por semana. No se sienten angustiados ante la perspectiva de que les puedan arrebatarse sus tierras. Ni tienen que aguantar que la gente de su comarca se vuelva de espaldas cuando pasan por delante a causa del asunto de la hidroeléctrica.

Este juego es increíblemente desigual. Por un lado, una empresa que, empeñada en llevar a buen término su proyecto, envía a sus empleados para que se reúnan con la Sociedad de Pesca. El trabajo del director del proyecto consiste en permanecer en Skafártunga para hacer el seguimiento de los estudios, enviar correos electrónicos y pasearse por el Parlamento, donde los hombres de Suðurorka se mueven como Pedro por su casa. Su principal misión es no dejar ni un segundo de paz a los comités de especialistas del programa marco y acosar a sus miembros cuando les parece conveniente. La dirección del proyecto del programa marco, por ejemplo, recibió una carta en la que exigían que la catedrática de Biología Þóra Ellen Þórhallsdóttir no siguiera hablando de la central de Búland, ya que consideraban que era parcial. Estas cosas las hacen los de Suðurorka a todas horas, y por ello reciben un generoso sueldo.

Al otro lado estoy yo. Defendiendo mi hogar, mi empresa, el santuario de parientes y no parientes. Algo que me exige una jornada de trabajo completa, y a menudo incluso más. De modo que mi teléfono móvil, mis correos electrónicos, artículos y charlas, la candidatura al Ayuntamiento, la organización de reuniones, la participación en el consejo directivo del Parque Nacional de Vatnajökull, todo ello se suma a la intensa dedicación de un granjero de ovino y a la no menos intensa actividad en los diagnósticos de preñez de las ovejas. Por mis actividades como funcionaria pública recibo unos pequeños emolumentos, pero son muy bajos en comparación con el tiempo que tengo que dedicarles, porque a veces me lleva mucho tiempo viajar a los sitios donde se celebran las reuniones. De modo que se trata de una batalla muy desigual.

Si esto durase muchos años más y desembocara en procesos legales que llegaran incluso a Bruselas, es probable que acabara rompiéndome. Por suerte, he contado con un gran apoyo de parientes y no parientes, de la sociedad en su conjunto y de las asociaciones ecologistas.

La comunidad académica consideraba absurdo construir algo en el Skaftá, pues conllevaría una importante degradación del paisaje y un enorme aumento de deposición eólica, que se sumaría a la sedimentación ya existente. Tal vez la lucha que hemos librado mi gente y yo haya sido innecesaria. Tal vez se ha gastado demasiada pólvora en algo que nunca habría llegado a realizarse. Imposible saberlo.

Pero el daño está hecho. Han perturbado nuestra serenidad. Han fomentado el conflicto entre paisanos, amigos, parientes, viejos compañeros de trabajo.

Durante muchos años, he tenido que enfrentarme a una idea inquietante: ¿y si me arrebatan parte de mis tierras para construir la hidroeléctrica de Búland? Los pastos se reducirían muchísimo, y tal como están ahora ya resultan muy ajustados. No me atrevería a viajar por la región una vez el agua hubiera llenado el embalse. Si se apropiaran del río no podría ir a recoger ovejas y ver ese charco de mierda en medio de un paisaje cubierto de vegetación.

Sobre el fantasma de la expropiación, personas que me aprecian, quizá sobre todo personas mayores, me han preguntado si no sería mejor negociar y ceder, para así obtener algún beneficio. Esas personas están convencidas de que es así como terminará todo. La amenaza de la expropiación es horrible y agobiante. Es insoportable la idea de que puedan arrebatarte la propiedad de todo lo que intentas proteger.

Si me pasara algo así, si me arrebataran las tierras como se ha rumoreado, entonces pasaría la bola de demolición por un edificio tras otro y me largaría de aquí. Y este lugar sería inhabitable, pero también la sociedad.

* * *

Una de las cosas con las que no puedo conformarme, en medio del incesante desconcierto por el proyecto de la hidroeléctrica, es tener gente por mi río y mis tierras yendo de acá para allá, personas venidas con la intención de destruir el paisaje para ganar dinero con ello. Se pasean por el río, molestando a los gansos y perturbando la tranquilidad de mis corderos.

Están autorizados a moverse por la zona. Y yo, que vivo aquí, que soy la propietaria de estas tierras, no estoy autorizada a expulsarles.

Una gran pregunta: ¿cómo es posible que la empresa promotora participe en todos los estudios que se llevan a cabo, ya se trate de mediciones de caudal o de estudios arqueológicos? Cuando lo veo, no me lo puedo creer.

Me parece también increíble que sea la empresa promotora quien costee los estudios y redacte los informes de impacto ecológico. Por aquí pasaron muchos especialistas destacados. Por ejemplo, ornitólogos. Les pedí con insistencia que buscaran un alca gigante, y les hizo mucha gracia porque es una especie extinta. Los especialistas son estupendos, yo no lo niego. Pero ¿puedes quedarte tranquilo cuando es la empresa promotora quien los controla? ¿Y al ver que es ella la que paga los estudios y la que elige los gabinetes de ingeniería? ¿Es eso justo y lógico?

HEIÐA EN UN DEBATE

Amo la agricultura islandesa, y también la ecología. Las dos cosas, desde mi punto de vista, van íntimamente unidas, pues el granjero vive gracias a la naturaleza y, en mi opinión, más que en cualquier otra actividad, tiene el deber de protegerla y defenderla de palabra y obra.

* * *

La forma de actuar del sector energético ha sido tremendamente dañina para las comunidades rurales, a las que desintegra. Ante su poder, muchos granjeros se acobardan. Los que se oponen a las centrales tienen que oír una vez tras otra que están poniendo trabas al progreso o que están impidiendo que su vecino pueda sacar provecho de sus tierras.

Y eso es lo que han hecho algunos granjeros, claro está, han vendido sus tierras o parte de ellas. Pero nadie puede poseer la tierra como se posee un coche. Un vehículo es algo perecedero, puedes hacer con él lo que te apetezca. La experiencia me ha enseñado a no poseer la tierra de esa forma.

La tierra no me pertenece a mí. Yo pertenezco a la tierra. Pertener a esta tierra acarrea una responsabilidad..., y resulta muy difícil protegerla de esas aves de rapiña.

Es pura miopía tomar una tierra y destruirla. No tenemos ningún derecho a hacerlo... La vida continuará después de nosotros. Al menos yo espero con todo convencimiento que la vida continuará cuando yo no exista, aunque no haya tenido hijos.

Ljótastaðir ha alimentado a mucha gente, a una persona tras otra, desde el siglo XI o XII. Desde hace varios años, estoy defendiendo esta tierra milenaria. Después llegarán otras personas que esta tierra también sustentará... como ha hecho siempre... Este lugar ha cumplido su deber, incluso tras incontables erupciones volcánicas... Y ha sustentado, uno tras otro, a todos los corderos que aquí han nacido.

Y mi río, el Tungufljót, que atraviesa mi granja. ¿Qué sería de Skaftártunga sin él? ¿Qué sería de mi granja sin él? Todos los niños que vivieron aquí, en todas las épocas, jugaron en la orilla del río. Y esos grandes señorones se lo quieren quedar.

RECOGIDA Y REPARTO DE LAS OVEJAS EN LAS BRAÑAS

(Continuación)

La mañana del reparto, el sábado, todo el ganado que aún no haya sido recogido debe ser llevado a Gröf en tractores y vagonetas. Bueno, todo el ganado no recogido excepto el de Snæbýli. Siempre quedan unos centenares de ovejas, doscientas o trescientas, quizá. Y entre ellas, siempre hay algunas mías. Las llevamos a casa, y los participantes en la búsqueda se vienen también a Ljótastaðir.

Entonces desahijamos a los animales. Se pone a los corderos a pastar en un prado cercano y a las ovejas las metemos en el ovil hasta que se les pasa el enfado. Llamamos a sus corderos, las pobres. Es de lo más desagradable. Pero me ocupo de que los corderos no oigan a sus madres y pasten tranquilos.

En esos momentos, todos están atareados preparándose para asistir a la fiesta de final del rodeo. Se celebra siempre en el Tungusel, el centro social municipal, y siempre hay muchísima animación. Calculo que podemos llegar a ser unas doscientas personas.

Al día siguiente saco a las ovejas e intento dividir el prado en diferentes partes para que las hembras y los corderos no vuelvan a reunirse. Es un procedimiento muy riguroso y entristece mucho al ganado.

El otoño se consagra totalmente a las labores con el ganado. Hay que seguir saliendo a buscar ovejas, hacer las búsquedas suplementarias (la primera, la segunda y la tercera), llevar las ovejas de aquí para allá. Hay que pesar, agrupar, repartir, llevar al matadero. Septiembre y octubre enteros se dedican a estas actividades. Y luego, el esquila. Para mí, las labores del otoño duran hasta entrado noviembre.

ESQUILEO

En noviembre, después del rodeo y la matanza, lo preparo todo para estabular el ganado... echo arena por el suelo y les quito la lana. Esquilo las ovejas más jóvenes en octubre o noviembre y la labor queda terminada a mediados de noviembre. Cuando lo tengo que hacer todo yo sola, esquilo unas 60 o 70 ovejas al día. Si cuento con la ayuda de alguien que me vaya acercando las ovejas, puedo hacer más.

Si consigo esquilar las ovejas en el mismo día en que las recojo del establo por la mañana es un auténtico sueño, porque son como malvaviscos dulces, secos e inflados. Las ovejas no pueden pasar en el ovil más de una noche antes del esquila, porque, si no, la lana se estropea y pasa a ser de segunda clase. La clave es que la lana no esté mojada ni húmeda, ni haya empezado a enmohecerse.

Naturalmente, es un espanto cuando estás esquilando y sucede lo peor que puede pasar..., que le hagas daño al animal. Una vez le corté un pezón a una añoja. La pobre sigue viva y suele parir dos corderos. Así que tengo que ahijar a uno con otra oveja. No es habitual conservar ovejas con un solo pezón, pero dejé vivir a esta porque si estaba mala había sido por una imbecilidad mía, y sentía muchos remordimientos.

Trabajé varios años como esquiladora profesional, es un trabajo bien remunerado y el dinero venía bien para la granja. Se trata de una labor increíblemente entretenida... Es algo que no puede entender nadie que no haya trabajado en esto, manejar las tijeras y ver caer la lana.

Cada otoño siento un hormigueo en las palmas de las manos que me empuja a volver a esquila profesionalmente. Hay pocas mujeres dedicadas a este menester, al menos en Islandia. Pero mi hermana Ásta era profesional, y fue mi modelo. El hecho de que me gustara esta labor, de que me apeteciese hacerla y se me diera bien no se interpretaba igual en todas partes. Oí decir a mis espaldas que si me dedicaba a esquila —no era ningún secreto que había participado en diversas competiciones— se debía a mi afán de protagonismo. Lo cierto es que circula el rumor de que tengo el vicio de la mitomanía. Al parecer, que hiciera esas cosas fastidiaba a algunas personas, muy a mi pesar. Pero tengo vicios peores que ese supuesto afán de protagonismo; por ejemplo, sufría una auténtica tortura cuando formaba parte de la organización de la fiesta de invierno... y no tenía más remedio que hablar en el escenario.

* * *

Las esquiladoras eléctricas llegaron aquí en torno a 1980. Solo una pequeña parte del ganado se esquilaba con ellas a finales del invierno. La gran mayoría las esquilábamos en verano con las tijeras. Papá se lanzó a usar la esquiladora eléctrica con la ayuda de mamá. Como no había asistido a ninguna clase de esquileo... el resultado era siempre, por decirlo con suavidad, espantoso.

A mi hermana Ásta sí que se le daba bien rapar ovejas, y durante mi adolescencia esquilaba muchísimo para otros, pero también a veces en casa. Justo antes de cumplir los veinte, el ovil fue aislado y revestido con chapa. Fue obra de Siggeir, como tantas otras cosas. A partir de entonces, el esquileo se hizo allí, y yo esquilé por primera vez en otoño del 2000, cuando estaba estudiando en el Instituto Agrícola.

Esa primavera, después del curso de esquileo, conseguí juntar algo de dinero para unas tijeras con cortador de garganta que siguen funcionando como un reloj y con las que ya llevo cortados una barbaridad de vellones. Me gustó desde el principio y le cogí el tranquillo enseguida. Me decidí a esquilarme, siempre con la intención de ir mejorando.

El año siguiente trabajé llevando ovejas hasta el esquilador, y sustituía a mis colegas Ingi, de Snæbýli, y Gísli, de Búland, cuando se tomaban un respiro... Iba con ellos a la granja y parte del trabajo lo hacía yo. Mi primera campaña seria de esquileo profesional fue en la primavera de 2005, y la última en otoño de 2008. Muchas veces esquilaba con mi amigo Helgi Haukur... Resulta más divertido no estar siempre sola en la labor. Solíamos pasarlo en grande los dos, charlando y haciendo locuras. En una granja hasta me metió en un saco de lana. Esa ocurrencia está casi perdonada, aunque no olvidada. Desde que dejé de esquilarme profesionalmente lo hago solo para mí y para pasar buenos ratos en una u otra granja con gente agradable.

En los últimos años he seguido cursos con maestros británicos, tanto en Islandia como en Escocia, para mejorar mis habilidades. No es que quiera volver a ser profesional, sino simplemente que el esquileo me apasiona.

* * *

En 2015 viajé a Escocia e Inglaterra para participar en competiciones de esquileo. Mis principales colegas islandeses eran el granjero Hafliði, de Fossárdalur, en el fiordo Berufjörður, y su mujer, Guðný Gréta. Son unos granjeros apasionados, ambos son peritos agrónomos y se conocieron en Hvannaeyri. La mujer es de la granja, pero Hafliði procede de Hérað. Su granja, Fossárdalur, es preciosa, y está en pleno paisaje montañoso, donde no esperarías encontrar una granja como esa. Con nosotros viajaron también Julio, varias veces campeón de Islandia, y su mujer Lilja, de Havarðsstaðir, en la región de Leirársveit..., sin olvidar a mi querida Arndís, hija de mi hermana Stella.

Una competición de esquileo no es ninguna tontería. Hasta se ha hablado de incluir el esquileo como una más de las disciplinas olímpicas. En los países extranjeros que conozco, como Escocia, todo está estandarizado, por ejemplo los establos para el esquileo. Las puertas tienen un tamaño

reglamentado, los espacios están perfectamente delimitados, todo se encuentra a una altura precisa y las tijeras cuelgan en los sitios exactos. Semejante orden no existe en Islandia.

En el campeonato de Yorkshire había un gran número de esquiladores habilísimos. Es una locura observar a los mejores. Su velocidad, su destreza... tardan menos de un minuto por oveja. Los esquiladores profesionales son personas con una espléndida forma física. Además de esquilar, hacen entrenamiento físico. Son como deportistas de élite.

Y, además, tienes entre las manos un animal vivo. Existen fuertes penalizaciones por dañar al animal, por cortarle o hacerle algún daño.

Parte de la esencia del esquileo se basa en que, cuanto mejor se encuentre el animal, tanto más fácil será esquilarlo. Si está cómodo pataleará menos. Lo fundamental es que la oveja se sienta lo más tranquila posible.

En estos campeonatos, la gente grita apoyando a su campeón. El presentador enloquece. Hace mucho que el irlandés Ivan Scott, de Donegal, estableció el récord mundial: esquiló una oveja en 37,9 segundos.

Hay pruebas en las que se tiene que esquilar todas las ovejas posibles de determinada edad en un periodo de nueve horas. O un número determinado en ocho horas, o en diez. Los supercampeones consiguen esquilar más de setecientas ovejas en ese tiempo.

UNA FANÁTICA DEL MOTOR

Comprarme el *quad* fue toda una revolución. Supuso un ahorro increíble de tiempo poder recorrer con él todos los senderos imaginables, sobre todo para controlar las ovejas y los cercados, mientras que antes tenía que ir a pie, muy despacio, o utilizar un tractor, que no era mucho más rápido. Para alguien que está siempre haciendo una u otra cosa con el ganado, el *quad* es el aparato más necesario de la granja. Además de eso, me lo paso de miedo... soy una fanática incurable de los motores. Mi sueño es tener una motocicleta. Y un coche deportivo, naturalmente.

HEIÐA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

Mi loca pasión por el motor la arrastro desde hace mucho tiempo y no parece que se vaya a calmar. Me muero de ganas de tener un Mercedes biplaza, y, por supuesto, una motocicleta, eso sería el no va más. Pero ninguno de los dos vehículos cabe por el momento en el presupuesto de la granja de Ljótarmaðir, de modo que he empezado a darme cuenta de que, si llego a poseer esos trastos maravillosos, seguramente tendré que apechugar con una serie de efectos secundarios menos positivos. Y aunque ya se está haciendo tarde para echar mano de las frías armas femeninas, pues no voy a rejuvenecer, aún puedo decir esto:

Aunque soy ya mayor,
voy a buscar sin temor.
¿Veré una noche
con moto y coche
a algún apuesto señor?

LAS OVEJAS EN OTOÑO

Las ovejas no tienen empatía. Se puede constatar, por ejemplo, observando la violencia con que rechazan a los corderos de otras ovejas. Si una oveja se rompe una pata o cae enferma, corre el riesgo de que la pisoteen las demás. Es completamente distinto a lo que sucede con los caballos, por ejemplo, que se apartan si tienen cerca a algún animal más débil, como los potrillos.

Pero, en vista del trato que les damos, quizá sea mejor que las ovejas no empaticen mucho. En primavera las hacemos parir y en otoño les quitamos los corderitos.

No resulta nada divertido cuando arrebatamos los corderos a sus madres. Hay que hacer lo posible para que corderos y ovejas no puedan oírse entre sí. Así que, para empezar, encierro a las ovejas. Suelen ser necesarios unos cinco días para que la separación llegue a buen puerto. Pero en gran medida depende de su personalidad, de cómo reacciona cada cordero y cada oveja. Algunos corderos expresan su pena una o dos veces, y luego piensan: bueno, pues vale, ¡se ha ido! Otros se pegan al cercado y buscan a sus madres sin descanso. Lo mismo pasa con las ovejas. Algunas están tristísimas y buscan a sus corderos a todas horas. Otras, no.

En cualquier caso, en septiembre los corderos ya son casi adultos y están listos para la separación. A veces, cuando nieva en otoño, hay ovejas que abandonan a los corderos en las brañas y se bajan a casa. Eso no lo harían nunca en julio.

Es una labor ardua elegir las ovejas para la cría. Intentas elegir a las mejores, claro, y para ello hay que tener muy en cuenta su progenie.

Siempre es difícil mirar el ganado cuando lo llevan al matadero. Lo peor es cuando van ovejas ya viejas. De nueve años o así. No pagan mucho por ellas, pero las sacrifican con profesionalidad. Te marca mucho tener que meterlas en el camión porque son viejas y ya no pueden parir... Has llegado a conocerlas, y ellas han dejado de comportarse como tontas (las jóvenes parecen unas locas hasta que cumplen tres o cuatro años). Es agradable tratar con ovejas adultas, que ya lo conocen todo..., todas las puertas, por ejemplo. Son dóciles y se comportan muy decentemente, saben cómo funcionan las cosas, te conocen y confían en ti. Y entonces las matas. Es horrible.

PATAS ARRIBA

Un peligro que acecha a las ovejas y los corderos, especialmente en otoño, es que se queden patas arriba. Son sobre todo los corderos los afectados. Están grandes y gordos, con lomos anchos. Sucede con más frecuencia después de un chaparrón, al secarse, porque les pica la espalda y para rascarse se tumban sobre el lomo, como hacían de pequeños. Y se quedan patas arriba.

Y el cuervo nunca está muy lejos. Cuando atisba una presa, a veces le arranca los ojos, y el pobre animal, que sigue vivo, acaba desangrándose por las órbitas oculares. O les abre un agujero en el vientre, en cuyo caso, la hierba a medio digerir puede pasar al abdomen, y entonces resulta imposible salvar al animal, le sobreviene una fiebre atroz y una peritonitis. Intenté salvar a un cordero al que le pasó esto con una dosis enorme de penicilina, pero no tuve éxito, se me murió.

He visto muchísimas veces las atrocidades que cometen los cuervos. Me llama la atención comprobar cómo la gente ha olvidado la naturaleza de estos animales. Los he visto fotografiados en una revista para *gourmets*, *Gestgjafinn*, y en otra revista, una de papel cuché llena de fotos preciosas, aparecía el póster de dos cuervos colgado detrás de la cabecera de una cama de matrimonio. Uno descendía en picado con las garras extendidas; el otro se cernía a la espera de conseguir comida fresca.

Así que la imagen que tengo es completamente distinta a la de esa gente... Yo jamás dormiría debajo de una de esas aves en pose destructiva... habría tenido pesadillas en las que uno de esos monstruos me arrancaba los ojos...

El mismo día que vi esa foto fui con Ella a recoger ovejas, y me había afectado tanto que no hice más que hablar de ella todo el día..., de esa gente tan elegante durmiendo allí felices y contentos con los niños debajo de unos cuervos con las garras extendidas.

VARIACIÓN SOBRE LA FIESTA DE FINAL DEL RODEO

Mi tío Sverrir compuso una oda a Skaftártunga que se ha convertido en el himno de la gente de mi terruño y que cantamos mucho en las reuniones, por ejemplo en las que celebramos en los tiempos de recogida de las ovejas. La primera estrofa es así:

Skaftártunga, región hermosa,
jamás se hundirá en el olvido,
honra de mi patria famosa,
guardar bien su memoria pido.
Colinas de bosques ornadas
ensanchan todo el terruño,
por Natura tan bellas creadas
no hagáis a este verde ni un rasguño.

En otra de las estrofas aparecen estos versos:

Surcan la tierra los regatos
y el Tungufljót pasa imparable;
deslumbran los cielos latos,
y ornan a la joven adorable.

Llega el día del baile que festeja el fin del rodeo. Asiste hasta el hombre de Suðurorka en persona. Poco antes había escrito un artículo en el que insinuaba que este poema era también aplicable a las grandes centrales hidroeléctricas. Pero los versos de Sverrir tratan, obviamente, de algo distinto y menos dañino, como son los generadores eléctricos caseros, en los que fueron pioneros mis paisanos de Tunga, entre ellos Eiríkur de Svínadalur. La tergiversación no contribuyó en absoluto a aumentar la popularidad del señor de Suðurorka.

Reina la animación y la alegría... La fiesta estaba a punto de empezar, y yo con la adrenalina a tope después del trajín de la montaña y el rodeo de las ovejas. Por culpa del alcohol, estaba más impulsiva de lo habitual.

Estamos en las cuadras de ovejas de Borgarfell. Se trata de un edificio nuevo y elegante, donde se celebra la fiesta al atardecer del último día del rodeo. Hay cantos al son de un acordeón y todo el mundo se siente feliz. Estamos en el corredor central, con las pesebreras para las reses a ambos lados. Estoy riendo y bromeando con mi hermana Fanney y unos amigos. Luego empezamos a cantar *Skaftártunga skær og fögur*. Cuando acabamos, el hombre de Suðurorka nos pide que la

cantemos otra vez..., pero él no tiene por qué meterse en si cantamos o no este himno. No le hago caso, pero la furia me va subiendo por dentro, como en los dibujos animados. Callo hasta que no puedo contenerme ni un segundo más y grito: «¡A este cabrón lo mato!».

Y entonces salgo del edificio dando lentas y pesadas zancadas. Fanney y los amigos me gritan: «¡Vuelve, vuelve!».

Pero yo seguí mi camino hasta que me alcanzaron por ambos lados y me arrastraron hacia un coche. Me sentía tan mal que no veía nada... delante de mis ojos había solamente una nube de ira. Me bajaron la cabeza y me metieron en el vehículo. Estuve un buen rato sin decir nada. Luego volvimos a la fiesta. Me recompuse enseguida después del ataque de furia y al final resultó un festejo muy divertido. Afortunadamente, el hombre de Suðurorka no volvió a asomar la cabeza por allí.

Fanney estaba asombrada por mi ataque de furia, porque lo cierto es que no suelo ponerme violenta cuando bebo. Pero también sabe que nunca amenazo en vano. Si no me hubieran parado, habría descargado toda mi rabia contra él y habría acabado lanzándolo sobre un pesebre. No habría estado nada bien, porque me habría convertido en una bestia y las consecuencias habrían sido lamentables. Tengo que agradecerle a Fanney que me detuviera.

No tengo inclinación alguna por la violencia. Cuando bebo no me pongo nunca de mal humor, ni lloro ni grito. «Hay alegría en mis botellas». Es una bonita frase que Fanney y yo vimos una vez en una necrológica: hay alegría en mis botellas. Porque hay botellas que rebosan llanto, peleas y furia. El alcohol afecta a algunos de esa forma. Naturalmente, he visto a muchos ponerse desagradables en cuanto beben más de la cuenta. Pero otros beben y cantan felices.

No soy demasiado aficionada a la bebida. Y cuando estoy de marcha me controlo... Vigilo el estado de mi ropa, para no convertirme en objeto de burla, y trato de no beber tanto que sea incapaz de andar sin ayuda..., para vergüenza de otros y de mí misma, como solía decir mi viejo papá.

Por otra parte, parece que nunca voy a crecer lo suficiente para quitarme la manía de pelearme en broma o de dejarme llevar a caballito. Tengo que dejar de hacer esas cosas, que ya he llegado a la mediana edad. Pero mostrarme dispuesta a cargarme a uno en mitad de la fiesta..., eso solo me ha pasado esta vez.

Por seguir con la historia, se puede añadir que no fui yo la única que estaba enfadada con el hombre de Suðurorka. Por ejemplo, le pidió a uno de los hermanos de Borgarfell, que llevó a varias personas a la fiesta, que le llevara a él también, y el chico se negó.

El epílogo de este festejo de final del rodeo consistió en que tres tías nos metimos en el cuarto donde dormía mi vecino, nos instalamos en su cama y le clavamos una cucharilla de té en las costillas. Y así durmió, con las tres encima, más una cabeza de carnero disecada que mis colegas habían llevado por precaución.

Inverno



HEIDA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

Siempre están lamentándose y diciendo que todos deberíamos tener hijos, que hacen falta niños para poder mantener las escuelas y los centros de salud. Intentaron venderme también a mí esa idea cuando era más joven. Y la planteaban más o menos en estos términos:

Juegan calladitos,
ríen, qué bonitos,
son la obediencia en persona,
qué lindos son los niñitos.

Ahora he viajado mucho y además he visto a los bichejos de mis hermanas, y la siguiente descripción me parece más realista:

Te tiran cosas al coco
embadurnados de moco,
no estudian ni te hacen caso
y te dan más de un sofoco.

2 DE DICIEMBRE DE 2015

Anoche hubo una ventisca espantosa... Hay hielo en todos lados... Los cables de la electricidad se rompen con cierta frecuencia aquí arriba en días como este, y las cercas quedan destrozadas. Tuve que liberar el todoterreno a base de pala, tardé mucho tiempo e iba vestida con ropa más fina que una telaraña, sin calcetines de lana... el pelo se me congeló en greñas, estaba toda empapada... Llegué demasiado tarde a una reunión en Kirkjubæjarklaustur.

7 DE DICIEMBRE

Estoy de lo más aprensiva desde que oí el pronóstico meteorológico, que era francamente horroroso. Y hace un tiempo pésimo desde esta mañana. Gracias a Dios, mi rebaño no es consciente del miedo cerval de su granjera, que no puede dormir ni comer. No tengo miedo por mí, pero temo que los establos se vengán abajo, porque eso dejaría a las ovejas a la intemperie. Por eso tengo miedo del tiempo.

Muchos granjeros se toman el clima menos a la tremenda. El mal tiempo no les afecta demasiado.

Llevo casi un mes sola en la casa, porque mamá está en el hospital. Pero, aunque esté sola, con un tiempo como el que hace no queda sitio para un lujo como el miedo a la oscuridad..., basta con el miedo real. De todos modos, cuando hay un corte de electricidad, quedarse a oscuras pone los pelos de punta. Acaba de pasar ahora precisamente, hace una hora; por suerte volvió al poco rato. Era horrible no saber cuándo volvería la luz... Aunque tengo una linterna, claro, y bastantes velas, además de a Fífill.

Sobre todo de niña, pero también de más mayor, tenía mucho miedo a la oscuridad. No es buena idea asustar a los niños con el coco, porque ese miedo deja huella, una huella que yo conozco y que supero intentando conservar la tranquilidad... y pensando en que hay más motivos para temer a los vivos que a los muertos.

La oscuridad más densa es ahora, a principios de diciembre. A finales de febrero el día se alarga. No me disgusta el invierno, pero a finales de noviembre ya estoy bastante cansada y me alegra pensar en el mes de enero, cuando intento aprovechar el tiempo para descansar y recargar las baterías para las futuras fatigas del nuevo año.

Desde luego, siempre hay un montón de cosas que hacer. En diciembre están la siembra y la monta. Los preparativos para las Navidades son también de lo más ajetreado. Febrero y marzo son una carrera a pelo..., seis semanas haciendo ecografías para contar fetos por todo el país, con los consiguientes preparativos ineludibles. Una planificación amplísima de actividades, plazos y horarios, pues trabajo con doscientas granjas y tengo que organizarme: preparar los aparatos, los trastos de limpieza y la ropa, incluidos doce monos de trabajo, y bastantes más cosas.

Por lo que a la oscuridad respecta, en el valle hay dos granjas, y me agrada ver las luces de Snæbýli, que está apenas a dos kilómetros de distancia. Me inquietaría no verlas. Y además, es de lo más relajante tener el gato y los perros. Mi Fífill es un matador de fantasmas.

Cuando era pequeña, en Ljótarsstaðir no teníamos luces en el exterior. Papá se oponía a iluminar la cúpula celeste, como solía decir. Yo estaba en desacuerdo con él, como en casi todo... A mí no

me disgustaba nada disponer de algo de luz cuando tenía que salir a hacer cualquier cosa. Así que yo tengo bien iluminado el exterior y puedo, por ejemplo, ir desde el almacén de maquinaria, abajo de todo, hasta el ovil de más arriba con una iluminación de lo más práctica.

Tenemos un sendero vallado que lleva hasta los establos de ovejas, de modo que puedo agarrarme al alambre si me detengo en el vallado cuando no hay forma de mantenerse en pie. Me he visto obligada a recorrer ese trecho a cuatro patas cuando hay tormenta de mucho viento o cuando el suelo está helado.

Según el pronóstico, el peor momento será hacia las siete. Está soplando con furia desde las seis. Las rachas fuertes vienen por oleadas. Debería empezar a calmarse hacia las once. Luego, por la noche, el viento rolará hacia el sur. Aunque la dirección no importa demasiado... De hecho, el pronóstico no es tan horroroso.

Durante los últimos años, el tiempo no ha sido especialmente malo en esta zona. Recuerdo inviernos como este en los años de mi niñez y mi adolescencia. Sin embargo, el clima se ha portado bastante bien desde que me hice cargo de la granja.

He estado hablando por teléfono, no consigo concentrarme en nada, me invade constantemente el desasosiego. No logro beber nada ni tragar bocado, y doy vueltas como un león enjaulado. El perrito joven no lo entiende. El viejo está ya curtido en estas cosas.

Ahora no se puede estar fuera. Si se cumple el pronóstico y el viento se calma a medianoche, saldré y pondré el tractor en marcha para iluminar los edificios y ver el estado en que se encuentran. Soy demasiado cobarde para trepar a los tejados a comprobar si se ha soltado algo con este tiempo tan horrible. Ya es suficientemente aventurado salir al exterior con este viento... Y si todo echa a volar, no hay nada que se pueda hacer.

Esta noche, el nerviosismo no me ha dejado dormir más de media hora, estoy con un chute de adrenalina. Lo inteligente es no agotarse antes de tiempo... y no estar tan hecha polvo por si tengo que reaccionar en circunstancias difíciles.

Naturalmente, cuando el pronóstico meteorológico es malo debo organizar el forraje con especial cuidado. Era previsible que no se podrían abrir los edificios durante dos días, es imposible abrir esas puertas tan grandes contra el viento, o cargar las pacas en el tractor. Conseguí darles forraje dos veces y dejé heno por todos los rincones, de modo que no hay problema. Es imprescindible darles forraje dos veces al día y almacenar heno para tres días enteros.

Esta zona no es muy ventosa, pero el invierno pasado hubo varias tormentas de viento. Lo que sí hay aquí arriba es mucha nieve, de modo que no es raro tener que abrirse paso con la pala para entrar en los edificios o salir de ellos.

Los oviles son viejos, así que nunca te puedes fiar del todo. Si los edificios se hundieran, las reses correrían un gran peligro, como es obvio. Son animales vivos. Hay que respetarlas, hay que procurar su bienestar. Que no se hieran, que no sufran. Ya he dicho que no tengo miedo por mí, pero me asusta que los edificios sufran desperfectos y el ganado se quede a la intemperie.

Una persona sola es muy pequeña cuando el tiempo se desboca. Nadie puede controlar las fuerzas de la naturaleza.

Pero, de una forma u otra, las cosas marchan, aunque de vez en cuando te entren dudas, como bien dice Halldór Laxness en *Gente independiente*.

Un día viviré en una casa plenamente segura en algún pueblo del país y no seré responsable de quinientas vidas. Y entonces no habrá problema alguno para salir a las diez o las once a comprar un bote de especias, si es que lo necesito.

También me apetece tener casa en el extranjero. Quizá en Inglaterra. O donde toquen música *rock*.

* * *

En 1997, cuando estaba en la escuela de Fjölbraut, hubo una ventisca horrible el 1 de noviembre, realmente horripilante. Perdimos sesenta ovejas, y las pérdidas de ganado fueron tremendas en toda la comarca. Me tomé tres días libres en la escuela para ayudar en la búsqueda, y el fin de semana siguiente volví para seguir buscando. El territorio era muy grande y difícilmente transitable, con muchos barrancos incluso dentro de las zonas valladas.

Hasta tres semanas después de la tormenta estuvimos encontrando ovejas con vida. Pueden vivir todo ese tiempo gastando sus propias reservas de grasa. Es horrible sacar de la nieve reses medio muertas, o sencillamente muertas. Pavoroso. Y la atmósfera que se respiraba en las granjas era aterradora.

Me echaba la culpa a mí misma por no haber exigido que recogieran el ganado antes de irme el domingo a Selfoss.

El perjuicio que causa perder las ovejas afecta más al alma que a la economía. Por haber defraudado a los animales. Hay que velar por ellos.

Después de aquello, siempre he estado en alerta al llegar el otoño. Presto más atención al pronóstico meteorológico. En cuanto parece poco claro, meto al ganado en los oviles. Es una de las consecuencias de vivir en un lugar tan aislado de los páramos. Aunque anuncien que solo va a llover y en el resto de la comarca no haya nada más que lluvia, esta se puede convertir en aguanieve, o en nieve directamente, al llegar a las granjas más altas, Ljótarmaðir y Snæbýli.

Es siempre la misma historia en todas las granjas. Lo peor que puede ocurrir es que les pase algo a los animales..., que se pierdan en una ventisca..., que enfermen..., que resulten heridos.

LA ÉPOCA DE CELO

La siguiente cuarteta sobre el carnero nació como respuesta a un señor de cierta edad que me dirigió una proposición en forma poética en un encuentro de rimadores:

Llevo en la granja casi toda la vida.
He trabajado un montón.
El más follador y de mente perdida,
sin duda alguna, el cabrón.

Los carneros son unos animales de lo más fastidioso. Más de una vez he tenido que poner obstáculos dentro del redil de los carneros al llegar la época de celo para que los muy tontos no pudieran tomar demasiada carrerilla al embestir. Por regla general, no viven más de tres años. Para entonces tienen ya mucha descendencia y han demostrado con creces su valía. Es mejor usar carneros más jóvenes, que mejorarán a sus padres como sementales. Las hembras alcanzan mucha más edad, nueve años o así.

Los carneros mansos son especialmente cansinos. Se vuelven horriblemente descarados. Quieren que los acaricies. Y se te vienen encima corriendo, por pura diversión. Unos lerdos imposibles. Y luego es tremendo cuando una persona de apenas setenta kilos, incluidos el mono y los zapatos, tiene que esquilar a un carnero de cien kilos... se consigue si son mansos, pero he acabado lanzada contra la pared o tirada por los suelos cuando alguno ha decidido estirar el cuello y darme un topetazo porque quería levantarse sin avisar. No suelo sudar cuando esquilo..., pero ha habido veces en que se podían escurrir mis ropas después de esquilar a unos cuantos carneros adultos.

Tengo una vieja estrofa sobre el esquileo de carneros que reza así:

Se rinde el carnero,
perdió ya su lana;
se resiente el granjero,
la labor no es muy sana.

No discuto con los carneros. Son más fuertes que yo. Lo que digo de ellos se debe entender teniendo en cuenta este hecho.

Ahora, por fin, sé que las señoras mayores no debemos bregar con los carneros a lo tonto cuando hay muchachos jóvenes al alcance de la mano. En el último rodeo le dije a mi sobrino Ármann: «¡Mira, Ármann, allí hay un carnero!»». Y hacia allá se fue el buen chico.

LA JORNADA

Durante todo el año, la inmensa mayoría de los días empiezo a trabajar a las ocho de la mañana. Me despierto a las siete y dedico una hora a mis cosas antes de salir a trabajar. Excepto, naturalmente, durante la paridera, porque entonces es levantarse de la cama y salir inmediatamente.

No me gusta nada saltar de la cama de esa forma. El tiempo matinal que me dedico a mí misma en condiciones normales es muy importante, y me levanto antes cuando sé que voy a poder disfrutar de él.

Empiezo sacando a Frakkur y Fífill para que tomen el aire y darles de comer. Luego desayuno yo. Después, en invierno, salgo a dar de comer a las ovejas. Repartir el heno lleva en torno a una hora, a menos que haya que traer más. Cuando meto pacas de heno para tres días con el tractor, tardo bastante más.

Después del forraje, me dedico a trabajos ocasionales, o acudo a algún sitio a alguna reunión, pues en los meses de otoño e invierno se convocan muchas... y claro, hay que ir, da igual el tiempo que haga. Al final de la jornada tengo que alimentar otra vez a las ovejas. Siempre hay que respetar las horas de forraje, da igual que sea el día de Navidad o cualquier otro. Si tengo que salir de la granja, he de conseguir que alguien se ocupe del forraje. La mayoría de las veces no hay problema, pero no me gusta nada andar pidiendo favores a la gente y procuro hacerlo lo menos posible.

La ganadería de ovino se diferencia de la de vacuno en que, durante varios meses al año, en la granja no hay ganado que atender día sí y día no. El ganadero de vacuno está atado todos los días, mañana y tarde.

Programo casi todas mis jornadas, tengo que hacerlo para que todo funcione como es debido. Siempre sé con qué debo empezar al día siguiente. Es imprescindible, porque me estresa mucho quedarme de pronto sin nada que hacer. Si pretendo tomarme un día con tranquilidad, por ejemplo porque espero visitas, no hay problema. Pero me sienta fatal cambiar de planes, aunque puedo hacerlo, por supuesto, y se me da bien encontrar solución a complicaciones imprevistas..., y es que aquí arriba no sirve de nada quedarse con la boca abierta a la espera de que llegue el servicio de ayuda en carretera. Como es natural, prefiero dedicarme solo al trabajo programado hasta que lo termino. Pero el agricultor por cuenta propia no siempre lo consigue.

Mi método de trabajo ha llegado a convertirse en una rutina. Trabajo mejor ateniéndome a ciertas reglas, como hacer pausas para el almuerzo y la merienda y no trabajar por las noches, a ser posible. Y siempre me pongo mala si me retraso sobre el plan previsto.

Sigue siendo típico del campo, al menos en esta casa, dividir el día de acuerdo con las comidas. Desayuno, café de las diez, almuerzo, merienda, cena. Las horas de las comidas son sagradas y se usan como puntos de referencia. Decido hacer cierta tarea antes del almuerzo, o de la merienda, o de la cena. Además, soy como el visón, que necesita comer cada poco tiempo.

HEIÐA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

Tengo un carnero que se llama *Laukur* (Cebolla), y es un animal de trato muy agradable. Gracias a esa característica suya, sigue vivo. Se deja llevar muy tranquilo y su única tarea consiste en ir conmigo por los oviles en las mañanas de diciembre y olisquear las ovejas que están listas para la monta. Aspira el olor, y yo le tiro con fuerza de la correa si se le ocurre la peregrina idea de intentar salvar la situación por su cuenta. No creo que en esos días tenga buena opinión de mí.

Despierto a mi Laukur, la gente dormita.

Disfruta el paseo, la correa le gusta,
pero tiro fuerte cuando se encabrita.

No poder ir con ovejas le disgusta.

NAVIDADES

Antes de Navidades tengo por costumbre lavar toda la casa con detergente. Dedico días enteros a lavar las paredes de arriba abajo. Hacer la limpieza me aburre horriblemente, pero me gusta tenerlo todo limpio a mi alrededor, de modo que me pongo con ello si no tengo a nadie que lo haga, ya sea en Navidades o en cualquier otro momento.

Coloco adornos navideños en la vivienda y en los oviles a principios de diciembre. Me encanta adornar la casa para Navidad, y ahora mismo acabo de hacer, yo sola y por primera vez, una corona de adviento. No me ha quedado mal. Me encantan las Navidades y me paso de la raya comprando comida y golosinas.

Fanney y su hija María Ösp llevan dieciséis años o así viniendo a pasar aquí las Navidades. Suelen llegar el 22 de diciembre. También mi tío suele pasarlas en la casa. El 23 de diciembre, día de san Torlaco, vamos al vivero de Giljaland a comprar un abeto de metro y medio de alto. La noche de san Torlaco asamos salchichas en la granja. Cuando terminamos de adornar el árbol, tomamos cacao y galletas de jengibre.

Mi hermana Ásta y su hijo Ármann Daði vienen en Nochebuena para el reparto de regalos, comer tarta y beber Baileys, y se quedan para el pudin de almendras de mediodía. Por la noche tomamos cecina caliente, de la que ahúma Valur de Úthlíð.

En la granja, es mamá quien se encarga de la cocina. Yo no tengo ni idea de cocinar..., aunque no me moriría de hambre si tuviera cerca un barril de carne salada, como dijo una buena mujer que le pasaría a su marido. La carne de cordero y de oveja es, naturalmente, nuestro alimento básico, y creo que es una carne espléndida en cualquiera de sus formas. Tan buena es que ni siquiera yo consigo estropear este producto friéndolo o cociéndolo. Es todo un logro que dice más de la carne que de mí.

Me extraña mucho que un producto de tan alta calidad como el cordero no tenga más éxito de ventas, teniendo en cuenta el altísimo número de turistas, que además no deja de aumentar. Debe de haber algún fallo en la comercialización. Por ejemplo, no veo que en las tiendas se etiquete el cordero en más lengua que el islandés. Y he estado en un restaurante de una floreciente región de cría de ovino donde la única carne que se ofrecía era el pavo, que es cualquier cosa menos típico del país.

El cumpleaños de María Ösp es el 25 de diciembre, y solemos festejarlo el 26. Después, entre Navidad y Año Nuevo, madre e hija se van a su casa, a Hveragaerði.

La época de Navidades es un tiempo muy grato. Es un no parar de comer. Y hacemos un montón de pasteles, claro. Ya dije que sé hornear, y lo hago con pompa y circunstancia, aunque mis artes

culinarias sean lo que son.

Además, para mí (pero también para otros muchos) es propio de las Navidades atiborrarse de golosinas. Sobre todo me gustan los dulces Mackintosh. Durante esos días me instalo a menudo delante del televisor. Y resulta que veo el principio de muchísimas películas y el final de poquísimas. «Dormir películas» es algo muy útil y que solo rara vez se puede hacer.

Soy una golosa tremenda, aunque no sea Navidad. Me lo puedo permitir. No fumo, bebo dos veces al año y he dejado de tomar rapé. Menos cuando coincido con alguien muy aficionado al rapé. En realidad, están por todas partes. Bueno, de algo hay que morir.

Cuando en Navidad la luz titila
y el rostro de gozo se ilumina,
la gente en un sofá se adormila,
y al despertar, una chocolatina.

Llevo viviendo sola en la granja desde que mamá entró en el hospital, en noviembre pasado. Confiaban en que podría volver a casa en Navidad, pero luego no le dieron el alta. En Hveragerði le practicaron una infiltración en la rodilla e inmediatamente después se le produjo una infección furibunda, y lleva ingresada desde entonces. Va mejorando, pero apenas puede usar la pierna enferma.

Pero me gusta mucho estar sola. Quizá se pueda decir que llevo una vida de reclusión, pero es que soy una solitaria. Me parece perfecto hablar con los animales. Si no hubiera animales, preferiría no vivir aquí sola. Antes me resultaba un tanto difícil, y tenía miedo a la oscuridad.

De niña era introvertida. Quizá no fuera tanto mi forma de ser como que no había más opciones. Me habitué a estar sola. Luego empezaron a venir chicos y chicas en verano. Linda es la que estuvo más veces, tenía seis años la primera vez que vino a la comarca y volvió diez veranos más.

TENER NIÑOS O NO

Me encanta estar con mi amiga Linda y su familia. Ella y su marido se conocieron de jovencitos y tienen tres niños preciosos. Aprecio muchísimo esta conexión con la realidad, y ver lo bien que funciona esta forma de vida, aunque no sea la más adecuada para mí.

Para mí, es un lujo quedarme de vez en cuando con los niños de Linda y responsabilizarme de ellos, nunca pongo pegas para hacerlo. «¡Venga, ven con Heiða al tractor!». «Estupendo, pues al *quad* con Heiða. ¡Pero primero ponte el gorro!»

Sin embargo, creo que siempre he sabido que nunca me apetecería tener hijos. No me veo capaz de intentar educar a tiempo completo, psíquica y físicamente, a otro ser humano hasta que se convierta en adulto. Me daría miedo que acabara convertido en un desequilibrado más. No cabe duda de que es demasiado fácil echar a perder a un niño. Además, esta época está enloquecida en muchos aspectos... Internet, lo que los niños ven por ahí... Es un serio problema.

Pero no es solo que me vea incapaz de afrontar las dificultades de educar a un niño, es que hay muchas cosas que me apetecen más que cuidar de un pequeño o de varios dedicándoles todo el tiempo y toda la atención necesarios para lograr un resultado decente.

Existe la manía de meter a todo el mundo en el mismo saco. Si alguien prefiere ser distinto, no llegará a ningún sitio. Yo tengo ya 38 años, y sigue habiendo gente que, con toda franqueza, se pone a darme consejos..., como que tener niños es lo mejor que le puede suceder a alguien en la vida. Vale, estupendo, es lo mejor que podría sucederle a alguien, pero eso no significa que la afirmación valga para todas las personas. Por naturaleza, soy una oveja descarriada..., a punto de cumplir los cuarenta, sin saber adónde voy ni de dónde vengo. ¡No sé lo que quiero!

Estuve sometida a muchísima presión, incluso por parte de mis hermanas, para que contribuyera a la multiplicación de la especie. Al final, les solté: «¿Creéis que no habría tenido niños hace mucho, si hubiera querido?». Y entonces dejaron de repetir la cantinela.

Desde pequeña puse un signo de interrogación a esto de los hijos, aunque era evidente que todos pensaban que acabaría teniéndolos. Yo no entendía por qué había de ser así... y siempre pensaba: ¿sí?, ¿debo tener hijos?, ¿y por qué debería tenerlos, eh?

HEIDA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

Pues bueno, aquí tengo un poema de fin de año, aunque no es nada bonito; no es ni positivo ni divertido, en realidad es un poema asqueroso... Está hecho en femenino, pero es solo por la rima, el contenido podría servir perfectamente para ambos sexos.

Ante la pirotecnia siempre te agachas.

Vienen y prometen el oro y el moro.

A las cinco, como cubas ya borrachas
se las meten en su cama sin decoro.

AÑO NUEVO

En enero intento reposar y acumular fuerzas para todo el año, por lo que pueda pasar. Y por delante tengo la época más atareada: seis semanas contando fetos por todo el país.

Ha empezado a tentarme la posibilidad de abandonar mi madriguera en enero e incluso viajar por el mundo. Los primeros años no podía plantearme ninguna de las dos cosas. Estaba trastornada por el estrés del trabajo... como mucho, me atrevía a ir un rato al baile.

Pero en estos últimos años he hecho algunos viajes preciosos al extranjero, por ejemplo a competiciones de esquileo en Escocia e Inglaterra; también visité a Adda en Gales, en la granja en la que estaba aprendiendo a entrenar perros. Allí fui con Ella de Úthlíð. He hecho viajes de Adviento con Fanney y María. Y también fui con mi prima Kolla a Sudamérica hace mucho tiempo.

Este primer mes del año intento dedicarlo a las menos cosas posibles, aparte de alimentar a las ovejas. Me doy el gusto de sentarme por las noches con un libro y, quizá, un bol de golosinas. Me paso casi todo el rato en mi sillón reclinable al lado del radiador de la cocina. La vieja gata venía muchas veces en cuanto me sentaba y leía conmigo. Estoy siempre esperando que la nueva gata se comporte de la misma forma. Una noche de invierno con un libro es lo mejor. Alrededor, el silencio de mi propio paisaje montañoso. Quizá luna y estrellas. Y el más espléndido espectáculo de auroras boreales del mundo entero.

RECUESTO DE FETOS

Ella de Úthlíð y yo nos encontramos entre los pioneros del recuento de fetos mediante ecografía en Islandia. Fue Ella quien se enteró de la existencia de esta técnica por un noruego al que trajo por aquí... y le preguntó si no podríamos también nosotras entrar en ese oficio. De modo que decidimos invertir en un ecógrafo y unos transductores. Las dos juntas, como un matrimonio de Öxarfjörður, asistimos a un curso de un fin de semana con el noruego, para aprender técnica ecográfica. El año siguiente asistimos a otro curso de un fin de semana con el mismo profesor, para refinar la técnica, y luego, el año 2004, viajamos a Hamar, en Noruega, que está justo al lado de Lillehammer..., de modo que ahora es la décimo tercera temporada mía de recuento ecográfico de fetos.

Después de las primeras lecciones, Ella y yo pasamos diez días en el ovil de Úthlíð contando y recontando las mismas ovejas, para hacer prácticas. Ese año fueron bastante pocas las granjas que utilizaron nuestros servicios, pero luego corrió la voz y se produjo un aumento considerable. En 2008-2009, el negocio empezó a ir viento en popa.

Ahora hago el recuento en doscientos lugares de todo el país. Por lo general, se trata de granjas desperdigadas por el campo, pero también vamos a casa de gente aficionada a la cría de ovejas que vive en la ciudad. Los últimos años, Ella solo hace recuento en nuestra región del sur. Pero hemos formado a un ayudante, nuestro querido amigo Logi. Él y yo usamos un aparato cada uno, pero las reservas las recogemos juntos y colaboramos en la publicidad y la organización. Con Ella, en cambio, viajábamos y hacíamos los recuentos juntas. Naturalmente, es mucho más cómodo, física y mentalmente, formar equipo con alguien, y así es más fácil cubrir las zonas. Y es mucho más divertido cuando van dos.

Para un granjero de ovino es fundamental, si quiere maximizar sus rendimientos, saber cuántos corderos parirán sus ovejas, ya que eso le permite organizar bien las parideras y mejorar los métodos de trabajo. Resulta esencial para repartir bien los corderos y que todas las ovejas sanas tengan dos corderos durante el verano, aunque para ello haya que quitar uno a las que paran tres, a fin de darle uno más a las que tengan solo uno.

El aumento de la eficiencia afecta a la alimentación de las ovejas. La que lleva tres fetos necesitará más forraje que la que lleva uno solo. Y, adaptando las raciones y no dando exceso de forraje a la que tiene un solo feto, se correrá menos riesgo de que ese único cordero crezca tanto como para causar problemas a la hora del parto.

Una de las cosas buenas de este trabajo es que te lo agradecen. Los recuentos sirven también para maximizar la productividad de cada oveja. Y no hacen falta muchos corderos para pagar la

factura del recuento.

Pero, claro, en este trabajo se pueden cometer errores, como en todo lo que lleva a cabo el ser humano. El conteo ecográfico exige muchísima atención, y la calidad de la ecografía puede ser muy variable. Influyen muchos factores. Si me he tenido que pasar media noche bregando con la ventisca y quitando nieve a paladas, mi concentración no será óptima. Si las ovejas están inquietas y no paran de moverse, el trabajo se verá afectado. Si han comido demasiado se observará peor el feto, y lo mismo pasará, como es lógico, cuando la edad de este no sea aún la adecuada para la ecografía. Y, claro, si estás estresado y el tiempo apremia, la cabeza no carburará del todo bien.

En esta sesión de seis semanas, te pasas todas las horas y todos los días mirando fetos de cordero en el ecógrafo. Cuento de mil doscientas a mil trescientas ovejas al día. Empiezo a las ocho de la mañana y no puedo recogerme hasta las ocho de la noche. He de meter a cada oveja en una jaula metálica que llevo conmigo. Se fabricó aquí, en Islandia, aunque las medidas se tomaron en Noruega. También llevo una silla metálica baja de fabricación casera; aparte, naturalmente, del ecógrafo.

Los primeros años fueron enormemente laboriosos, nadie sabía cómo organizar las cosas. Había que inventar formas de trabajar en los oviles. Es fundamental tener un flujo constante de reses, y hay que ingeniárselas para encontrar el mejor sitio donde colocar la jaula. El personal de las granjas no había recibido entrenamiento alguno sobre estos asuntos. Ahora, todos saben ya lo que hay que hacer, hasta el punto de que parece una actividad trivial, en comparación con lo que era antes.

La jaula tiene que estar siempre en el mismo sitio, todo se ralentiza si hay que mover el ecógrafo de un sitio a otro o tienes que ir empujando las reses para acercarlas. Además, eso aumenta el riesgo de accidente con el aparato. A este no le puede pasar nada, cuesta una millonada. Es lo único que me causa auténtico horror..., que una oveja se acerque demasiado al ecógrafo. Ha llegado a pasar que una oveja le diera un golpe al aparato, pero no se estropeó. Si el ultrasonido quedara inservible a mitad de temporada, sería una auténtica catástrofe. Se tardaría muchísimo en conseguir un aparato nuevo... la temporada habría acabado, por no hablar de los costes derivados de la pérdida. Es el único momento en que te pones realmente nervioso, ¡aparte de cuando no te dan café!

La postura en que hay que trabajar es incómoda y el recuento de fetos es una labor complicada de por sí. Te tienes que sentar en posición muy baja, en el suelo del ovil, y eso te produce diversos deterioros físicos, como el síndrome del túnel carpiano y mialgia, a causa de la constante repetición de movimientos con los transductores. Luego está el peligro de que se te eche encima una oveja o, mucho peor aún, un carnero. Dos veces he estado a punto de sufrir un accidente. Una vez estaba convencida de que me había roto un brazo, cuando apareció un carnero a todo correr, cargó contra la oveja que estaba en la jaula y, ya de paso, también contra mi hombro, mientras la mano que sujetaba las sondas quedó presa entre los cuernos del carnero y la parte delantera de la jaula.

Para esta tarea es muy importante que la gente de las granjas esté entrenada para trabajar con el ganado, a fin de que las ovejas vayan pasando sin contratiempos. ¡Y para que sujeten bien a los

malditos carneros! El otro problema de este trabajo es que te quedas helado... Es como estar ante una cinta transportadora durante horas, pasando hambre y sin poder ir siquiera a hacer pis. He empezado a saber vivir con ello, porque sé que al final todo se arregla y que no me voy a caer muerta en el ovil, que era la sensación que tenía a veces en los primeros años. Sé perfectamente que al cabo de un rato estaré otra vez en el coche, bien calentita, con música y chocolate, y esa seguridad mitiga el mal rato.

También sé que, aunque la granja tenga mil doscientas ovejas, conseguiré acabar con el trabajo. En realidad solo hay una granja de ese tamaño, una granja estupenda con gente magnífica. Allí me paso el día entero haciendo el recuento.

Lo mismo me pasa cuando limpio la jaula con agua helada. Los primeros años creía que se me iban a caer las manos. Ya lo he superado. Es solo un estado transitorio, todo acaba bien. En cuanto me pongo las manoplas de lana, me empiezo a sentir mejor. A veces me las pongo antes de quitarme el mono.

El trabajo no se limita a transportar la jaula y el ecógrafo de un sitio a otro, poner la jaula en su sitio y empezar el recuento, sino que es preciso limpiarlo todo muy bien al terminar las ecografías en cada granja para prevenir posibles infecciones, restregar bien la jaula, la silla y todo lo demás. Es esencial para no transmitir de una granja a otra enfermedades contagiosas, como por ejemplo las que causan la muerte de los fetos. Naturalmente, tengo permiso veterinario para realizar este proceso. Me tomo muy en serio limpiarlo todo en cada granja y cambiarme la ropa protectora. No puedo correr el riesgo de transmitir una infección de una granja a otra por un descuido, así que tomamos meticulosamente todas las medidas para que no llegue a suceder. A veces, tengo la sensación de que la gente no acaba de darse cuenta de la importancia de todo esto.

Cuando salgo para la temporada de recuento organizo a fondo hasta el último centímetro cuadrado de mi Lux... Manoplas de lana y pasamontañas en cada hueco. Tengo que llevar de diez a doce monos de trabajo; me pongo un mono limpio en cada granja, a fin de no ser yo la que transmita posibles infecciones. Por suerte, todo el mundo se ofrece a ayudar, a lavarme las cosas, etcétera.

Un agobio más en la temporada de recuento es el teléfono, nunca me libro de él. Respondo siempre, incluso cuando estoy en plena eco. Si no respondiera, los mensajes no harían más que acumularse, lo que me imposibilitaría respetar las citas y los estrictos planes de trabajo. Precisamente por la organización y la planificación de tiempos tengo que estar localizable, aunque lo deseable sería no tener que responder al teléfono con una mano mientras sostengo la sonda con la otra.

Esta actividad me proporciona unos ingresos que representan mucho para mí. A veces me da por imaginarme que me dedico a esto solamente para entretenerme y porque no aguanto quedarme en casa sin hacer nada. Pero no es cierto, porque este trabajo extra tan conciencioso es la clave para que la granja de Ljótarsstaðir siga adelante.

Es un privilegio conocer a los campesinos y la vida de las granjas de todo el país. Suelo alojarme en las mismas granjas un año tras otro. A veces paso varias noches en el mismo lugar, si me viene bien por las distancias y tengo allí buenos amigos.

La temporada de las ecografías es en pleno invierno, de modo que se puede esperar cualquier clase de tiempo atmosférico. Pero sigo adelante pese a que las vías parezcan intransitables y el clima sea pésimo, pues toda la organización se desmorona si falla una sola cita.

Cuando las cosas se complican más, hay que abrirse camino a base de pala. Recuerdo que una vez, en la parte sur de los Fiordos Occidentales, con una ventisca sin visibilidad alguna y la carretera intransitable, oí en la radio del coche que estaban intentando abrir paso en la carretera en Klettsháls. Bien, Ella estaba fuera quitando nieve con la pala, llevaba ya varias horas con lo mismo, estábamos a punto de liberar el vehículo. Después de quitar nieve y currar como locas picando, rascando, tirando y paleando... ¡al llegar a la siguiente acumulación de nieve nos encontramos a la máquina quitanieves trabajando!

Me gusta dedicarme al recuento de fetos porque es un trabajo que empiezo y acabo yo misma. Me desagrada dejar una tarea a medio terminar, cosa que suele suceder con demasiada frecuencia con las labores de la granja.

Sí, tengo mi región favorita, Strandir, en el extremo norte de los Fiordos Occidentales. Es mi tierra prometida. Me llevo estupendamente con la buena gente de allí, y me encuentro muy a gusto. Siempre siento morriña cuando me marcho.

Las ovejas de Strandir son grandes y bonitas. Es una raza especial, sin cuernos. *Oveja de Strandir*, se llama la raza. Los corderos son gordos y es un ganado muy productivo. Y es porque lo cuidan bien.

Ya el mero hecho de viajar por el país durante seis semanas es estupendo. Es como cuando viajas al extranjero. Los recuentos de fetos son una buena escuela para quien vive casi todo el tiempo metido en su agujero. El mundo crece. Cuando paso demasiado tiempo en el mismo sitio sin salir de viaje tengo la sensación de que el mundo se encoge.

Cuando era pequeña sentía que el mundo en Ljótarsstaðir era demasiado pequeño, y a veces caía presa de una especie de cerrazón mental e incluso empezaba a tener prejuicios de diversa índole.

Por regla general no tolero los prejuicios. Sobre los emigrantes, por ejemplo, o sobre los homosexuales. Oír cosas como «¡Malditos extranjeros!».

Los prejuicios y el chovinismo son las peores cosas que conozco.

HEIÐA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

En mi peregrinaje de trabajadora itinerante por todo el país para esquila y contar fetos, encontraba alivio para mis desdichas enviando a mis hermanas coplas que rara vez quedaban sin respuesta. Durante un viaje para recontar fetos, me alojé con Ella de Úthlíð, mi amiga y colaboradora, en una granja sin nombre situada en la plaza de un fiordo sin nombre de los Fiordos Occidentales. Y resulta que me pasé toda la noche peleando con un incubo, de modo que no pude dormir y a la mañana siguiente estaba toda temblorosa. Pero cuando se lo conté a Ella, se retorció de la risa y dijo que no era más que una pesadilla, que ella había dormido como un tronco en la habitación de al lado; de hecho, los años siguientes exigió siempre que nos alojáramos en esa granja.

Al año siguiente llegamos allí al anochecer, Ella riendo como una tonta y yo hecha un manojo de nervios. Y, fijaos, justo cuando estaba a punto de dormirme, puedo jurar que oí por la ventana el graznido de un ostrero. Era 3 de marzo, pleno invierno en los Fiordos Occidentales. Ya empieza, y ahora ese maldito bicho grazna como un ostrero, pensé, y, furiosa, cerré la ventana con violencia. No dormimos en toda la noche. Cuando estábamos a la mesa del desayuno, el granjero se mostró de un humor espléndido y dijo: «Bueno, chicas, nos habéis traído la primavera, ya ha llegado el ostrero a nuestra playa».

Más tarde, cuando Ella dejó de reír, les envié estos versos a mis hermanas:

Hoy casi de nervios me muero,
pues creí oír un ostrero,
no pude aguantar
de tanto temblar;
mas el graznido era verdadero.

La respuesta de Fanney no tardó en llegar:

En tu pueblo también
la gente tiembla sin desdén.
Si te pone nerviosa
un ave tan hermosa
que la primavera anuncia así de bien.

10 DE FEBRERO. RECUENTO DE FETOS EN MEIRI-TUNGA, RANGÁRVELLIR

Aquí vive la granjera Þórdís con sus 250 ovejas. Siempre tiene un número desacostumbrado de ovejas con tres corderos... Son muy fértiles. Seis personas me ayudan en el recuento, y, como ves, de ellas, cuatro son mujeres, lo que es un porcentaje inhabitualmente alto. Es normal que te ayuden en las granjas a la hora de hacer el recuento de los fetos, como ahora. Mi trabajo depende mucho de otras personas. Es estupendo ver el interés que muestran los niños... muchas veces se apiñan alrededor de la jaula.

El recuento por ecografía debe hacerse en un momento muy específico, cuando los fetos tienen un tamaño determinado. Eso pone al contador en un verdadero aprieto con la cronología durante toda la temporada. Si los fetos son todavía demasiado pequeños o ya demasiado grandes, no se puede ver cuántos son.

Uno de los muchos detalles de la organización del recuento es que las ovejas no deben haber comido mucho porque, si no, no se ven más claramente los fetos. Exige cierta práctica colocar la sonda en el lugar preciso del bajo vientre, donde no hay pelo, y empujarla un poco sobre la piel... Y leer los resultados en la pantalla requiere práctica. Puede resultar complicado, porque están nadando en el útero y dándose la vuelta todo el rato. En la pantalla se ve el esqueleto, el calcio. Lo mejor es visualizar el cordero casi en su totalidad, ver cómo se mueve, verle la cabeza y el vientre, para asegurarse de que se trata del mismo cordero desde dos puntos de vista y no de dos fetos (o a la inversa). Lo principal es aplicar la sonda de modo que se puedan localizar bien los corderos y confirmar si hay uno, dos o tres.

Tampoco es que haya que apretar mucho, como hacía yo al principio, porque es mucho más cansado.

Hay que estar listo para toda clase de incidencias durante el recuento. El transpondedor puede averiarse o romperse, y entonces hay que enviarlo a Escocia para que lo reparen, lo que puede costar medio millón de coronas.^[4] Cuando viajo tengo que llevar sondas de repuesto. Y hay que tener un cuidado exquisito con la consola de la eco, porque también puede averiarse.

Lo que sucede una vez tras otra es que se rompen las jaulas y las sillas... Han de ser muy resistentes. He tenido que soldar jaulas y sillas en muchas granjas. La mayoría de los granjeros dispone de las herramientas necesarias... y, si no, se las piden a la granja más cercana.

Por otra parte, tampoco es del todo práctico que las ovejas no hayan comido nada, porque influye en el resultado... Resulta incluso más difícil que cuando están llenas y satisfechas.

Los recuentos de fetos dañan muchísimo al cuerpo, por la posición. Hay que estar sentada en posición muy baja en un ovil frío, repitiendo los mismos movimientos con la sonda una vez tras otra. No me facilita las cosas que se me enfríen tanto las manos. En el coche llevo toda una colección de manoplas.

El agua caliente del bidón que llevo a mi lado llega al transpondedor para facilitar la transmisión de las ondas a través de la piel. Tengo que llevar pantalones impermeables bien herméticos, porque, si no, se me empieza a meter agua... Siempre estoy con la sonda mojada, y se derrama sobre la silla. Si los pantalones no son suficientemente herméticos, te empapas hasta los huesos. Y así todo el día en un ovil frío. Es de lo más desagradable..., aunque te acostumbras.

Llevo ropa de punto por dentro y por fuera. A finales de año se produjo una situación catastrófica: mis calcetines y mis manoplas estaban llenas de agujeros, pues mamá seguía internada. Ella estaba muy preocupada por mi situación, pero en cuanto empezó a mejorar, me pidió que le llevara las agujas. Fui a Hveragerði como una flecha con la cesta del punto en cuanto me llamó. Y mamá tejió y tejió, de modo que todo se solucionó. Ya tengo recambios nuevecitos para las prendas de lana.

[4] En la época del relato, unos 4000 €.

DEPO-PROGEVERA

En otoño de 2008 empecé a sentirme desazonada y sin fuerzas. Me sentía mal en todas partes, estaba siempre cansada. La situación fue empeorando sin pausa durante dos años, esto es, hasta fines de enero de 2011. Para entonces, mi estado era ya tan malo que solo me quedaba pegarme un tiro, y seguramente lo habría hecho de no ser porque mi hermana Ásta me recomendó visitar a una mujer de Hveragerði, llamada Elísabet Reynisdóttir, que es terapeuta nutricional.

Durante la primera parte de ese periodo, yo estaba en una relación que acabó yéndose a pique. Lo que demuestra que es falsa la teoría de que el amor lo puede todo, aunque esa es otra historia.

En los esfuerzos por mantener la relación, se me ocurrió la maravillosa idea de usar un anticonceptivo hormonal llamado Depo-Progevera, que se administra con una inyección intramuscular cada tres meses. Fiel a mi inveterada costumbre de no leer nunca los folletos de instrucciones de nada hasta que se produce algún problema, no miré el prospecto y me dejé inyectar aquello durante dos años.

A causa de los dolores, el cansancio y la debilidad, fui al médico varias veces en este periodo. Me diagnosticaron reuma y osteoartritis, y me recetaron medicamentos antirreumáticos, tranquilizantes y analgésicos. Me dieron hasta una tarjeta de descuento farmacéutico, como a los ancianos, pero no hubo mejora.

Intenté acabar con aquello a través de diversos métodos: dejé de tomar azúcar y reduje la cantidad de trigo y café, así como de alimentos en general; no tocaba el alcohol y abandoné mi esporádico uso del rapé. La situación no mejoró lo más mínimo con estos métodos. Mido 1,81 m y bajé de peso hasta los 63 kg, casi me moría de hambre.

Pensaba que había acabado destruyéndome a base de trabajar en el esquileo sin darme un descanso. Me arrastraba por los días, muchas veces me acostaba a las siete de la tarde y dormía doce horas seguidas. Tenía que obligarme a poner un pie delante de otro, los músculos de las piernas y los brazos no obedecían, las ovejas se me caían de las manos, el manillar del *quad* me golpeaba... Lo único que conseguía era ir de mal en peor, arrastrándome de un día al siguiente. Tenía una seria anemia, padecí una infección de vejiga por primera y última vez en la vida (al menos hasta ahora), tenía arritmias y «el esternón hundido», sea lo que sea lo que eso significa.

Los primeros meses tenía ojeras azules, más tarde me aparecieron persistentes bolsas rojas debajo de los ojos y en las comisuras de los párpados. Así pasé dos temporadas de recuento de fetos. Las aguanté penosamente, y Ella trabajó el doble para superar la situación. ¡Aunque no es que el resto del tiempo trabajara mucho menos! Mi autoestima estaba hecha añicos. Yo, que

siempre había sido tan alta y fuerte y que no flaqueaba ante el esfuerzo físico, de pronto ya no estaba segura de si sería capaz de hacer las cosas.

Dejé de esquilar profesionalmente, me despedí de la Policía, no asistí a la fiesta nacional ni a la fiesta de final del rodeo, ni a cualquier otra acto en el que se congregara gente, excepto cuando no tenía más remedio. Y en enero de 2011 fui a ver a Beta, la terapeuta nutricional. No pasó más de un cuarto de hora interrogándome; enseguida se percató de dónde estaba el problema. Yo no toleraba aquellas enormes inyecciones de hormonas, que literalmente me estaban matando.

Más tarde, mi hermana Ásta, que sabe mucho de todas estas cosas y que seguramente habría adivinado enseguida lo que pasaba si yo hubiera tenido la costumbre de hablar del tema de la contracepción con ella o con cualquier otra persona que no fuera necesariamente del sector sanitario, me enseñó unos artículos que exponen los padecimientos de mujeres que usan este medicamento. Ásta y yo leímos la lista de los efectos secundarios, y resulta que los había tenido casi todos: anemia, infecciones urinarias, agotamiento, depresión.

Naturalmente, no me puse más inyecciones, tiré a la basura las que me quedaban y bebí manzanilla mientras los efectos del abandono de los calmantes me hacían despertar por la noche con temblores, convencida de que todo se estaba yendo a la mierda o peor aún, y me fui a trabajar en la nueva temporada de recuento de fetos. En marzo habían desaparecido las bolsas rojas y empezaba a asomar mi vieja sonrisa. En julio fui a Hornstrandir con Fanney y Siggeir, cargué yo con las provisiones y comí más que ninguna de las dos.

Un año después había recuperado plenamente las fuerzas, y ahora no tengo ni el más mínimo problema, aparte de mi vieja hernia de disco, que me ocasiona algunos dolores de espalda. Esta experiencia me ha enseñado a estar infinitamente agradecida por despertar cada mañana sana y feliz como una perdiz. La salud y la fortaleza física son valores inestimables.

Los años de la Depo-Progevera están sumidos en una especie de niebla; el otro día me di cuenta de que apenas los recuerdo. Es como si este asunto hubiera quedado sumergido en una especie de puré, hasta el punto de que tuve que preguntarle a Fanney por el viaje de diez días a caballo que hicimos en 2009, pues prácticamente no recordaba nada. Por ejemplo, no sabría decir si nos alojamos en refugios o si acampamos. Y eso que siempre suelo recordar hasta los más pequeños detalles de las cosas. Apenas me acuerdo del trabajo en los cercados, de los cultivos y de otras actividades de esos años. Lo único que recuerdo es que me resultaron durísimos.

Quería contar esta historia por si acaso en algún sitio hay una mujer que, sin explicación, apenas puede moverse de agotamiento, y que llora en las consultas de unos médicos que solo le dan más y más medicinas y folletos sobre fibromialgia.

HEIÐA, ECÓGRAFA DE OVEJAS. FACEBOOK, 24 DE FEBRERO DE 2016

«¡Menuda limpieza que va a hacer!», exclamó la cajera del supermercado Bónus de Egilsstaðir mirando las dos garrafas de Ajax. Me di cuenta al momento de que era una mujer muy cortés, porque no hizo la menor referencia al hedor de la contadora de fetos de oveja ni me recomendó que comprara dos botes de gel de ducha y los utilizara inmediatamente, y tampoco dijo nada sobre las ocho tabletas de chocolate con leche que compartían la cinta de la caja registradora con las garrafas de Ajax... Solo tres semanas y mi vieja Lux y yo llegaremos sanas y salvas a Sölvabakki, en el municipio de Húnavatnssýsla, para reunirnos con nuestros caseros y con el bueno de Logi.

3 DE MARZO DE 2016. CONVERSACIÓN TELEFÓNICA AL ANOCHECER

Estoy en Mjóafjörður, muy cerca de Ísafjarðardjúp. Tenía que llegar al alojamiento de esta noche, en el Súgandafjörður, hacia las diez.

Estoy con una gripe espantosa y casi no tengo voz. Y, claro, eso no me viene nada bien. Los empleados apenas me oyen en el ovil. Tienen que inclinarse y poner la oreja a la altura de mi boca para oírme. Solo me sale un chillido estridente cuando intento decir algo como «¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!».

Tenía tanta fiebre esta mañana que pensé que no llegaría viva hasta la noche. Fueron a la farmacia de Hólmavík a buscarme Panadol, que me tomo en las pausas para el café. Es bueno para la fiebre y los dolores.

Atrapé la puta gripe en Húnavatnssýsla, faltaría más... mientras estuve allí no hice más que presumir de que nunca tenía ni un resfriado y de que jamás de los jamases había tenido una gripe.

Pero, a cambio, me alegré de pasar la enfermedad en unas granjas tan estupendas como las de Strandir. Unos sitios fantásticos. La organización no tenía ni un fallo, me quitaban de las manos la jaula y el ecógrafo. Después, a la vista de mi estado, los hombres iban corriendo a cerrar las ventanas y la puerta. En una de las granjas taparon con tablas un agujero que había en una pared para librar de posibles corrientes de aire a la contadora doliente.

Un día, mi colega Logi se puso a vomitar en la explanada de una granja de Strandir. Luego se recuperó perfectamente. No tengo nada claro que los de Strandir quieran que volvamos... Menuda pareja de apestados, deben de pensar.

Ahora hace un tiempo estupendo, el viaje es perfecto, solo hay algunas pequeñas placas de hielo. Esta temporada nos ha beneficiado mucho que el clima se portara tan bien con nosotros.

CUATRO HISTORIETAS SOBRE ELLA Y HEIÐA EN EL RECUENTO DE FETOS

Realizar movimientos precisos puede convertirse en un problema después de largos días sosteniendo entre los dedos sondas de todos los tamaños y con precios escandalosos. Una vez estábamos merendando en una granja fantástica llamada Dalir, el hogar de Ármann y Jóna, que está en el fiordo Fáskrúðsfjörður, en el este del país..., y yo agarré el cuchillo para cortar una porción de la deliciosa tarta que había en la mesa. Sin darme cuenta, sujeté el cuchillo con la fuerza que acostumbraba a ejercer con el sensor, de modo que el cuchillo traspasó la tarta como un rayo y la porción saltó para caer al suelo a cierta distancia. Por suerte, la bandeja era bastante fuerte y resistió la agresión. Ahora intento no comportarme como un animal de bellota en otras granjas, donde actúo con el máximo cuidado posible... Aquella buena gente, pese a ver volar los trozos de tarta, hizo como que no pasaba nada. Para empeorar las cosas, dos años antes, Ella había resbalado en una placa de hielo y había bajado de culo todos los escalones del acceso a Dalir, de modo que puede decirse que ninguna de las dos dio lo mejor de sí en esa granja concreta.

* * *

Una vez íbamos de Ísafjörður a Hólmavík al caer la tarde y paramos a comprar café y chocolatinas en Hamraborg, que para nosotras es la mejor cafetería de la ciudad. Yo salí primero, y estaba ya sentada en la furgoneta cuando veo aparecer a Ella, que viene a paso rápido con el café en la mano. Naturalmente, llevaba zapatos de goma y el aparcamiento helado parecía una pista de patinaje. Cruza por delante del coche y, de repente, desaparece por completo. Al cabo de una fracción de segundo surge una mano poderosa que golpea el capó de la vieja Lux, y detrás, con el café en la otra mano, asoma Ella, que se desplaza hasta la puerta del pasajero y se sienta. Yo percibí la seriedad del caso y pregunté enseguida: «¿Se derramó el café?». «Ni una gota», dijo Ella. Nos retorcimos de la risa un rato y luego salimos pitando hacia Strandir.

* * *

Mi compi y yo estamos bien coordinadas y, después de contar en las granjas, recogemos los trastos y lo limpiamos todo en un santiamén. Solo en una ocasión la colaboración falló de mala manera, y fue en el ovil de mi primo Jónas y de Ísleifur, en Kálfholt, de Ásahreppur. Ella cogió la

silla y se la llevó en el mismo instante en que yo iba a sentarme para desenchufar el aparato. Acabé de culo en el estrecho pasillo del ovil. Ella se volvió pasmada, y en ese mismo instante empezamos a reír a carcajadas y no pudimos parar en casi todo el día.

* * *

En la comarca de Austur-Hunavatnssýsla está la granja con más reses de todas en las que contamos; se llama Uppsaliir y tiene entre 1200 y 1300 ovejas. Nos atienden muy bien, a nosotras dos y a todos los que ayudan en el trabajo. Un año, como era habitual, pusieron una tabla encima del comedero del ovil para que sirviera de mesa y colocaron encima las tazas y la jarra del café, los sándwiches y todo lo demás. Ella estaba contando mientras yo mataba el rato en el comedero. Entonces, una oveja se escapó de la granja, lo que sucede con frecuencia, y yo no quise perderla de vista, pues, de lo contrario, al ir a buscarla después podíamos equivocarnos de oveja. Con el revuelo, tomé la desgraciada decisión de pasar por encima del comedero para ver mejor y perdí el equilibrio, de modo que me estampé con todo mi peso contra la mesa del pisolabis, que respondió inmediatamente inclinándose y tirando todo lo que tenía encima, incluida la jarra de cristal del café, que se hizo añicos. Desde luego, las contadoras de fetos no saben comportarse como señoras distinguidas a la hora del té.

CONVERSACIÓN TELEFÓNICA, 8 DE MARZO DE 2016

Nueve de la noche

Estoy en el páramo de Steinsgrímfjörður. El viaje ha transcurrido sin el menor incidente, y el tiempo es espléndido, templado y sin viento. Ahora tomo la carretera nueva, Þröskuldar, que lleva de Strandir a la comarca de Reykhólar. Vengo de hacer recuento en la granja Svansvík, en la parte oriental de Ísafjarðardjúp. Llego a las siete y cuarto. Ceno. Ya no estoy tan cansada. Pero mi estado griposo resulta agotador. El recuento de fetos es un trabajo que exige mucha concentración, y la gripe no ayuda a concentrarse. Afortunadamente, las granjas en las que he estado eran unos sitios estupendos para encontrarse indispueta.

Los granjeros de los Fiordos Occidentales, en especial las mujeres, forman una red de seguridad a mi alrededor. Llamaban a la siguiente granja a la que debía ir y preguntan: «¿Ha llegado ya?». Una de esas veces, resulta que mi amigo Guðbrandur de Bassastaðir, al que en ocasiones llamamos Brandur Bassi, siempre preocupado por mí y siempre dispuesto a contentarme, llamó a la granja donde me esperaban para decir: «Pues creo que no irá. Creo que está tan resfriada que no saldrá de esta».

Me encuentro perfectamente, aparte de que no paro de toser. No tengo fiebre y me siento en posesión de toda mi energía. Los últimos días he estado viajando con mi colega Logi. Ahora está en el fiordo Borgarfjörður, donde vive; ha ido a ver a su mujer y a su hijita. Mañana por la mañana iremos los dos a Árnassýsla. Luego visitaremos a mi hermana Fanney en Hveragerði. Debería llegar a su casa hacia medianoche.

(En este momento se interrumpió la conexión).

Nueve y media de la noche

Estoy en Ós, en Steingrímsfjörður, mi madre adoptiva de Strandir me recomendó que pasara por aquí a merendar antes de seguir mi camino. Volvemos a hablar dentro de media hora.

Diez de la noche

Voy por Þröskuldar, tengo que llegar a casa de Fanney, en Hveragerði, hacia la una. Me he levantado a las siete de la mañana, como de costumbre, de modo que el día se ha hecho bastante largo.

Tengo muchísimas ganas de ver a mi Fífill. Seguro que se despierta cuando llegue, porque un pastor alemán es un perro guardián y ese instinto brotó en él cuando no era más que un cachorro. Fue horrible tener que dejarlo cuando me fui al recuento de fetos. Seis semanas, nada menos.

Después de Pascuas pienso tomarme algo de tiempo para mí. Pienso hacer una excursión de dos días en trineo por Strandir. Desde siempre me ha encantado jugar con el trineo. Pero después de Navidades estaba tan harta del jaleo de Suðurorka y la hidroeléctrica de Búland que lo único que hacía con mi trineo a motor era mirarlo. Recibir cartas certificadas era lo que más me estresaba..., también una asamblea de propietarios en Kirkjubæjarklaustur, una asamblea difícil, con unas presiones enormes. Yo estaba ya tan desanimada que no era capaz ni de forzarme a jugar un poco con el trineo. Pensé incluso en la posibilidad de venderlo para reunir dinero con el que pagar la factura de la abogada.

Y, además, no aguantaba que los hombres de la hidroeléctrica me destrozaran la vida de esa forma. Aunque al final me alivió un poco encontrar una abogada que me ayudara y me diera fuerzas para el combate.

En cuanto vi el anuncio de la excursión en trineo por Strandir, me inscribí. Así que, cuando pase la Pascua, meteré el trineo en el remolque y pondré rumbo al norte. Es un viaje con guía y nos alojaremos en Djúpavík. Será fantástico viajar con otra gente. Por regla general estoy sola cuando uso el trineo, no tengo compañeros de juego. Y no es nada prudente estar demasiado tiempo sola en un trineo a motor en medio de las montañas.

Soy una amante del motor. Me da un chute de adrenalina cuando huelo el motor de dos tiempos...; el aroma de la gasolina y del gasoil me encantan, y no digamos el emocionante estruendo de un *quad* o un trineo.

HEIDA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

Mientras miraba Facebook, empecé a preguntarme si no carecería yo de alguna capacidad importante, o si todos los demás no eran un poco raros. No puedes ni moverte con toda esa masa de personas derramando a cada instante sus sentimientos y su pasión por sus medias naranjas. Ya sabéis, fotos con «hoy es el cumpleaños de mi amor», «comiendo en un restaurante con mi amor», «mi amor paseando el perro», y así hasta el infinito.

Jamás sentí necesidad alguna de confesarme de este modo hasta que un tipo fuerte y vital entró en mi vida a finales de 2011. Me siento maravillosamente bien con él y mis mejores momentos son cuando recorremos juntos las montañas; y sí, he de reconocer que he subido a la red muchas fotos suyas, y he dicho bellas cosas sobre él en mi página de Facebook. Pero se debe a que, sencillamente, es maravilloso.

Contigo y con tu fuerza yo disfruto,
me llenas de bríos y de deseo.
Tu voz adoro, y me transmuto,
oh amor mío, Polaris, mi trineo.

CAMPEONATO DE ESQUILEO

Además de todos los demás efectos secundarios, la Depo-Progevera tuvo también el de poner punto final a mi trabajo como profesional del esquila. En cierto modo, lo lamento..., aunque es un trabajo agotador, más todavía que recortar fetos, y afecta muy especialmente a los hombros y la espalda. Siempre he realizado trabajos físicos duros. De no haberlos hecho, me pasaría la vida en el gimnasio. O no iría al gimnasio y pesaría doscientos kilos.

Es fantástico competir en esquila, y ahora, en la edad madura, lo hago por afición..., lo que no hacía cuando me dedicaba a ello profesionalmente. El esquila se ha convertido en mi principal *hobby*.

Lo que más me asusta es quedarme quieta. Siempre quiero estar empezando algo nuevo. Probando algo, haciendo algo. En agricultura, cuando dejas de tener ganas de afrontar nuevas tareas, has de dejarlo inmediatamente.

He estado buscando cursos en el extranjero para aprender a esquila como Dios manda, no solo cortar la lana y que te paguen por hacerlo, que era lo que pretendía cuando era profesional. Es de lo más placentero sentir que dominas la técnica, que has adquirido las destrezas necesarias y sabes manejar las ovejas. Y ahora pienso participar, en 2017, en el Campeonato Mundial de Esquila, que se celebrará en Nueva Zelanda justo después de Año Nuevo.

En Islandia solo los hombres participan en campeonatos de esquila, y yo seré la única mujer de mi país que intervendrá en el campeonato. Naturalmente, hay muchas islandesas que conocen bien el trabajo, pero no ha sido posible convencerlas para que compitan.

En cambio, en el extranjero es habitual ver mujeres en estos concursos. Por ejemplo, la neozelandesa Emily Welch ostenta el récord mundial y es una esquiladora prodigiosa. En Nueva Zelanda hay muchas mujeres que esquilan y tienen fans. Participan conjuntamente con los hombres, aunque también hay pruebas exclusivas para ellas.

Tengo muchas ganas de ir a Nueva Zelanda..., es mi sueño desde hace veinte años. No puedo ni imaginar que haya granjeros de ovino en Islandia que no ansíen ver esa meca de las ovejas que es Nueva Zelanda.

Será un viaje de cinco semanas en total, e iré con mi colega Hafliði. Primero trabajaremos allí de esquiladores. Hay granjeros que acogen a chalados como nosotros, llegados del extranjero. Nos integraremos en un equipo de esquiladores, para aprender y entrenar. Nos proporcionan alojamiento y manutención, y hasta nos pagan una pequeña cantidad que solo se puede utilizar para los gastos de viaje.

Después vendrán Guðný Gréta, la mujer de Halfli, y su hermana Halla, y haremos un viaje turístico todos juntos... Me hacen un gran favor dejándome ir con ellos. Me han nombrado chófer del grupo, porque todos sobrevivieron conmigo en Inglaterra conduciendo por la izquierda.

Una de las cosas más memorables del campeonato de Yorkshire fue ver al neozelandés *sir* David Fagan, que es un mito del esquileo. Ya es algo mayor, pero estaba allí con su hijo, con el que competía en el mismo equipo.

Estados de Facebook

El viernes por la mañana llegó la hora esperada, todo listo y preparado para salir pitando hacia el paraíso de Strandir. El paisaje, fantástico; el tiempo, fantástico; el alojamiento en Djúpavík, fantástico; el guía, fantástico y la compañía, fantástica. Un fin de semana magnífico, indescriptiblemente magnífico.

Gracias, mi querido Pálmir Atli, por ocuparte de todo en casa, incluso de los ratones...

No es ninguna broma dejar la granja durante seis semanas, como tengo que hacer durante la temporada de ecografías de fetos. Marcharse es una gran responsabilidad. No estar presente para mantenerlo todo en orden y atender al rebaño. También es una gran responsabilidad dejar sola a mamá. Sé que tiene miedo cuando hace un tiempo especialmente malo, y lamento mucho no estar con ella. Claro que su hermana Þóra viene con frecuencia. Y esta vez estuvo todo el tiempo, porque la pierna de mamá aún no está curada del todo.

Después de seis semanas recorriendo el país para hacer diagnósticos de gestación, en casa todo está por acabar. Entonces me lanzo de cabeza a recortar pezuñas... No se puede dejar para luego, a estas ovejas tan bien alimentadas les crecen las pezuñas más de lo debido. Utilizo para ello un espacio preparado a propósito. Es mucho más fácil que darle la vuelta a cada oveja. Pero este es uno de los trabajos que resulta imposible hacer solo, por mucha fuerza física y mucha práctica que tengas. Fanney y Siggeir me echan una mano. Representa dos días y medio de trabajo poner a todo el rebaño patas arriba dentro de una jaula.

Cuando termino de cortar uñas, me toca rapar las ovejas, lo que lleva como dos días y medio más. Y luego llega el bajón, que es espantoso. Pienso que no podré sobrevivir al cansancio. Me siento enferma. Me dejo caer en mi sillón reclinable y duermo todo el rato. Apenas consigo dar de comer a las ovejas. Y mejor que nadie me dirija la palabra.

El desfallecimiento dura varios días. Luego empiezo a recuperarme y vuelvo a estar como antes. El cansancio no es solo físico, sino también psíquico. A veces es como si me hubiera pasado por encima un camión de cinco ejes.

Había preparado a mi colega Logi para el bajón... le dije que se sentiría espantosamente mal. Y así fue. Cuando al fin todo pasó, me dijo: «Ahora comprendo lo que decías. Estaba destrozado».

Cuando me pongo a preparar la paridera, me empiezo a sentir contenta. Abril es un mes que pasa muy deprisa. A mediados empiezo a reparar los cercados. Hay que terminarlos antes de la paridera, que empieza a finales de abril o primeros de mayo y está a plena marcha hacia el 10 de

mayo. Tengo unos cercados muy largos y el invierno los estropea bastante, porque el peso de la nieve puede llegar a ser enorme.

En la primavera de 2014 empezó a venir Þór Saari como voluntario para trabajar en las cercas. Otros más habían hablado de echarme una mano, porque yo necesitaba tiempo para la batalla contra Suðurorka y para la política municipal. Porque, a fin de cuentas, no se trataba de un asunto mío privado, sino que había que verlo como mi contribución a una labor cívica. Pero, al final, Þór Saari fue el único voluntario que se dignó venir a mi granja, y no insistí en que los otros hicieran honor a las promesas de ayuda. Pero Þór estaba decidido a mantener su palabra, me llamaba constantemente para preguntar si había algún trabajo que él pudiera hacer. Ahora se ha convertido en un reparador permanente de cercados. Es un trabajador espléndido e increíblemente simpático, se implica al máximo en lo que hace... de modo que está exhausto cuando hace una pausa y viene a casa para relajarse con un vaso de leche y unas galletas.

* * *

La excursión en trineo fue una maravilla... no me sentí nada mal siendo la única mujer del grupo. Es estupendo, además de muy seguro, formar parte de un grupo de experimentados conductores de trineo motorizado y expertos guías, y me sentí perfectamente entre ellos. Aprendí un montón y le saqué mucho más provecho al trineo que todas las veces que me dediqué a dar vueltas alrededor de la casa. Eran unos hombres alegres y animados que se lo pasaban de miedo contando historias, hablando de trineos y acampadas. Ni una palabra sobre contratos de productos agrícolas, centrales o política en todo el fin de semana. Me encanta no tener que hablar demasiado, y no me sentía obligada a participar en las conversaciones. No necesitaba demostrar nada, como me sucede en ocasiones. Es fantástico no tener necesidad de ser el centro de nada. Así te das cuenta de muchísimas cosas que, de otro modo, te habrían pasado desapercibidas.

Primavera



HEIDA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

La gente me tiene lástima por mi soltería, pero muchas veces yo siento lástima de la gente por su estado matrimonial. En otoño, hace varios años, algunos hombres de la comarca tuvieron una discusión furibunda durante la recogida del ganado. Yo no estuve presente en la trifulca porque estaba recogiendo ovejas en otro sitio, pero pude ver cómo salían como flechas, frenéticos, por la vieja plataforma en la que se ponían las cántaras de leche, que es donde se había producido la bronca al final de la jornada; los *quads* y los coches se desperdigaban en todas direcciones violando todas las normas de tráfico, los perros huían despavoridos para salvar la vida, el polvo no tenía trazas de posarse definitivamente en el suelo y el humo negro se alzaba hasta el cielo. De modo que me puse a pensar, mientras volvía despacito a casa en mi vieja Lux, con el *quad* en la plataforma, lo divertido que iba a ser para las esposas cuando sus pendencieros maridos llegaran a casa y les explicaran cómo habían pasado el día...

Salpican babas sobre sus corceles,
sedientos de sangre, saltan y corren.
Yo doy gracias a Dios, y que las mieles
de mi celibato esas bestias no borren.

CICLOS

Cuando se acerca la primavera, las ovejas se vuelven inaguantables. Se ponen de mal humor por estar en los oviles y les entra un nerviosismo tremendo. La situación empieza a mejorar en la segunda mitad de mayo, cuando las dejas salir de los oviles, por fases, para las parideras.

El trabajo del granjero es un ciclo interminable. Y variado, al mismo tiempo. Es un gusto reencontrarse con las ovejas otra vez en otoño y, sobre todo, volver a ver a algunas viejas amigas, como por ejemplo *Svakapaska* (Superlista) y las hermanas *Stika* (Zancada) y *Systa* (Hermanita). Es un gusto tan grande como librarse de ellas haciéndolas salir de los establos hacia los prados para las parideras y, finalmente, por turnos, perderlas de vista cuando están pastando en las brañas de los páramos.

El trabajo del granjero es también un preparativo interminable. Todo el verano es, en realidad, una preparación para el invierno. Es preciso hacer acopio de heno y reparar los oviles, realizando en ellos los trabajos de mantenimiento necesarios para que aguanten tormentas y ventiscas lo mejor posible. No hago yo sola las labores de mantenimiento, Siggeir es mi brazo derecho, como en tantas otras cosas. Y se encarga, junto conmigo, de la restauración de las paredes de los edificios de turba.

Entre los preparativos para el invierno se incluye también guardar las máquinas y las herramientas bajo techado, guardar los materiales..., las maderas, los postes para las cercas. Hay que cerrar bien con llave y candado. Cierro el viejo ovil con tablones clavados, confiando en que Dios derramará sus bendiciones sobre él. Después de las tormentas invernales echo un vistazo entre las grietas de los tablones para comprobar si todo sigue en su sitio.

El tiempo pasa tan rápido que no he dado más que una vuelta alrededor del árbol de Navidad cuando ya llega la primavera. En primavera y principios de verano hay que sacarlo todo: ovejas, gallinas, aperos para el trabajo del heno, el macho cabrío. Y luego los casaleros, que es como llamamos en Skaftafell a los corderos criados en casa con biberón.

Estoy entusiasmada con la perspectiva de la paridera durante todo el mes de abril, y es estupendo cuando nace el primer cordero. Claro que, cuando nace el último, estás ya más que harta.

Es divertido empezar las labores del heno, y te alegras cuando terminan. Es una auténtica felicidad, cuando todo va bien. Sea cual sea la labor. Y me encanta tener muchas cosas que hacer. En esos momentos me siento bien.

TRABAJOS PARA UNA PERSONA SOLA

Una vez, cuando estaba de viaje con Ella de Úthlíð para hacer recuento de fetos, oímos decir a un granjero mayor y con mucha experiencia que había ciertos trabajos que era imposible realizar solo. Y que un buen ejemplo de ello era recortar los cuernos de un carnero. Ella y yo callamos amablemente, porque ambas hemos tenido que hacer muchas veces esa labor sin ayuda de nadie.

Ciertamente, el esfuerzo era tan grande que muchas veces sudaba de tal manera que al final no había forma humana de secarme. Pero solo hay que recortarles los cuernos a los carneros cuando les crecen tanto que les apuntan hacia la cara... y acaban por metérseles dentro de la cabeza si no se hace algo para evitarlo. En el peor de los casos, serrarles los cuernos puede resultar doloroso para el animal. Hoy día, solo está permitido recortar los cuernos si se cuenta con asistencia de un veterinario y el carnero está anestesiado. Por suerte, no es un problema demasiado frecuente.

En general, he aprendido a confiar fundamentalmente en mí misma para la mayoría de los trabajos. No estoy en situación de poder llamar siempre a alguien, e intento no insistir pidiendo favores. Simplemente, aprendes a enfrentarte a la situación y a buscar la forma en que puedas hacer tú sola la tarea..., cosas que a veces no está nada claro que sean trabajos para una persona sola.

El *quad* me permite reunir y conducir las ovejas yo sola en una gran extensión, lo que no resultaría factible ni a pie ni a caballo a menos que contara con más gente. Las ovejas han aprendido a obedecer al *quad*: cuando lo oyen saben que han perdido... y se ponen en marcha.

En cambio, se me ríen en la cara y se ponen de lo más arrogantes si intento meterlas en el redil a pie... Se dedican a dar vueltas corriendo a mi alrededor. Incluso cuando somos más gente, no siempre lo conseguimos... Pero en cuanto oyen el motor, ponen cara de enfado y se van corriendo a su sitio.

QUINIENTAS OVEJAS Y UN MACHO CABRÍO

Mi macho cabrío, *Leiknir* (Habilidoso), es un regalo de Navidad de cinco amigas mías. Es enorme y tiene grandes cuernos. Además, se mueve mucho y quiere todo el espacio para él solo. Por lo demás, las cabras comen poco y beben menos, de modo que son un ganado muy económico.

Leiknir acata las órdenes y se tira al suelo si le regaña. Aún me falta por ver un carnero que se comporte igual. El temperamento de las cabras no es como el de las ovejas. Se parece más al de los perros. Las cabras no son obstinadas. Las ovejas son tan cabezotas que hacen todo lo contrario de lo que tienen que hacer. Excepto las ovejas guía pura sangre, que son muy distintas: permanecen en total silencio mientras las esquilas, se dejan hacer y esperan pacientemente a que acabes.

Cuando tienes en brazos a un cabrito, se queda tranquilito como un bebé, mientras que los corderos no se están nunca quietos. Los cabritos son de los animales más preciosos que puedo imaginar.

Leiknir va con las ovejas a la montaña y luego lo recogemos con ellas en otoño. Mi vecino Jói estaba trabajando en el cercado de sus prados el verano pasado, cuando vio un macho cabrío gigantesco encima de las rocas y pensó que se había vuelto loco.

De mis quinientas ovejas, deben de tener nombre propio unas cien. Se llaman, por ejemplo, *Svakaspaka* (Superlista), *Sirena* (Sirena), *Sálfræði* (Psicología), *Áskorun* (Bravata), *Áráttá* (Manía). *Sjónskerta Mora* (Chiquitirrina miope) es mi favorita, porque es lista y divertida.

Están también las hermanas *Æra* (Fama) y *Væra* (Caspa), *Gulrót* (Zanahoria) y *Rófa* (Naba). Y las hermanitas *Laukur* (Cebolla) y *Paprika* (Pimienta). Adda tenía una oveja llamada *Sperrirófa* (Rufa). Estuvo buscando el nombre en el diccionario. Añoramos mucho a esa ovejita.

* * *

No puedo contradecir la extendida creencia de que la explotación ganadera es un trabajo duro, sin pausa y con un rendimiento económico reducido. Pero no se puede juzgar todo con tanta simpleza. Hay muchas más cosas implicadas. Vivo en un caserón con un jardín enorme; un jardín de más de seis mil hectáreas. Mamá y yo tenemos todo ese espacio para las dos. ¿Cuántas personas vivirían en India en seis mil hectáreas?

En Reikiavik, alquilar una habitación con derecho a cocina cuesta noventa mil coronas.^[5] La gente no tiene las cosas más fáciles allí. Las penalidades en el mercado del alquiler de viviendas

son considerables; echan a la gente de sus casas, y no pueden adquirir una de propiedad porque no reúnen las condiciones exigidas para una hipoteca. ¡Y tienen que gastar aún más en un alquiler!

Ser granjero comporta una serie de privilegios. Si eres una persona como yo, loca por los trineos y enamorada de los *quads*, no hacen falta remolques ni nada por el estilo para llevarte los vehículos al monte y divertirte. Puedes ponerlos en marcha y salir desde casa. También es un privilegio comer alimentos sanos y sabrosos, y de origen conocido. Y eres total y absolutamente independiente. Eso no tiene precio.

Naturalmente, hay que ser previsor y saber afrontar lo que se te pueda venir encima a causa del clima y las fuerzas de la naturaleza. Algunos años, la gestión es más difícil por el exceso de heladas y lluvias, la cosecha de heno es mala, hay problemas con los corderos... El año pasado tuve que estar dando forraje a las ovejas hasta bien entrado el verano. Dar heno es mucho trabajo y resulta caro. Nunca puedes hacer cálculos precisos en la gestión.

[5] Más de 700 €.

LA GRANJA LUMINOSA

Stefán Hannesson, profesor y escritor, vivió en Ljótarstaðir hasta los doce años. Escribió un poema titulado *Ljótarstaðir* que es testimonio vivo de la cadena de acontecimientos de la existencia; una cadena de acontecimientos de la que yo también soy consciente y que me parece demasiado valiosa como para dejar que se pierda. Oveja tras oveja. Ser humano tras ser humano. El poema comienza dirigiéndose a la granja, así:

Ljótarstaðir, tiempo atrás
jugué en tus verdes herbazales,
rosados, frescos, mucho más.
Son mis recuerdos tan especiales
y esos años felices son razones
(el cielo, el sol, la primavera)
de esa tierra y sus rincones,
feliz memoria de donde viviera.

Hóll, Bali, Enni y Austurtún,
Ytrarof y Moldir, Stakkatún.
Sýrdalshraun, ay, qué belleza
aunque en Fjalldalsbrún nieve con rudeza.
El trabajo no cesaba ni un instante,
fuera fiesta o domingo, era constante
en verano, invierno y primavera,
y el otoño no más tranquilo era;
mas del trabajo el placer era radiante.

Cuando Stefán compuso su poema, la granja estaba abandonada, y así siguió durante varios años hasta que mis abuelos se vinieron a vivir aquí con papá y sus hermanos y hermanas en 1952.

Uno de los versos dice:

Ahora está inerte mi granja luminosa

Precisamente aquí encontramos el significado que quiero asignar al nombre de la granja: *Ljótarstaðir...*, *la granja luminosa*.

CONOCER A LAS PERSONAS

No sé si soy buena conocedora de las personas. En todo caso, he cometido tremendas meteduras de pata y he salido chamuscada. Y es que, cuando me gusta alguien, me gusta todo lo suyo, todo lo que haga y deshaga. Pero si alguien se pasa de la raya, entonces va de cabeza a la basura y de ahí no sale.

En ocasiones, me agrada una persona y querría conocerla mejor, pero no me dan pie para ello... No soy nada lanzada y tampoco se me da muy bien conservar una relación. La gente renuncia si no vuelves a intentarlo y, al final, dejan de acudir a ti. Naturalmente, eso fastidia, porque aquí el círculo de amistades no es muy grande, no tienes todas las amigas que habrías querido tener... para charlar, hacer planes y divertirse cuando se puede. ¡Sea cuando sea!

Y, bueno, hay algunas personas que no me caen nada bien..., aunque por lo general intento aceptar a la gente tal como es. Pero me aburro enseguida si me encuentro con alguien demasiado cuadrado y prejuicioso. Me fastidian los prejuicios de todo tipo, sobre color, raza, tendencia sexual, país de origen. Me fastidia la violencia contra personas y animales. Me fastidian los juicios sobre los demás y las murmuraciones. Y los que hablan mal de todo y de todos; esos seguro que no dirán de mí nada bueno.

Percibo claramente que existe un abismo entre Reikiavik y el campo. A veces oigo decir cosas como que los de Reikiavik son tontos porque ni siquiera saben conducir con nieve. Pero puede que los de Reikiavik sepan cosas que los del campo desconocemos.

DISIPACIÓN/ DERROCHE MENTAL

Seguro, es lo más normal,
aunque andemos con tontadas,
conocerse, no caer mal,
y al catre a hacerse monadas.

No tengo ni la menor idea de lo que piensan de mí los hombres, ni si se enamoran de mí. No me ando con especulaciones, ni siquiera me doy cuenta, a menos que me lo digan directamente. Pero no soy de las que se sientan a llorar en el pañuelo o el delantal por falta de pretendientes. A lo largo de los años he recibido mensajes de lo más variopinto. Hombres que se ofrecen a sí mismos, a sus hijos... Hay padres borrachos que a veces me llaman: «¿Necesitas un jornalero?», «Puedo levantar pacas de heno», «Sé arreglar tractores». A veces llegan cartas por correo con joyas y toda clase de cachivaches. Pero lo mejor fue cuando mi primo me envió a uno que quería proponerme matrimonio...: buen conocedor de su prima, no le dijo al buen hombre que me regalara flores ni bombones, sino un martillo y unos cables de arranque. Pero yo ni me enteré hasta mucho después de cuál era el verdadero objetivo de su visita... Le di las gracias por los regalos y fui a por mi anciano padre para pedirle que charlara un rato con el visitante... Y me largué.

Bueno, sí, claro, me doy cuenta de que los hombres tienen complejo de inferioridad delante de mí y dicen cosas como: «Eres muy independiente». También he oído comentarios por el estilo en labios de personas que lo que persiguen es darme un buen consejo...: que tengo que ceder, que tengo que poner ojitos de tímida cervatilla... y que no tengo que ser tan independiente..., porque, si no, los hombres se sienten en inferioridad y así no conseguiré nunca marido. Y ese precisamente es el único propósito de la vida...

Aparte de la cuestión de la independencia, soy bastante alta y la tradición manda que el hombre tiene que ser más alto que la mujer. ¡Pero qué difícil es todo en este mundo!

Si los hombres se sienten cohibidos delante de mí, es su problema..., a mí no podría importarme menos. A lo mejor es que tengo piel de teflón y todo me resbala.

Una vez oí una definición de romanticismo que se me quedó grabada. Fue en los Fiordos Orientales. El asunto se resume en dos palabras: «derroche mental».

Muchas veces digo en broma que soy tan romántica como un bloque de bacalao ultracongelado.

Las cuestiones amorosas carecen de prioridad en mi caso, y soy muy cauta con los compromisos. Cuando estaba en la escuela Fjölbraut de Selfoss me di cuenta de que casi todas las demás chicas

hablaban mucho más que yo de casarse y ser madres. Para mí eran prioritarias otras cosas, como en qué quería trabajar, dónde pensaba vivir, adónde pensaba viajar.

Al mismo tiempo, me encanta saber lo estupenda que puede ser una vida en familia, como es el caso de mi amiga Linda. Existe un claro nexo con la realidad, y me resulta maravilloso ver lo admirable que es esa familia y lo cautivadores que son sus hijos. Estoy convencida de que puede existir una buena vida familiar tradicional... y soy plenamente consciente de que es posible organizarse la vida de forma distinta a como lo hago yo y tener resultados positivos.

Pero recuerdo las cavilaciones que me hacía de pequeña... ¿Por qué tenía que ser tan aburrida la vida de adulto? Me resultaba muy extraño que la vida tuviera que seguir unas vías totalmente prefijadas. Quizá es que la forma de pensar en nuestra granja establecía que, una vez que habías crecido, no había que andar por ahí haciendo el tonto.

Y nunca entendí, cuando era pequeña, todo lo que se decía de que podría llevar una granja cuando me casara. ¿Por qué tenía que casarme? ¿Por qué necesitaba un marido para llevar una granja? Y también se daba por sentado que tendría hijos. No conseguía entenderlo.

Pero cuando trato con niños no tengo ningún problema. Enseguida les caigo bien. Los niños a los que daba clase en Kirkjubæjarklaustur, de deportes y como tutora, eran divertidísimos y me encantaba pasar tiempo con ellos. Eran tan buenos conmigo que siempre andaba con dos o tres mocosos pegados a mí por los pasillos y en el patio de recreo.

Yo era más joven que los demás maestros y jugaba con los niños. Los mayores formaban a veces en fila en el pasillo para bloquearlo... y yo tenía que abrirme paso entre ellos. Pero no era falta de disciplina, obedecían perfectamente cuando tenían que hacerlo.

19 DE ABRIL

Esta mañana tuve la sensación de que era inminente alguna desgracia. Y temí que alguna oveja estuviera enfermando. Pero era que el presidente Ólafur Ragnar Grímsson había anunciado que se presentaría a la reelección. Es que la gente no sabe retirarse. Como esos viejos campesinos que se pegan a sus tierras y es de todo punto imposible reemplazarles.

LIÓTARSTAÐIR, EN MAYO. LA PARIDERA

Naturalmente, los partos de las ovejas son a veces como una película de terror de serie B. Pero, por lo general, la paridera es una época bella y fascinante. Es un momento en que trabajas de comadrona y de tocólogo. Y tienes que actuar con toda la delicadeza posible en una situación muy estresante. Pero, a veces, ya digo que se convierte en algo bastante repulsivo.

Cuando un cordero no consigue nacer, algunos granjeros recurren a pegarle un tiro a la oveja. Soy incapaz de imaginarme haciendo algo así. Yo llamo al veterinario para que le haga una cesárea, que es carísima. Pero al final, si el cordero sale vivo y la oveja continúa pariendo corderos sanos, sale a cuenta.

El año pasado, el veterinario Lars Hansen hizo dos cesáreas en mi granja. Para ello preparamos una mesa de operaciones y anestesiamos a la oveja. La zona donde se hace la incisión se desinfecta y se afeita, y después se abre el útero. Yo estoy presente..., esa operación no me pone nerviosa.

Las ovejas son perfectas. El útero se retrae en un cerrar y abrir de ojos. Es increíble la velocidad con la que lo hacen. Entonces hay que coser muy deprisa, porque el útero se contrae inmediatamente... Hay que coser el útero y dos capas de vientre. Los puntos de sutura desaparecen por sí solos, aunque al principio sobresalen como las puntadas que se hacen para cerrar las morcillas de hígado. Cuando las esquilas en otoño, no se notan ya irregularidades ni quedan cicatrices de la operación.

Después de la intervención les administramos analgésicos, y penicilina para evitar posibles infecciones. Luego despiertan y se ponen a dar de mamar a sus corderos y a cuidarlos. Nunca he tenido ningún problema con una oveja después de una cesárea.

La paridera dura una eternidad. Yo reparto la actividad organizadamente, pero en muchas granjas meten todos los carneros en el rebaño al mismo tiempo. La parición la planifico desde el 27 de abril hasta finales de mayo, con su apogeo entre el 10 y el 17 de mayo. Mi hermana Fanney me acompaña en la paridera parte del tiempo y hace guardias de noche. Su hija María Ösp viene desde que era pequeña, de modo que ya es muy mañosa. Esta primavera estará aquí todo el tiempo. Antes, mi tía Birna se tomaba días libres para venir diez días en el apogeo de la paridera.

La primavera de 2015 fue muy difícil, hizo frío y estuvo nevando todo el mes de mayo. Muchas de las ovejas estuvieron en el ovil hasta junio y a todas había que darles forraje, lo que implica un trabajo enorme. Por motivos de salud, no pueden estar en un sitio húmedo, porque corren el riesgo de contraer metritis y otras enfermedades. En los oviles tiene que haber paja seca y limpia durante

la paridera. Esa primavera hicieron falta catorce pacas de paja. La paja es cara..., así que resulta costosísimo. Fue una época realmente dura, pero se compensó porque el verano fue muy bueno. Con el tema del clima hay que saber aceptar las cosas como vienen. No habrá que esperar mucho para que llegue otra primavera igual de mala. Pero olvidamos demasiado deprisa.

El parto de las ovejas se ha hecho más difícil en nuestros días de lo que era antes, porque los corderos son muy grandes. Y las ovejas no tienen la misma forma física que antaño... ahora se pasan todo el invierno metidas en el ovil, gruñendo y atiborrándose de comida. Es relativamente corriente que los corderos nazcan del revés, o con varios miembros entrelazados, y en muchas ocasiones es preciso ayudar a muchas ovejas en el parto.

Utilizo mucho el fórceps. No es un instrumento demasiado complicado, es solo un tubo con unos alambres plastificados que forman un lazo. Todos los días ayudo a un buen número de ovejas con el fórceps. A veces es porque los corderos tienen cuernos demasiado grandes, sobre todo los machos. Entonces los atrapas con el lazo del fórceps y abrevias el parto, lo que beneficia a la oveja y al cordero. Siempre prefiero ayudarlas en vez de dejarlas mucho rato haciendo esfuerzos.

Pero esto tiene algo de arte. No puedes ir demasiado rápido, solo puedes empezar a ayudar cuando las ovejas ya están listas y se han dilatado. Tienes que darles tiempo..., es algo que se aprende.

Cuando las ovejas empiezan el parto, lo primero que debes hacer es comprobar si el cordero está en la posición correcta. Si no lo está, es entonces cuando tienes que intervenir.

Mientras ayudo a las ovejas, siempre les hablo, les digo que estén tranquilas, que todo irá bien. Eso las tranquiliza a ellas y también a mí. María ha estado haciéndolo conmigo. Por lo demás, creo que es habitual que los granjeros hablen mucho con sus animales.

Hay que intentar por todos los medios que las ovejas estén relajadas, muy especialmente durante la paridera. Si se estresan empiezan a hacerse daño unas a otras, o a los corderos de las demás, o incluso es posible que rechacen a sus propios hijos.

* * *

En marzo de este año puse un anuncio en Facebook para contratar una ayudanta:

Necesito con urgencia una trabajadora para la paridera de ovejas, para todo mayo o la primera mitad del mes. Se encargaría de labores diversas con los corderos por las tardes, así como de guardias nocturnas hasta el canto del gallo, es decir, hasta las 4 de la madrugada, aproximadamente. Deseable experiencia en labores agrícolas y en parideras; imprescindible buen trato con los animales, dotes de organización y limpieza. Absolutamente necesarios aguante, entusiasmo y alegría.

Vendrá Sandra, que ha estudiado Agronomía y ha participado en parideras, y pasará un mes en nuestra granja con María y conmigo.

Los resultados económicos de un granjero de ovino dependen de la paridera. Hay que tener heno en cantidad y calidad suficiente. Hay que organizar las cosas para que ovejas y corderos

arranquen bien, porque así estarán preciosos en otoño. Todo depende de la paridera.

Una granja es más compleja que una empresa corriente, pues tus ingresos dependen del bienestar de animales vivos. Resulta insoportable pensar que los animales puedan acabar falleciendo en una tormenta o en un incendio, o por algún accidente.

En abril, una oveja se quedó patas arriba en el suelo del ovil. No aguantan en esa posición más que un rato muy breve. Suelen asfixiarse, porque el vientre se hunde y empuja los órganos hacia la caja torácica. Esta oveja sobrevivió, pero no podía ponerse de pie, lo que indicaba que había sufrido algún daño serio, pues las demás ovejas la habían pisoteado. No hubo más remedio que recurrir a la escopeta. Las ovejas no pueden pasar mucho rato tumbadas porque se ulceran. Y entonces no pueden vivir mucho tiempo, pero te empeñas en salvarlas y te gastas el dinero en penicilina, que es carísima, aunque sabes perfectamente lo que va a pasar. Casi nunca se puede sacar adelante una oveja que haya estado tumbada tres días. Sin embargo, sigues intentándolo.

* * *

Las últimas semanas antes de la paridera es necesario almacenar mucho forraje en los oviles. Los fetos tienen hasta este momento el tamaño de una judía, pero en las últimas semanas crecen un montón. Si las ovejas no comen suficiente en este periodo, se consumen enseguida. Las que más necesitan comer son las que esperan tres corderos; las apartamos de las demás. En esta época gastamos unas tres balas de heno al día. Durante la paridera, aún más. Les doy de comer dos veces diarias. Cada bala pesa en torno a los 600 kilos, las manejo con el tractor y el elevador de palets. Fífill ya es un asiduo de los oviles. Es especialmente amigo de Svakaspaka. Le mordisquea los cuernos y se mete su hocico en la boca. Resulta un poco tétrico de ver, pero son muy amigos.

Nunca he tenido tanta ayuda en mi granja durante la paridera. Somos tres... nunca he dispuesto de una cobertura semejante. Pero necesitaba gente extra, pues mamá no puede seguir yendo a los oviles a causa de la pierna enferma. Durante mis primeros años en la granja, mamá hacía guardias de noche. Estos últimos años estaba allí mucho más durante el día y se encargaba de dar el biberón a los corderos, entre otras cosas. Eso puede llevar muchísimo tiempo.

María, Sandra y yo trabajamos por turnos. María y yo nos levantamos a las cuatro de la madrugada y trabajamos hasta las ocho de la tarde, más o menos. Yo intento no trabajar después de esa hora, y me meto en la cama lo antes posible. Es un lujo poder dormir seis horas seguidas sin interrupción.

Sandra empieza a la hora del café, o sea, hacia las tres o las cuatro de la tarde, y vuelve a las cuatro de la madrugada. Se maneja muy bien con los partos y no necesita despertarme. Llegó a la granja en avión, porque su padre es piloto. Aterrizaron aquí al lado, en el prado, nada menos.

Mi hermana Stella vino para cinco días cuando el ajeteo era mayor. Mi hermana Fanney también apareció por aquí. La paridera es una época en la que me resulta imposible salir de la

granja, a menos que tenga a Fanny para sustituirme y dirigir las actividades. Lo ha hecho las dos veces en que tuve que ausentarme de la granja en plena paridera, durante un día entero, para ir a Reikiavik a hablar en asambleas. No me fiaría de nadie más para hacerse cargo de ello. Quienes conozcan la paridera, lo entenderán perfectamente. Hay un montón de cosas que pueden torcerse en un solo día, financiera o emocionalmente. Y yo jamás me iría a ningún sitio sin saber que todo iba a ir bien.

* * *

Mis ovejas son un tanto agresivas, sobre todo con los desconocidos. Sandra lo vivió en sus propias carnes y va por ahí llena de moretones. Se portan mucho mejor con María y conmigo, porque están acostumbradas a nosotras. Llegué a preocuparme de verdad por la ayudanta que estuvo aquí el año pasado, que era pequeñita y frágil. Pero no pasó nada serio.

Tengo el ganado en cuatro oviles, así como en el prado más cercano. También ahí debemos llevar forraje. De vez en cuando dejamos unas balas de heno y vigilamos al ganado que vive al aire libre.

De vez en cuando, durante la paridera, muere una oveja sin que sepamos el motivo. Ayer me encontré a *Pálina* (Paulina) muerta en el prado. No sé qué le causó la muerte. Los corderos estaban a su lado, balando entristecidos. Sabían lo que le había pasado y daban vueltas a su alrededor cuando la enterré.

Lo hice enseguida. No necesité la pala del tractor, porque había muerto en una grieta. De modo que solo tuve que cubrirla de tierra con una pala. Me siento fatal con un cadáver cerca y siempre me doy toda la prisa posible por enterrarlos.

Pálina era blanca, pero con la cabeza, las patas y el vientre negros, y la echo mucho de menos. Siempre tenía unos corderos preciosos, que eran de su mismo color. Pero estas crías no irán demasiado bien durante el verano, porque han perdido a su madre y ya son demasiado mayores para empezar a alimentarlas con biberón. Ahora solo me queda esperar que sigan juntas y no se desperdigen por los prados de la granja.

* * *

La paridera consiste también en estar constantemente trasladando ovejas de un lugar a otro. Hay que tener cuidado de que haya sitio suficiente para los recién nacidos y para las madres con añales. En total son unas mil cuatrocientas cabezas, de modo que hay que organizar las cosas al detalle.

Las metemos en comederos, a razón de dos en cada uno, con sus corderos correspondientes, y ahí pasan cuatro o cinco días después del parto. Una de las tareas consiste en marcar a los corderos cuando salen del comedero... Los numeramos en las primeras veinticuatro horas. Ahora es Sandra la encargada. Cuando va a los oviles después del café de las cuatro, se pone

inmediatamente a numerar a todos los nacidos en las últimas veinticuatro horas, y a marcar a cada uno de los corderos, para que sea más fácil ubicarlos si se escapan de los comederos.

La clave es saber exactamente dónde está el rebaño, dónde se encuentra cada oveja y cada cordero en todo momento. Cuando los corderos tienen unos cuatro o cinco días de vida, llevo las ovejas a un espacio más grande, por regla general con acceso a una salida. Antes de dejar este lugar, todas reciben un tratamiento con vermífugos, y solo entonces las llevo al prado cercano. De allí van a un cercado más grande y, finalmente, al páramo.

Durante la paridera se producen rotaciones constantes. Siempre hay que estar atentos al espacio...; por ejemplo, tiene que haber un sitio para la tarde y para la noche donde puedan estar bien los corderos recién nacidos y sus madres hasta la mañana siguiente. Cuando llevamos a las recién paridas a los comederos donde pasarán con sus crías los primeros días tras el parto, ponemos primero al cordero y después a la madre. Hay que tener cuidado de que la madre no pierda nunca de vista a su cría.

Cuando todos los oviles están casi llenos, hay que sacar al prado a los corderos más mayores. Y en el espacio que queda vacío se meten otros. Cuando todas las ovejas han parido, acaban todas apiñadas y es necesario liberar espacios.

Una de las tareas que es prácticamente imposible que haga una persona sola es distribuir el ganado en los corrales antes de llevarlo al prado en vagonetas. Es un follón enorme, y con cada madre tienen que ir los corderos correctos. Yo coloco ocho ovejas a la vez en el remolque, con sus corderos correspondientes. Cuando los dejo en el prado espero un rato para cerciorarme de que todo esté como Dios manda.

Todo el ganado debe tomar sus vermífugos antes de salir al prado. Para entonces, los corderos pesan ya entre cinco y diez kilos, según la edad. Tengo que cogerlos en brazos y meterles la medicina en la boca... Nunca se me ha ocurrido calcular cuántos kilos levanto en una hora... ¿Será como levantar pesas en un gimnasio?

En la temporada alta es fundamental establecer prioridades. En caso de que se presente una tarea extra, hay que decidir cuál puede esperar.

El cuidado de los corderos representa un trabajo enorme. Es necesario hacerse cargo de los recién nacidos antes de que empiecen a mamar. Hay que limpiar los pezones y meterles un chorrillo de calostro en la boca a los corderos, pues es imprescindible para la formación de anticuerpos. Luego hay que hacerles beber leche fermentada para el desarrollo de la flora bacteriana. Cuando, en las fases finales de la paridera, aumentan la humedad y la temperatura en los oviles, aparece la colibacilosis, y entonces es necesario administrar antidiarreicos inmediatamente después del nacimiento. La colibacilosis es una enfermedad debida al *escherichia coli*, y se usan los mismos medicamentos que para cualquier diarrea de ese origen.

Hacemos todas las anotaciones en una pizarra blanca: corderos a los que hay que alimentar con biberón, ovejas a las que hay que poner inyecciones... Los comederos están numerados para poder encontrar fácilmente un cordero determinado. Lo anotamos todo porque es increíblemente fácil olvidar las cosas, y hay que estar pendientes de muchos detalles a la vez. Cuando Sandra va

a empezar su turno, le dejamos escrito lo necesario en la pizarra, y ella anota sus observaciones antes de que vayamos María y yo, a las cuatro de la madrugada.

En la ganadería siempre es necesario estar presente, pero durante la paridera resulta absolutamente esencial. Hay que mirar bien cada grupito de animales, escuchar para notar si se oyen ruidos raros en un rincón, como cuando una oveja se acuesta encima de un cordero. Y hay que estar atento por si alguna madre no le deja a sus corderos seguir chupando.

Y, bueno, si un cordero consigue largarse por ahí solo y dejar a su madre un rato, puede haber problemas. Ella, después, puede incluso fingir que no lo reconoce. Eso me pone los nervios de punta.

Ya he dicho que las ovejas pueden ser un tanto agresivas, y en estos momentos solemos tener muchos más casos de agresividad de lo normal, sobre todo porque las que han parido gemelos a veces no quieren a uno de ellos. Entonces tenemos que ayudarles para revertir la situación. Pero esa conducta me fastidia muchísimo.

Es culpa nuestra si no conseguimos que vuelvan a acostumbrarse, si no nos damos cuenta suficientemente pronto de que está pasando algo inconveniente. Puede resultar muy difícil ahijar al cordero número dos con una oveja que haya parido una sola cría, en especial si se trata de ovejas ya adultas. A veces saben exactamente que han parido un único cordero.

Ahora tenemos once corderos que alimentamos en casa con biberón. Nunca han sido tantos. Hay que darles biberón cada cuatro horas. Y hay diez más a los que ha habido que darles leche extra porque no consiguen mamar suficiente de sus madres.

Les damos forraje por las tardes y por las mañanas. Lleva un montón de tiempo porque el ganado está en cuatro sitios diferentes, dos de los cuales no se encuentran en las inmediaciones de la granja. Además, hay que llevar heno al prado. La paridera es agotadora para las ovejas. Mientras dan de mamar tienen que comer heno de primera calidad y hierba segada mientras aún está creciendo. El esfuerzo es enorme para las que tienen dos corderos. Por mucho que les demos de comer, acaban consumiendo sus propias reservas.

Cuando cumplen dos semanas de edad, y preferiblemente antes, los corderos tienen que ser capaces de mordisquear hierba o de comer heno, así como de conseguir agua por sus propios medios, para que sepan hacerlo cuando llegue el otoño. Si no, dependen demasiado de las ovejas. Antes no se tenía al ganado tanto tiempo en los oviles, por eso los corderos no aprendían a comer heno en primavera. Y podía ser complicado enseñarles en otoño.

Una vez al día hay que poner paja en el suelo de los comederos. La paja es esencial en la paridera para mantener seco el ganado. La paja es lo que queda después de la siega del cereal: los tallos y las hojas. Está muerta por completo, no tiene nada vivo. La paja se guarda todo el invierno, se junta en hatos en abril y queda totalmente seca, es estupenda. Esta vez he comprado la paja a mi sobrina Arndís, de Meðalland.

Una de las tareas diarias es llevar agua dos veces al día, a dos sitios distintos, en garrafas de treinta litros que cargamos en el *quad*.

Hay que tener mucho cuidado a la hora de elegir las ovejas que van a estar en el mismo comedero con sus corderos recién nacidos. Por ejemplo, no es nada conveniente juntar a una muy

tímida con una aficionada a dar testarazos. El otro día, cuando estaba aquí mi hermana Fanney, metimos la pata hasta el fondo. Había dos ovejas con sus corderos en un comedero. Fanney oyó un ruido como de romperse algo. Uno de los animales había golpeado con tal fuerza al cordero de la otra oveja que el pobre sangraba por la nariz. Le había roto el cráneo.

Las ovejas suelen empujar a los corderos con el hocico cuando están enfadadas con ellos; eso es lo que hacen, en vez de dar un topetazo violento como sucedió esta vez.

Intentamos aislar a las ovejas que sospechamos que pueden tener un comportamiento como ese. Fanney y yo lamentamos muchísimo lo que pasó... Mi hermana no había conseguido recuperarse del todo cuando se marchó. Teníamos la sensación de que habríamos podido evitarlo.

Pusimos al cordero herido con su madre en otro comedero, pero sobrevivió solo unas horas.

Vivir situaciones como esta te parte el alma, y pasa lo mismo con otras muchas cosas que se desbarajustan durante la paridera. Pero quien tiene la fortuna de poseer algo también tiene que aguantar perderlo.

Cada uno de los últimos cuatro días he perdido una oveja y la he enterrado. Es de lo más curioso que nunca muera una sola, sino que son siempre varias. Y si el que muere es un cordero, entonces también mueren varios. Son tantas cabezas que es del todo inevitable que haya pérdidas. Lo asombroso es que suceda por oleadas.

Durante la paridera estás siempre preocupada de que se pueda producir alguna infección, sobre todo cuando el ganado se agolpa en los oviles. El riesgo crece según va acercándose el final de la paridera y aumentan la temperatura y la humedad en los edificios. Hay incluso peligro de contagio para el ganado que está en los cercados, fuera del ovil, y para el que se encuentra en los prados próximos. Hace unos años perdí diez corderos en un plazo brevísimo de tiempo, una sola mañana, por una infección intestinal. Mueren en un tiempo brevísimo por las diarreas. Birna y yo intervinimos al momento y conseguimos evitar que se extendiera la infección administrando medicinas preventivas.

Las medicinas de la paridera son muy caras, ascienden a las mil coronas. Dos veces al año les administro un vermífugo. Es imprescindible, para que las ovejas no coman miles de gusanos. La fertilidad aumenta al suministrarles el medicamento. Y los corderos se hacen más gordos, porque crecen mejor cuando todo el rebaño está limpio.

La administración de medicinas en la cría de ovino es mucho menos habitual en Islandia que en la mayoría de los países, sobre todo en lo que se refiere a los antibióticos. Además, las normas islandesas para el tratamiento veterinario con penicilina y otros antibióticos son muy estrictas. En lugares donde el ganado pasa todo el año amontonado en establos, como en Gran Bretaña, se les administran vermífugos cada mes o cada dos meses. Aquí en Islandia el clima es más frío, lo que también ayuda.

FÍFILL EN LA PARIDERA

Fífill no aguanta no poder estar conmigo cuando yo estoy atareada fuera de casa, de modo que le permito pasar mucho rato conmigo en la paridera. Pero cuando está cerca de los corderos hay que vigilarlo bien, porque todavía es un cachorro, aunque de tamaño gigantesco, y no me fio demasiado de él. El peligro es que muerda a los corderos mientras juega con ellos y acabe notando el sabor de la sangre. Sería muy complicado corregirle y enseñarle buenos modales.

Un problema añadido durante la paridera es que Fífill ha adelgazado mucho y no tiene fuerza, sobre todo en las patas traseras. Llegué a temer que tuviera algo serio, como displasia de cadera. Fanney vino a buscarle y se lo llevó al hospital veterinario de Stuðlar, en Selfoss, donde le hicieron unas radiografías.

El problema consiste en que Fífill está demasiado cansado y no se alimenta lo suficiente. Los perros deben dormir preferentemente dieciséis horas al día, pero él está tan emocionado participando a mi lado en todo el ajetreo que se ha quedado exhausto. Encima, se ha hecho grande tan deprisa que sus músculos no han podido crecer a la misma velocidad.

De modo que es un círculo vicioso; Fífill está inapetente por el cansancio. Yo intento engañarle para hacerle comer. Por ejemplo, fingiendo que le voy a dar su comida a Ronja, la perra de María. Pero mi amiga Adda de Herjólfsstaðir dice que ese método no es bueno. Dice que Fífill puede convertirse en un envidioso de la comida ajena. Adda me aconseja que le dé un cuello de pavo congelado y tripas de vaca. Se supone que para un perro son unas golosinas fantásticas.

Ha pasado lo que suele pasar con todas las labores relacionadas con los animales domésticos: todo recae sobre mis hombros. Afortunadamente, los tengo bien anchos... Y en este estado, Fífill no mata demasiados fantasmas. Bueno... ¡tendré que encargarme de ellos yo misma!

Fífill y Ronja, la de María, son amiguísimos. Mi viejo perro, Frakkur, tiene ya once años... y se alegra mucho cuando viene Ronja, porque le libra de las molestias del cachorro. Frakkur está jubilado, se ha quedado como agarrotado y cojea de las patas delanteras si le hacemos correr. Pero, por lo demás, está sano como una manzana.

El viejo está muy cabreado con Fífill... le riñe y le gruñe, y Fífill lo aguanta todo, es totalmente sumiso. Temo el día en que se sienta con superioridad. Por ahora, respeta totalmente a Frakkur; por suerte, de momento no hay peligro de que uno vaya a atacar al otro.

Cuando Adda viene con Rökkva, la hermana de Fífill, mi perro se pone feliz y contento. Juegan y se mordisquean.

Mi Fífill está muy mimado y me cuesta mucho dinero. Acabo de comprarle una caseta más grande..., un *chalé* que ocupa casi la mitad de mi dormitorio.

LA BESTIA DE LA ANGUSTIA

La depresión es como estar metida en un barril sin poder ver el exterior. Yo era aún muy joven cuando lo sentí por primera vez. Pero no sabía lo que era.

Cuando más fuerte fue la depresión fue en los primeros años después de hacerme cargo de la granja. Pero también he pasado muchos años sin padecerla. Muchas veces me sentía medio mal, pero ese estado no duraba mucho, tal vez cuatro o cinco días, con ratos de alegría. Era solo cuestión de trabajar, trabajar y trabajar para aprovechar el subidón...

Con frecuencia, papá estaba muy abatido. Entonces, en los ratos buenos, era incapaz de contenerse, hacía locuras y jugueteaba, se peleaba conmigo y con mis hermanas. Los cambios de humor se hicieron menos acusados cuando envejeció.

Era también por este motivo que no quería que me hiciera cargo de la granja. Porque temía que cayera presa de la depresión. Por entonces, nadie sabía lo que era eso. Solo se hablaba de temperamento difícil.

Ahora ya no puede considerarse que Ljótarmaður esté aislado. La carretera se limpia de nieve en invierno, y tenemos un todoterreno, un tractor y un trineo de nieve. E internet lo cambia todo. De forma que ahora eres tú quien decides si te aíslas o no.

Mientras dura la depresión, todo es negro. Cuando te sientes plétorica de entusiasmo, sabes que el ataque ha terminado, pero mientras lo padeces no eres capaz de ver una salida. Y pierdes toda la autoestima.

Cuando me fui haciendo adulta y maduré, comprendí qué era aquello que sentía a veces; sabía que al final se pasaría, conocía ese estado de ánimo... ¡sí, aquí está!

Durante esos días era habitual que dejara de comer. Solo para sentir que podía decidir yo misma sobre algo. Y eso que tenía hambre. Para una flacucha como yo no es nada bueno dejar de alimentarse.

Hubo un invierno que fue el más difícil..., una crisis que duró más o menos desde noviembre hasta la época de la paridera. Por entonces rondaba los veinticinco. Es un estado de ánimo que no se puede ocultar mientras dura. Fanney y mis otras hermanas estaban informadas, claro, les hablaba de ello, aunque jamás cuando estaba en plena crisis. En esos momentos no puedes hablar absolutamente de nada, te limitas a arrastrarte para trabajar.

A causa de las distancias, no buscaba ayuda. Ir a Selfoss o a Reikiavik una vez a la semana no es factible para una granjera que vive en las zonas altas de Skaftafell. Conseguí salir de la crisis por una decisión consciente. Decidí ser una hija del sol. Es una de las muchas cosas que aprendí de

Fanney, que siempre dice que ella está en el lado soleado de la vida. Y que tienes que creer lo que te dices a ti misma.

Todo se simplificó, además, cuando conseguí establecerme plenamente en la granja, cuando la compré y pude demostrarme algo a mí misma. Me hice cargo de todo y los resultados económicos empezaron a mejorar. Yo tenía una granja, tenía una propiedad. Estaba firmemente decidida a no llegar a los 30 sin tener nada. Eso mejoró mi autoestima. Había estado luchando por demostrar algo, quizá principalmente ante mí misma..., y eso conllevaba mucho estrés.

También empecé a conformarme mejor con lo que no podía cambiar, con lo que no dependía de mí, y a soportar mis propios errores... Son cosas que llegan con la edad y la madurez.

Pero recuerdo con pelos y señales las primeras veces en que me llegó la crisis. Lo horrible que era mi autoestima..., aunque, en realidad, siempre lo ha sido. Por ejemplo, estaba convencida de que era el bicho más feo de la tierra.

Si la depresión llega con todo su peso, no sirve de nada intentar reflexionar. Te roba la razón. Sin embargo, en mi caso, la alegría duraba siempre mucho más que los ciclos depresivos. Llevaba bastante tiempo libre de la depresión cuando recaí durante mi episodio con la Depo-Progevera, pero desde entonces he estado libre de ella, una vez avisté tierra tras la catástrofe. De modo que la depresión original y la causada por el medicamento no guardaban relación entre sí.

Desde entonces he comprendido mucho mejor lo afortunada que soy en la vida. Tener salud, libertad. Y ser una persona feliz a quien le van bien las cosas.

Esta experiencia vital me ha proporcionado herramientas para comprender mejor a los demás. Para comprender a las personas que luchan contra la depresión. Lo que me pasó a mí fue como una chiquillada. Conseguí superarlo casi del todo cuando la edad me proporcionó ya suficiente madurez..., como en tantas otras cosas. Lo principal es que soy consciente de que la crisis pasará. Que cualquier nevada inesperada escampa, como decía mi bisabuelo Bjarni de Vogur.

Durante la paridera, cuando hay un día especialmente difícil y pienso que no podré volver a levantarme de la cama por el cansancio, sé que llegará un nuevo día. Cuando tengo frío durante los recuentos de fetos, sé que al poco la temperatura habrá subido. Según la ley natural, todo vuelve al equilibrio. Todo esto no es más que un estado mental.

Pero la bestia de la angustia que vivía en mi interior me dejaba agarrotada al pensar en las actividades que tenía que llevar a cabo, especialmente cuando se trataba de trabajos en colaboración con otras personas, como la recogida del ganado en otoño. Pero cuando llega el momento de la verdad, las cosas se arreglan. El miedo escénico es mucho peor que la actuación en sí.

Antes sentía miedo escénico ante muchas situaciones, miedo a lo que iba a pasar..., como en las reuniones en las que sabía que me iban a atacar. No podía concentrarme, temblaba y era incapaz de comer. Me desequilibraba por completo presentarme ante un grupo de personas y tener que mostrarme lúcida. Pero, con la práctica, se fue haciendo mucho más fácil.

No tiene sentido lloriquear cuando, en general, las cosas te van bien. Y debía tener la humildad de sentirme agradecida por haber nacido en Islandia, libre de los horrores de la guerra y de la pobreza severa. Agradecida por ser felices y tener lo suficiente para comer.

25 DE MAYO DE 2016

Anoche perdí una borrega. Fue culpa mía. Intenté ayudar al cordero a nacer, en vez de llamar de inmediato al veterinario para que practicara una cesárea a la oveja. Estábamos María y yo.

Llegamos con las manos hasta el útero, donde había un feto en mala posición que llevaba mucho tiempo muerto. Era un feto espantosamente grande, estaba reseco y podrido. Como pude, intenté tirar de él para sacarlo, pero al hacerlo desgarré el útero de la borrega. Debería haber parado inmediatamente y llamar al veterinario, y entonces no habría pasado nada. Le habría practicado la cesárea.

Cuando por fin le llamé y le conté lo sucedido, dijo que era imposible salvar a la oveja.

Mi prima y yo cenamos envueltas en un pesado silencio. Luego decidí usar un recurso de emergencia y me tomé un chupito de Baileys antes de dormir, para acallar los remordimientos. Pero lo primero que he hecho al despertarme ha sido pensar en lo mal que había salido todo. Los remordimientos por algo que podrías haber hecho mejor son insoportables.

¡Ay, yo que creía que me iba a librar de un desastre como este! Solo quedan doce ovejas por parir.

EL CORDERO «VAFNINGUR» (ENVOLTORIO)

A veces, después de la paridera, a principios del verano, hay corderos que se separan de sus madres y se extravían. Incluso se salen del cercado. Y se quedan huérfanos... Si consiguen vivir, acabarán siendo pequeños y feúchos. Naturalmente, les puede pasar toda clase de cosas, incluso perder la vida.

Por otra parte, los corderos tienen un increíble apego a la vida y una gran capacidad para curarse solos. En cierta ocasión me las tuve que ver con un corderito de dos días de edad que se había roto un fémur. Su madre tenía un año y, como estaba bastante nerviosa y cansada, debió de pisarle o clavarle los cuernos. Sé perfectamente cómo entablillar a un cordero con una pata rota, pero en este caso era imposible poner la tablilla porque la fractura era muy arriba. Inmovilicé la pata y la envolví en una venda elástica. El cordero era tan pequeño que la venda lo cubría casi por entero, y por eso lo bautizamos *Vafningur* (Envoltorio).

Como es lógico, estaba muy dolorido. Recordé entonces el analgésico que le dimos a la gata cuando la esterilizamos. El animalito se quedó dormido y pensé que lo había matado; tuve que darle unos golpecitos para comprobar si seguía con vida. Pero solo estaba tan cansado que se había dormido como un tronco en cuanto se le aliviaron los dolores.

Lars, el veterinario, me dijo que el cordero tenía que pasar cuatro semanas envuelto en la venda elástica. Y que crecería y engordaría allí dentro, porque la venda era muy flexible. Yo no podía ponerlo con los demás corderos que alimentábamos con biberón, porque lo pisotearían. De modo que lo metí en un barreño... y le puse otro cordero para que hiciera de compañero de juegos.

A la madre del corderito herido la engañé para que aceptara a otro.

El cordero de la fractura de fémur se curó muy bien y en otoño era un ejemplar precioso, de tamaño normal. Estoy bastante orgullosa de cómo lo curé.

* * *

Ahora tengo un cordero que no se puede poner de pie. Probablemente tiene algún daño en la médula espinal. No está débil, porque bebe, aunque tenemos que ordeñar a la madre y darle la leche con biberón. Pero si un cordero no es capaz de levantarse, no lo hará nunca, de modo que no tengo muchas esperanzas de que se recupere.

* * *

Antaño no hacía falta ayudar tanto a las ovejas en el parto. Los corderos eran más pequeños, las ovejas se movían más y, en consecuencia, estaban en mejor forma física, de modo que los partos les planteaban menos problemas. Si surgía alguna dificultad siempre se recurría a alguien de fuera, habitualmente a un vecino. De mí no se fiaban. Solo empecé a ayudar cuando era ya fuerte y estaba curtida. Una mejora con los años, pero siempre se estropea algo.

Se lo he dicho montones de veces a María y a Sandra: que me paren cuando empiecen a hartarse. Pero, por otra parte, creo que no lo hago tan rematadamente mal, y no creo que ellas piensen que las atosigo con tantas instrucciones. Y tampoco me parece mal darles instrucciones, porque, como es lógico, soy yo la responsable de todo si algo se tuerce.

Es posible que en mis años de aprendizaje adquiriese la idea de que es preciso evitar los errores. En mis años jóvenes no se cometían errores en la granja. No se permitían, y, si cometías alguno, te esperaba una bronca de las que hacen época. Cuando era pequeña intentaba por todos los medios ahorrarme los sermones, pero de más mayor empecé a aguantarlos para amortiguar las peleas de mis padres. De modo que no tenía ni un segundo de tranquilidad.

Papá tenía un genio muy fuerte y era muy impaciente. A veces digo que me hice adulta a base de broncas. Tenía permanentemente un nudo en el estómago, ¡que al parecer daba buenos resultados! Ahora, los tiempos han cambiado por completo, se alaba sin parar a los niños y se les malcría. ¡¿No acabarán convirtiéndose en unos blandengues?!

Mi amiga Adda de Herjólfstaðir es una auxiliar fantástica en la paridera, y lo era ya antes de terminar la secundaria. Al principio no sabía mucho de la paridera y decía que le daba cierto reparo. Pero aprendió a una velocidad increíble... y siguió siendo la misma persona adorable. Estaba encantada de tenerme como guía. Naturalmente, yo se lo explicaba todo lo mejor que podía. Y se daba perfecta cuenta de que confiaba en ella.

Adda me ha dicho que se me da bien distribuir los trabajos, lo que no es habitual en todas las granjas. En la mía, mi padre sabía muy bien cómo hacer para que mis hermanas y yo probáramos nuestra valía encargándonos toda clase de trabajos. A Adda se le dan tan bien los animales que nunca he conocido a otra persona igual. Cuando estamos juntas podemos pasarnos horas sin dejar de hablar de animales..., en especial de nuestros perros, pero también de mis ovejas, tanto de las vivas como de las muertas.

Según mi experiencia, quienes aman a los animales aman también a las personas, las dos cosas van unidas. Ahora, Adda ha empezado a llevar una granja y tiene dos niños. Es maravilloso verla con sus hijos... adiestrando a Rökkva, haciéndole dar vueltas; el niño de dos años se aplica el adiestramiento también a sí mismo y da las mismas vueltas que el perro, y se lo pasa en grande... Y es que es realmente divertido.

* * *

Me parece imprescindible mantener la granja perfectamente limpia. Muy especialmente durante la paridera. Si algún cordero sufre una herida y sangra puede infectarse, de modo que las tenazas de

marcar las orejas deben estar limpias, igual que la botella de yodo y los fórceps. También las manos deben estar siempre limpias para los partos; yo me las lavo todo el rato y se me estropean muchísimo. Se me forman grietas en las yemas de los dedos y me sangran. Es sobre todo el líquido amniótico de los corderos recién nacidos lo que me las desgarran. No he conseguido acostumbrarme a usar guantes para esta tarea, no sería nada cómodo tener que estar cambiándome de guantes a cada rato. Y lo que cuestan... De modo que no hago más que lavarme las manos sin parar.

Hace solo cuatro años que pusimos agua caliente y lavabo en el ovil. Fue una revolución. Es una gran ventaja para la limpieza y la comodidad. Por ejemplo, ahora ya no tengo que seguir llevando al lavadero todo lo que hay que lavar, incluyendo los biberones. El agua caliente la instalé yo misma. No fue gran cosa. Hay un pequeño depósito de agua caliente que apago y desenchufo cuando acaba el tiempo de la paridera.

Los edificios también deben mantenerse limpios. Se ha de procurar que no queden restos de heno. Barrer y barrer y más barrer. María es una limpiadora fantástica, y barre como las dos pensamos que se ha de barrer. La limpieza crea un buen entorno de trabajo y, además, resulta muy positiva psicológicamente. La limpieza te ayuda a conservar la razón.

* * *

La clave está en que te guste la paridera. No puedes verla tan solo como un trabajo duro y agotador. Si no estás hecho polvo de cansancio, puedes disfrutar de esas semanas. Ahora somos tres, de modo que no es tan terrible como cuando estás solo y absolutamente todo puede irse al garete en un momento.

Los corderitos son de lo más divertidos, sobre todo de pequeñitos. Como cuando acaban de nacer e intentan jugar y saltar de alegría, aunque no sepan hacerlo aún y se caigan de cabeza. Juegan lo increíble desde los diez días de vida, porque para entonces ya son muy vivarachos. Con frecuencia los ves en grupitos yendo de acá para allá dentro del aprisco. Cuando las ovejas del prado de casa están comiendo en el ovil de arriba, queda tanto espacio libre en el aprisco que los corderos lo aprovechan para correr de un lado para otro y competir a ver quién sube más arriba por el tejado del ovil.

El redil de los corderos es un sitio precioso, está en lo más alto del prado más cercano a la granja, junto a la quebrada. Hay ruinas de una antigua granja justo al lado, y tiene una vista fantástica al glaciar Mýrdalsjökull. Los oviles son grandes y el ganado se siente cómodo allí. Disfruto mucho viendo a los corderos jugar y hacer el tonto cuando les reparto la comida por el cercado.

Esta primavera ha sido tan seca que el ganado se encuentra fantásticamente bien. Felices y contentos, todos. Pero eso tiene sus costes y sus defectos. La vegetación crece tarde y el ganado tiene que pasar más tiempo estabulado. No hay nunca nada que sea totalmente bueno o totalmente malo.

Algunas primaveras son así, sopla viento del norte o del noroeste y no cae del cielo ni una gota, y eso que esta región es muy lluviosa. En estos momentos hay aún poca vegetación, y el suelo sufre todavía por las grandes heladas del invierno pasado. Una sequía como esta perjudica notablemente el suelo, y el viento erosiona las zonas con vegetación, de manera que una primavera como esta puede resultar muy dañina para el paisaje.

Aunque la paridera sea divertida, lo cierto es que, cuando termina, la alegría es inconmensurable. Esta primavera ha sido muy buena, sin lluvia y sin frío. El verano pasado fue tan horrible que tuvimos que estar alimentando al ganado muchísimo tiempo. Gastamos una gran cantidad de heno y el trabajo fue muy duro.

Se cubre una importante etapa cuando empiezo a reorganizarlo todo después de la paridera. Cuando empiezo a desmontar los apriscos, por ejemplo. No tiene sentido dejar las cosas en pie todo el año. Solo serviría para que la intemperie las destrozara.

* * *

Ya no puedo seguir retrasando sacrificar al cordero herido, el que tiene daños en la columna y no puede recuperarse. No se puede hacer otra cosa. Cuando hay que matar a algún animal, tengo que armarme de valor... Me afecta mucho, y me siento fatal cuando lo hago. Encima, soy muy remilgada..., lo que no ayuda. La primera vez que le pegué un tiro a un animal vomité hasta la primera papilla.

Naturalmente, lo hago con mucho cuidado. Me esfuerzo en que el arma esté en su sitio y apunto bien. Antes era papá quien se encargaba de esto. Tuve que insistirle mucho para que me enseñara a manejar un arma de fuego, después de cumplir los veinte. Pero las armas no me interesan, no tengo ninguna intención de matar nada, carezco de esa afición. Por ejemplo, no podría ni imaginarme matar un animal con mis propias manos, ya se trate de un pez o de un pájaro.

Es horrible ver sufrir a un animal. Si está padeciendo, hay que poner fin a sus sufrimientos. Y, claro, el granjero tiene que ocuparse personalmente.

Papá era un hombre prudente y escrupuloso, alguien que llevaba el mundo entero cargado sobre sus hombros, lo que fue incluso a más desde la muerte de mi hermana en un accidente. Cuidaba muy bien el arma y la munición. Y no quería, bajo ninguna circunstancia, que las chicas estuviéramos enredando por ahí cuando él tenía que sacrificar a un animal. Me parece una buena costumbre mantener a los niños alejados de estas cosas. Papá había usado en tiempos armas mucho peores que las actuales, armas que no siempre disparaban al apretar el gatillo. Tuvo que encargarse muy pronto de esas cosas. Cuando tenía dieciséis años, ayudó a su padre a sacrificar un caballo. Al abuelo le temblaban tanto las manos que no podía sostener el arma con firmeza, de modo que papá se la quitó y se ocupó él mismo del asunto.

Y ahora no es solo que tenga que quitarle la vida al cordero herido, también tengo que despellejarlo, lo que me revuelve las tripas. Coso la piel, aún húmeda, y con ella envuelvo a uno de los corderos que necesitan una madre adoptiva, por ejemplo el hijo de una oveja con tres

corderos; después se lo paso por delante a la madre del cordero que acabo de matar. Antes de llevarle el cordero disfrazado, le lavo la cabeza con jabón a la oveja, para despistarle el olfato. Tengo que ayudar al cordero a empezar a mamar, porque está acostumbrado al biberón. El pellejo lo retiro en menos de veinticuatro horas, porque, si no, empieza a oler a podrido, a lo que se suma que el corderito defeca dentro.

Antes de ponerme a desollar un cordero, espero un buen rato para cerciorarme de que está de verdad muerto. Naturalmente, es pura cuestión de nervios, porque sé perfectamente que está muerto del todo..., pero se me hiela la sangre cada vez que recuerdo lo que me sucedió una vez. María me despertó a medianoche y dijo que no aguantaba seguir oyendo los balidos de dolor de un cordero enfermo. Yo había dormido solo dos horas y tenía la cabeza abotargada. Le pegué un tiro al cordero y, de pronto, mientras lo estaba despellejando, se estremeció. El cordero estaba muerto sin ninguna duda, aunque hubiera agitado las patas, y yo sabía que no eran más que espasmos musculares *post mortem*, pero me llevé un susto espantoso. Con algo así se te para el corazón. María dijo que la cara se me había quedado blanca como la tiza.

Entre las peores situaciones en las que me he visto está la de tener que sacrificar a un cordero enfermo que no tiene cura pero al que has estado cuidando para intentar sacarlo adelante. Para entonces, el cordero se ha convertido en una especie de corderito casero..., aunque no quepa la menor duda de que no podrá salvarse. Le coges mucho cariño a un cordero con el que has pasado tanto tiempo y que ha empezado a confiar en ti. En casos como este tengo que armarme de mucho valor para quitarle la vida cuando no queda otro remedio.

* * *

La mayor parte de abril la dedico a organizar la paridera, porque todo depende de la organización. Hay que comprar medicinas. Hay que preparar los instrumentos. Recoger los excrementos con la pala, poner cercas y postes, reunir toda clase de trastos y herramientas, construir el cercado para la paridera, levantar los oviles para los corderos... Hace falta muchísimo espacio, pues el rebaño aumenta en casi ochocientas cabezas.

La paridera conlleva mucho papeleo. A mí me aburre y lo aplazo todo lo posible. Todas las que nos ocupamos de la paridera llevamos siempre un cuaderno en el que lo apuntamos todo. Después, mamá recoge todas las anotaciones en el libro del ganado y, más tarde, yo lo subo al programa Fjárnís y lo pongo *online*.

No soy nada especial como criadora... los buenos criadores lo llevan escrito en la sangre. Ella de Úthlíð, por ejemplo, conoce a todas sus ovejas, mientras que yo solo conozco a una parte de mi rebaño..., y eso que habitualmente tenemos un número parecido de cabezas. No tengo suficiente interés en el tema para meterme a fondo en él. Me aburre muchísimo estar todo el día entre papeles o pensando en la genética de las ovejas y esas cosas.

En la cabeza tengo más textos de canciones y poemas que genealogías de ovejas.

Uno de mis poemas favoritos desde que era pequeña es *El oso polar*, de Davíð Stefánsson. La primera estrofa dice así:

A la tenue luz de fuegos estelares
donde brilla el hielo en tantos lugares,
puede caer incluso el más poderoso:
casi dieron muerte al blanco oso,
mas lo ataron fuerte
y en preso se convierte
de un rey remoto; y esa fue su suerte.

* * *

Ya solo quedan dos por parir. Una es una borrega de un año. La ecografía dio negativo, pero tiene un cordero vivito y coleando. Y aún no ha parido. Seguramente la cubrió algún carnero siete o diez días después de separar los carneros y las borregas. No deberían parir tan tarde. Si tuviera ganas de bromas, sospecharía de Gestur, el que llevó la granja mientras yo estaba haciendo ecografías por ahí, aunque las fechas no cuadran.

APUROS ECONÓMICOS

Los apuros económicos son una desazón constante. Cuando la situación es mala, me pongo nerviosa e incluso tiemblo por las noches, me duele la cabeza y tengo fiebre. Aunque lo cierto es que no me pasa con demasiada frecuencia. Pero siempre estoy en el límite. Siempre se cierne sobre mí la inquietud de que pase algo especialmente negativo. Que se rompa definitivamente el motor del tractor. Que mi Lux exhale su último suspiro. Que el viento se lleve un tejado. Eso te hace ser muy prudente. Trato la maquinaria lo mejor que puedo para que me dure.

Y puedo añadir que no hago acopio de reservas. En vez de eso, me voy de viaje. No se trata de esos carísimos viajes al extranjero, pero bueno. Y luego están los caprichos, como mi carísimo Fífill, matador de fantasmas. Pero vale hasta la última corona que gasto en él.

He intentado ampliar la cabaña. Es preciso tener más de quinientas ovejas para salir adelante decentemente, pero mis pastizales están ya al límite con quinientas. Y para una granjera sola es trabajo de sobra ocuparse de quinientas ovejas, que además se multiplican cada primavera.

Resulta que el matrimonio que llevaba la granja de Snæbýli se separó, y yo les hice una oferta por sus tierras. La Asociación de Granjeros me preparó un plan de explotación acorde con la normativa, y el banco se mostró dispuesto a financiarlo. Habría tenido mil doscientas ovejas en dos sitios distintos, más un hato de vacuno. Y, además, pensaba utilizar la vivienda de Snæbýli como albergue turístico. Naturalmente, contratando trabajadores.

Pero el caso es que la mujer decidió seguir con la granja, de modo que optaron por no vender las tierras. Más tarde las vendieron, pero dentro de la familia..., y muy bien, perfecto, nada que objetar. Es estupendo tener buenos vecinos, y ser la única granjera del valle tampoco es la mejor de las opciones. Pero representaba una oportunidad de oro para mí y me habría enfadado conmigo misma si no lo hubiera intentado.

Soy un tanto despreocupada con el dinero. Si tengo necesidad de algo, no me paso horas en internet buscando la oferta más barata, sino que lo compro apresuradamente para poder tenerlo enseguida. Soy demasiado impaciente. Si me tomara más tiempo para mis compras, seguramente conseguiría ahorrar bastante.

ÓLAFÍA

Ólafía Jakobsdóttir, de Hörgsland, en Síða, destaca en esta región del este por su lucha en defensa de la naturaleza. Fue mucho tiempo alcaldesa y durante años mantuvo con gran ímpetu su personal vigilancia de la naturaleza. Probablemente, Hilmar Gunnarsson, de Kirkjubæjarklaustur, fue su principal respaldo durante ese tiempo.

Ólafía empezó a hablar de la naturaleza cuando todavía nadie se atrevía a declararse ecologista o a afiliarse a un movimiento ecologista.

El ecologismo anuncia una nueva perspectiva y una nueva época. Cuando los tiempos están cambiando, la gente no se acomoda bien a la idea del cambio. No es que todos los partidarios de las centrales hidroeléctricas sean enemigos de la tierra... Hay personas que honran su tierra y quieren lo mejor para ella..., pero no están habituados a palabras como «defensa de la naturaleza» y «ecologismo», y las sienten como un atropello. Es algo que pudo constatar en las discusiones sobre el parque nacional. Había temor a que todo quedara cerrado y prohibido. Que no se pudiera pastar, ni recoger el ganado, ni vender derechos de pesca. Resultó ser una preocupación injustificada.

Aquí, en el municipio de Skaftá, hay campesinos jóvenes e influyentes en muchas granjas, y la población ha aumentado. En la región existe actividad agropecuaria y actividad turística... Ambas ramas son muy fuertes y es evidente que debemos trabajar para reforzarlas aún más. Estamos viviendo una renovación de la agricultura y la ganadería. También los servicios turísticos crecen considerablemente. Tenemos que dar mayor relieve en nuestra provincia a las actividades recreativas relacionadas con la tierra y, naturalmente, comercializar los productos de la agricultura y la ganadería, en especial la carne de cordero.

¿Por qué tendríamos que esperar a que llegue alguien a salvarnos con el absurdo proyecto de destruir nuestra tierra para construir una central eléctrica? Yo estoy en contra de que venga alguien de fuera a salvar nuestras comunidades con sus maravillosas intenciones. La reconstrucción de la actividad empresarial tiene que partir desde dentro, eso está claro. Hemos de reconstruir nuestra vida y nuestro trabajo sin destruir lo que ya tenemos, y esto último es precisamente lo que haría una gran central eléctrica: destruir nuestra tierra y nuestros terrenos agrícolas.

Aquí lo tenemos todo para crear oportunidades. Con ello, no me refiero a que todos tengan que reorganizar sus casas para albergar turistas y criar ovejas... El presente permite recorrer todos los caminos, gracias a las conexiones electrónicas. Necesitamos cables de fibra óptica, no diques gigantescos ni grandes embalses.

Ólafía Jakobsdóttir es un gran ejemplo para los que nos preocupamos por el medio ambiente en esta región del este del país, y vale la pena fijarse en el hecho de que las principales integrantes de la Lista-Z son mujeres. Las que seguimos a Ólafía aprovechamos la experiencia que ella ha ido acumulando. Y tenemos mucho que agradecerle.

HEIÐA EN UN DEBATE

Pero ¿a qué se debe que no se haga nada para desarrollar nuevos métodos de producción de electricidad? ¿Por qué hay que estar construyendo cada vez más embalses, y cada vez más grandes? Kristbjörg de Þykkvabæjarklaustur ofreció una analogía el otro día. Indicó que el primer ordenador ocupaba una habitación entera, mientras que ahora los ordenadores son diminutos. Pero los pantanos se desarrollan en la dirección contraria, cada vez son mayores. En el caso de la central hidroeléctrica de Búland, el plan es hacer un embalse de diez kilómetros cuadrados, más seis kilómetros cuadrados de galerías, muros, vías de servicio y otras alteraciones del entorno al servicio de la construcción. Además de todo eso, están las líneas de transporte de electricidad. Me parece de lo más anómalo que no se hayan dedicado más esfuerzos a desarrollar nuevos métodos de producción de electricidad, en vez de poner a un montón de personas a olfatear nuevos valles para transformarlos en charcos de barro y, más tarde, en arenales.

Y no tengo por qué avergonzarme de sentir así las cosas, porque ¡se pueden tener opiniones y sentimientos y expresar unas y otros! Sé que estas palabras pueden sonar sorprendentes en labios de una persona de Skaftafell, pero en mi descargo puedo decir que entre mis antepasados se encuentra también un gran poeta de los Fiordos Occidentales, lleno de sentimentalismo y espíritu dramático, y yo atesoro profundos sentimientos hacia mi tierra. Y considero que es un derecho natural de todos albergar sentimientos sobre su tierra. Pero el aprovechamiento de la tierra y el progreso general no es solo cuestión de los «naturales de la región» de los que tanto se habla. Me he sumergido a fondo en la lucha contra la refinería de petróleo de Hvesta, en los valles de Ketildalir del fiordo Arnarfjörður, y he hecho declaraciones sobre el proyecto de construir un megapuerto en el fiordo Finnaþfjörður, en el extremo noreste del país.

PERTENECES A ESTA TIERRA

La canción *Compañía*, de Guðmundur Böðvarsson, poeta y campesino, ocupa un lugar preeminente en la extensa colección de textos de mi cabeza. De pequeña la cantaba a voz en cuello, y lo que más deseaba era ser el niño del poema y tener unos padres que realmente me guiaran y me confiaran lo que ellos más estimaban... De alguna forma entendía el poema, percibía en él lealtad, respeto y coraje mágicos.

En la lucha que he librado estos últimos años, la canción me ha venido muchas veces a la cabeza..., y siempre se me escapa una sonrisa al oírla como «última melodía antes de las noticias» en Radio 1. Fijaos sobre todo en estas dos estrofas:

Vivió aquí mi abuelo,
y mi padre, en este suelo.
Breve vida, sin consuelo
vivimos todos aquí,
a veces morir creí.
No olvides jamás
si aún vives más
que es esta tierra la dueña de ti.

Si unos seres malignos
desde nidales indignos
te lanzan traidores signos,
como hacen en el mundo
sin cejar un segundo,
habrás de elegir
de aquí nunca partir,
nunca en la vida vender tu fundo.

LA CENTRAL DE BÚLAND. ¿CONCLUSIÓN?

El mundo cambió de arriba abajo cuando se informó, a finales de marzo de 2016, que el territorio afectado por la central hidroeléctrica de Búland se había declarado zona de protección integral. Yo no me fiaba al cien por cien, pero aumentó muchísimo mi esperanza de poder vivir en paz en mis tierras. Pude dejar de pensar en ese tema las veinticuatro horas del día. Había llegado a un estado de tensión considerable en diciembre y enero, en el punto culminante del acoso de los hombres de Suðurorka. Tampoco tenía una idea clara de cómo estaba la situación en la comarca, no sabía cuál era la postura de la gente. Ahora ha descendido el grado de tensión, pero soy consciente del riesgo. Y, además, Hólmsá sigue en peligro. La central hidroeléctrica de allí está a la espera de una decisión.

Pero mi mundo ha cambiado. Aunque el peligro no haya desaparecido del todo, se ha reducido muchísimo. También noto que la atmósfera de la comarca está menos enrarecida. Tengo la sensación de que, en realidad, la mayoría de la gente de aquí se alegra de la paralización del proyecto.

La única esperanza de los hombres de Suðurorka radicaría en darle la vuelta a la situación en el Parlamento, pero no es probable que lo consigan. Una de las muchas cosas que no comprendo es por qué no vino nadie de la capital cuando se produjo la gran riada del Skaftá..., que fue una catástrofe de tal magnitud que, por sí sola, habría debido borrar de un plumazo todos los planes de construir aquí una central hidroeléctrica. Por lo demás, los planes eran demasiado estúpidos y dañinos, como se puede comprobar en los comentarios de los expertos al proyecto de la central.

Antes estaba siempre nerviosa ante la expectativa de que se produjera algo nuevo... cuando me llegaban cartas de Suðurorka, una tras otra..., cuando había una reunión a la vista, o algún otro disgusto. Pese a todo, conseguía dormir, más o menos. Aquello tuvo un efecto tremendo sobre mí, no solo por la hidroeléctrica en sí, sino porque me vi forzada a entrar en la política municipal.

Cuando se presenta una cuestión como la de la central hidroeléctrica, a los granjeros se nos impele a realizar un gran sobreesfuerzo. Gente que se posiciona a favor o en contra, o que te enreda en un proceso en el que te citan aquí y allá para leer montones de documentos e informes... Representa un estrés añadido para unas personas que ya están más sobrecargadas de la cuenta con su propio trabajo. Eso es precisamente lo que les pasó a los miembros de la Sociedad de Pesca de mi municipio que se vieron envueltos en el asunto de la central de Búland.

Ahora la cuestión de la defensa de la naturaleza es muy distinta a como era hace, digamos, diez años. Ahora hay un apoyo incomparablemente mayor. He contado con el respaldo de familiares y

amigos, pero también de perfectos desconocidos. Mucha gente me sigue en Facebook. Y muchos granjeros de todo el país que he conocido por mi trabajo en el recuento de fetos me dicen: «¡Aguanta, que esa prepotencia es intolerable!». Es una patraña eso de que todo el mundo está a favor de las centrales.

Naturalmente, aquí hay muchos que rechazan la central de Búland, y también la de Hólmsá, aunque no se impliquen en la lucha. Puede decirse que los que militamos en el movimiento de protesta tomamos la palabra en nombre de esas otras personas.

Mi sobrina Arndís de Meðalland me regaló en Navidad, cuando la lucha estaba en su apogeo, un póster con este eslogan:

*Stand up for what is right
even if you stand alone*
(Lucha por lo que es justo
aunque estés solo)

Conseguí resistir porque contaba con mucho apoyo y mucha gente me daba ánimos. Rendirse no era una opción. Me empujaban adelante a patadas. Pero, claro, yo tenía que ir a las reuniones sola y temblorosa. Durante los días previos, casi no podía superar la tensión nerviosa. Y el día de la reunión, temblaba y sentía mucho frío. Y tenía que ponerme ropa más o menos aceptable. Y después aparentar que estaba de lo más tranquila. La voz era un problema. Cuando tenía que hablar en público, la mandíbula se me ponía rígida, la voz me temblaba y no podía hablar con la claridad necesaria. Nadie presta atención a lo que dice una persona con voz temblorosa, de modo que tenía que echarle mucho valor y esforzarme en proyectar bien la voz.

Después de una reunión, una asamblea o una conversación telefónica complicada, suelo quedarme como un globo deshinchado. Normalmente me elogian y me aplauden, y eso ayuda un poco. Y también el comprobar que mi mensaje ha tenido efecto. Tengo un ejemplo significativo. Hubo una reunión con Suðurorka, la Empresa Nacional de Electricidad y la Comisión Parlamentaria de Trabajo. Un paisano mío fue invitado a asistir. Es contrario al proyecto de Búland, pero no tiene tierras en la zona de influencia de la central. No se le puede considerar parte interesada, de modo que la invitación era incomprensible. Me informó de la reunión, de modo que allá fui yo aunque no me hubieran invitado. Iba razonablemente preparada, con unas notas manuscritas.

Una de las cosas que dijeron los hombres de Suðurorka fue que yo solo tenía entre el 5 y el 10% de mis tierras en la zona de influencia de la central. Yo me limité a preguntar si nunca habían estado en la ladera de una montaña. Y después les dije que si se dejaba la tierra enteramente llana, sin barrancos o quebradas, sin laderas, etcétera, el paisaje sería totalmente distinto. Y entonces, como tantas otras veces, los hombres de Suðurorka se quedaron sin saber qué decir. Ni idea. Naturalmente, es estupendo que el enemigo se dispare a sí mismo. Entonces no tienes que gastar plomo en él.

Después de la reunión me enteré de que uno de los partidarios de las centrales en la Comisión de Trabajo había cambiado de opinión al oírme. Se dio cuenta de que todo eran puros intereses

económicos, y supongo que vería el peligro que representa la central de Búland, aunque solo fuera por la ferocidad de ese monstruo que es el río Skaftá, de la que tuvimos una clara muestra con la enorme riada de 2015.

Pero esa reunión me resultó muy dolorosa. Al llegar a casa, me sentía tan mal que me bebí media botella de vino blanco en la galería para intentar tranquilizarme. No podía irme a dormir sin más, tenía que sosegarme antes... si no quería pasarme toda la noche despierta en la cama con acidez de estómago.

La lucha de estos años me ha afectado tanto que ha empezado a dejarme huellas físicas. Después de una complicada reunión pública me llamó un amigo que vive en un municipio cercano al mío y me dijo que podía contar con todo su apoyo y el de su mujer. Me explicó que habían visto lo mal que me sentía y que ¡se habían dado perfecta cuenta de que ya casi no quedaba nada de mí! Desde luego, es inestimable recibir llamadas como esta y sentir el apoyo de tus amigos de una forma tan gráfica.

Me dijo que el tema de la central había dividido a la comunidad y le había quitado a la gente la paz de espíritu. Y que eso no se curaría nunca. Como es natural, era algo que yo ya sabía, pero sentí un auténtico *shock* cuando me lo dijo.

Ciertamente, no cabe duda de que los métodos de la industria energética dividen a las comunidades rurales, y de ello es buen ejemplo lo sucedido en Árnessýsla, o el proyecto de la Empresa Nacional de Electricidad en el río Neðri-Þjórsá y en Þjórsárver. La batalla por Þjórsárver lleva activa desde 1950. Fueron sobre todo granjeros del municipio de Gnúpverjahreppur quienes se agruparon para defender Þjórsárver, ese territorio que apenas conocía nadie salvo ellos, uno de los más hermosos paisajes de Islandia.

Me parece escandaloso que se le siga dando vueltas al proyecto de Þjórsárver. También me parece escandaloso que quieran construir una planta de ferrosilicio en Bakka, de Húsavík. En los periódicos salieron reportajes con cosas como que «los habitantes de Húsavík aguardan con impaciencia la fundición de aluminio de Bakka...», o algo por el estilo. Pero ¿qué pasa con la gente de Húsavík que no quiere esa empresa? ¡También existen! No me hice una idea de lo que realmente representa el proyecto hasta que vi los terrenos reservados para la fábrica... Son inmensos, veinte hectáreas, quizá. Una enorme industria pesada en medio de un paraíso natural. A no mucha distancia corre uno de los más preciados y bellos ríos salmoneros del país, el Laxá de Aðaldalur. El impacto visual de la planta de ferrosilicio es atroz. Y, naturalmente, su impacto no se limita a lo visual.

LA GRANJA ENTRE VOLCANES

Ljótarsaðir ha sido desalojado varias veces a causa de las erupciones del Katla, pues no estamos más que a veinticinco kilómetros a vuelo de pájaro desde el volcán. En cambio, la granja no corre riesgo de riadas provocadas por el Katla, como sí les sucede a las granjas Áltaver y Meðalland. Sin embargo, nuestros edificios necesitan estar provistos de pararrayos, por los rayos que se producen durante las erupciones. Una trabajadora de Skaftárdalur murió alcanzada por uno durante una erupción del Katla en el siglo XXI.

Me puse muy nerviosa después de la erupción del Eyjafjallajökull, porque es frecuente que el Katla entre en erupción después de él. Cuando se produjeron grandes temblores en el glaciar Mýrdal fsjökull, en otoño de 2010, yo no hacía más que mirar día y noche los datos de actividad sísmica hasta que todo el ganado estuvo por fin estabulado. Si se produce una erupción de cenizas, se puede llegar a la situación de que sea sencillamente imposible encontrar al ganado.

Cuando el Bárðarbunga empezó a agitarse, nos pusimos en la línea de salida antes de lo previsto para ir a buscar el ganado a los pastos de montaña. El comité de rodeo de las brañas, y todos nosotros, éramos conscientes de que podría ser necesario ir a recoger el ganado antes de las fechas establecidas. Si se produce una erupción debajo del glaciar, saldrán cenizas, y el Bárðarbunga no está demasiado lejos de las brañas de Skaftártunga

En el norte fueron a recoger el ganado por el riesgo de riadas. Pero estas no se produjeron, porque la erupción no fue debajo de los hielos del Vatnajökull, sino debajo del campo de lava de Holuhraun.

HEIÐA EN UN ENCUENTRO DE RIMADORES

El gas de las erupciones de Holuhraun aparece como una nube azul en las laderas de Skaftártunga, y esa nube azulada tiene algo tremendamente artístico. Me genera un problema: la parte de artista que hay en mí encuentra nuevas oportunidades, y no siempre avanzo demasiado en las labores de la granja cuando lo artístico toma la delantera.

En el fondo del alma soy poeta,
es mi llanto de pena y de verdad;
ansío una vida de poesía, quieta,
y con gorro de lana, en mi heredad.

LA GRANJA ENTRE VOLCANES

(Continuación)

El Bárðarbunga está lleno de lava hasta los bordes. No es cuestión de si se producirá una erupción, sino de cuándo será. Lo mismo sucede con el Katla. Naturalmente, a lo largo de los siglos ha habido muchas erupciones de los cráteres ocultos debajo del Vatnajökull, y también erupciones del Katla, con una periodicidad de cincuenta años. A fin de cuentas, esto no es más que un pedazo del país, e Islandia es como es.

Por regla general no dedico mucho tiempo a charlar de estas cosas ni siento pánico por ellas. Pero he oído historias. Un abuelo mío que trabajaba en Höfðabrekka, de Mýrdalur, vio el torrente del Katla precipitarse hacia Mýrdalssandur... desde el páramo de Höfðabrekkuheiði... El espeluznante espectáculo del agua en tromba con bloques de hielo flotando. Eso fue en 1918, de modo que la hora del Katla ha sonado ya.

Para mí y otros muchos fue una suerte presenciar la erupción del Grímsvatn, que fue solo un botón de muestra... de lo que realmente era una erupción.

Las historias cuentan que cuando hay lluvia de cenizas es imposible verte la mano con el brazo extendido. Algunos pensábamos: «Pues enciendo la luz, los vehículos de hoy tienen faros». Pero lo cierto es que no puedes verte las manos... la luz que proyectan los faros de un vehículo apenas sirven de nada. Creíamos que podríamos ir en el tractor con las luces largas, como si se tratara de una oscuridad corriente. Pero la ceniza es completamente distinta. Si enciendes las luces de trabajo del tractor en una oscuridad normal, puedes ver a tu alrededor a bastante distancia. Pero con la ceniza todo se queda en unas lucecitas mortecinas. Los faros de los vehículos no sirven. No te lo crees hasta que lo vives..., hasta que extiendes el brazo y no te ves la mano.

Es pura irrealidad. No se ven luces, no se oyen sonidos. Te sientes cohibido... Y entonces compruebas que lo que te habían dicho era verdad. No viene mal encontrarte de pronto ante la evidencia de que la técnica actual no lo soluciona todo.

La erupción del Grímsvatn llegó de forma tan repentina que no hubo tiempo de preocuparse por anticipado. Se produjo una situación ante la que tuve que reaccionar con rapidez. Eso es mucho más soportable que pasarse muchos días con las piernas temblorosas por la incertidumbre de lo que pueda pasar. Sucedió a finales de la paridera, el 21 de mayo, y buena parte del ganado estaba aún estabulado. Metí al resto en los cercados, y después en los oviles. A las ovejas no les hizo demasiada gracia, porque estaban todas apretujadas.

Mamá y yo tuvimos la suerte de que Arndís, la sobrina de mamá, viniera con su chico, lo que dijo mucho en su favor.

La tierra estaba cubierta de ceniza, no se podía alcanzar el pasto y no sabíamos cuánto duraría la erupción..., pero no había tiempo para la histeria. Todo consistía en mantener la calma con el ganado. Asegurarse de que en los cercados hubiera heno suficiente y dispusieran de agua en buena cantidad.

Aquí se produjo un temporal muy fuerte el día después de la erupción, el viento se llevó la ceniza y el ganado pudo empezar a pastar. Así que lo saqué otra vez al prado. Como es natural, las ovejas pueden pasarlo muy mal a cielo abierto cuando hay una tormenta de ceniza, pues esta se les mete en los ojos y hay que limpiárselos para evitar que se queden ciegas. Pero fue mucho peor en el este, sobre todo en Fjllótshverfur, donde una parte de las ovejas y los corderos se quedaron ciegos.

Una lluvia de cenizas es algo absolutamente irreal. Desde la puerta de la vivienda no veía la luz del hastial de los oviles, aunque la distancia es muy pequeña. Todo dormitaba. Los gansos del prado creían que era de noche. Las aves se dormían. Pasé por encima de un archibebe con el *quad*; se salvó por los pelos, pues quedó entre las ruedas y salió por detrás, desorientado y muerto de miedo por el estruendo de las ruedas al pasarle por encima. Hasta entonces, jamás había atropellado a un ave con el *quad*.

En esa ocasión, el Grímsvatn arrojó en un solo día la misma cantidad de cenizas que el Eyjafjallajökull un año antes, el 2010. La ceniza lo cubre todo. Se cuele por todas las rendijas. Es como una sal muy fina. Sigue habiendo ceniza en los rastrillos.

Después de la erupción del Eyjafjallajökull, en casa nos proveímos de gafas y mascarillas. Y todos los días venían los de protección civil a comprobar que todo estaba en orden y que la gente se encontraba bien, y ofrecían la ayuda necesaria. También vinieron los bomberos del pueblo al poco de terminar la erupción con una bomba para limpiar con agua los edificios.

Cuando pasó, tuve que sacudir los filtros de aire de todos los vehículos y limpiarlos de la ceniza que se había colado por todos los recovecos. Empecé por mi Lux, la limpié de arriba abajo y pasé la aspiradora. Pero cuando puse en marcha la calefacción salió ceniza que se depositó por todo el vehículo y tuve que empezar a limpiar de nuevo. Así que en la máquina siguiente empecé por poner la calefacción en marcha. Estuvo saliendo ceniza de las calefacciones casi hasta finales de verano.

Pero esto no fue más que una insignificancia, porque la erupción fue muy breve y el viento ayudó llevándose la mayor parte de la ceniza al día siguiente. Si hubiera durado semanas, la ceniza se habría acumulado en cantidad muy, muy diferente.

Pero mientras la erupción estaba en su punto culminante, no sabías cuánto podría durar. El resultado fue que la erupción nos hizo más humildes frente a los elementos, como mi vecino el Katla y sus congéneres.

HEIÐA EN UN DEBATE

Sostengo la opinión de que carezco de todo derecho a vender la tierra o el agua de Ljótarmaðir, dañando así un territorio que tengo obligación de conservar para el futuro con el trabajo de mi vida. Yo nunca habría querido que mis padres o mis abuelos vendieran la tierra para comprar lápiz de labios y un tractor. Los seres humanos somos mortales; la tierra seguirá viva. Llegará gente nueva, llegarán ovejas nuevas, aves nuevas, y así sucesivamente, pero la tierra, con sus ríos y sus lagos, sus plantas y sus desiertos, seguirá viviendo. Algunos de sus rasgos cambiarán con el paso de los siglos, pero seguirá viviendo.

La historia de los habitantes de Ljótarmaðir es larga, pero dista mucho de ser ininterrumpida. Nuestro vecino, el viejo Katla, se ha entretenido, en el transcurso de los siglos, en aniquilarnos cubriendo de ceniza y lapilli Ljótarmaðir y otras granjas de Skaftártunga. Pero la ceniza se la lleva el viento y se funde con las raíces de la hierba, y, con el tiempo, la vegetación siempre consigue resurgir. Una vez regresaba la vegetación y el agua estaba limpia otra vez, llegaba gente con sus ovejas, a veces la misma que había huido de la erupción; otras veces, gente nueva. Se instalaron a vivir, pusieron a pastar a sus ovejas y recogieron heno. Vivieron y murieron.

Los de Ljótarmaðir nunca se fueron, aunque a veces esto quedara inhabitable. Las catástrofes pasaron y la tierra se recuperó. Las centrales eléctricas no pasan, son irreversibles; nada vuelve a ser como antes después de ellas.

No debemos intentar ganarle la partida al viejo Katla.

Índice

Portada

Heida

Introducción

Verano

Otoño

Invierno

Primavera

Sobre este libro

Sobre Steinunn Sigurðardóttir

Créditos

Heiða



La inspiradora historia de Heiða, una solitaria granjera de ovejas islandesa, exmodelo y heroína feminista, se ha convertido en un éxito de ventas internacional. «No estoy sola porque me haya quedado sentada llorando con un pañuelo o un delantal por la falta de atención de los hombres». Heiða cuida de su rebaño de quinientas ovejas en una zona implacable que bordea las tierras altas de Islandia, conocida como el Fin del Mundo. Uno de sus vecinos más cercanos es el volcán más famoso de Islandia, Katla, que ha expulsado periódicamente a los habitantes de Ljótarsstaðir desde que la gente comenzó a cultivar allí, en el siglo xii. Este retrato de su vida, escrito con ingenio y humor por una de las novelistas más aclamadas de Islandia, Steinunn Sigurðardóttir, cuenta la historia heroica de una joven carismática que a los veintitrés años dejó una carrera como modelo en Nueva York para hacerse cargo de la granja familiar cuando su padre murió. «Quiero decirles a las mujeres que pueden hacer cualquier cosa, y demostrar que la cría de ovejas no es solo un trabajo de hombres». Dividida en cuatro estaciones, *Heiða* cuenta la historia de un año extraordinario, entrelazada con historias vívidas de sus animales y el trabajo de la granja; y pinta un retrato inolvidable de una remota vida cercana a la naturaleza.

Steinunn Sigurðardóttir . Reikiavik (Islandia), 1950.

Poeta, novelista y periodista *freelance* islandesa. Al comienzo de su carrera, publicó poemas y cuentos por los que se hizo bastante conocida en su país. En 1995, recibió el Premio Nacional de Literatura de Islandia por su novela *Hjartastaður*. Como periodista, ha realizado numerosas entrevistas televisivas a figuras importantes como el premio Nobel Halldór Kiljan Laxness, la cantante Björk o la escritora y filósofa Iris Murdoch. Como escritora, Sigurðardóttir se centra en temas culturales, como la literatura y el cine, así como en temas políticos y ambientales. Ha sido vicepresidente de la Asociación de Escritores de Islandia y miembro del jurado del prestigioso Premio Literario IMPAC de Dublín y del jurado del Festival de Cine de Gotemburgo. Suele participar en festivales literarios y conferencias, y entre los periódicos europeos en los que ha escrito, se encuentran *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, *Neue Zürcher Zeitung*, *Süddeutsche Zeitung*, *Liberation* o *Dagens Nyheter*. Sigurðardóttir habla y escribe con fluidez en inglés, alemán, francés, sueco y danés, y entiende noruego. Ha pasado un tiempo en Estados Unidos y Japón, y en varios países europeos, como Suecia, Irlanda, Inglaterra, Francia y Berlín. Actualmente divide su tiempo entre Estrasburgo e Islandia. Su compañero de vida es Thorsteinn Hauksson, un conocido compositor de música clásica moderna.

Título original: *Heiða - fjalldalabóndinn (2017)*

© Del libro: Steinunn Sigurðardóttir y Heiða Ásgeirsdóttir

© De la traducción: Enrique Bernárdez

Edición en ebook: enero de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-120906-9-7

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Manuel Pérez Subirana

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

STEINUNN
SIGURÐARDÓTTIR

Heiða

UNA PASTORA EN EL
FIN DEL MUNDO



Capitán Swing 

